

BOOKISS

EL CHICO
QUE CAMINABA COMO
JOHN
WAYNE

ARWEN GREY

Copyright

EDICIONES KIWI, 2020
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, septiembre 2020

© 2020 Arwen Grey
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Paola C. Álvarez

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright

Nota del Editor

CAPÍTULO 1 COMO UNA CHICA EN UNA CANCIÓN COUNTRY

CAPÍTULO 2 VOLVERÉ AL SUR

CAPÍTULO 3 AVALANCHA

CAPÍTULO 4 DROGAS O JESÚS

CAPÍTULO 5 EL QUE SE FUE

CAPÍTULO 6 MI ÚLTIMO DÓLAR (VOLÓ)

CAPÍTULO 7 PROBLEMA CON LA BEBIDA

CAPÍTULO 8 ESTA CIUDAD

CAPÍTULO 9 MEXICOMA I

CAPÍTULO 10 SI LO HUBIERA SABIDO

CAPÍTULO 11 DEIRDRE LA DE LOS LAMENTOS

CAPÍTULO 12 MEXICOMA II

CAPÍTULO 13 ENTERRADA

CAPÍTULO 14 ¿QUIERE USTED PATATAS CON ESO?

CAPÍTULO 15 SEÑORA SOLITARIA

CAPÍTULO 16 COMO ANTES

CAPÍTULO 17 MEXICOMA III

CAPÍTULO 18 COWBOYS Y ÁNGELES

CAPÍTULO 19 UNA VELA PARA UN COWBOY

CAPÍTULO 20 ME DEBES UN BAILE

CAPÍTULO 21 ROSAS NEGRAS

CAPÍTULO 22 MEXICOMA IV

CAPÍTULO 23 NADIE VOLVERÁ A ROMPER MI CORAZÓN

CAPÍTULO 24 MIENTRAS EL CUERVO VUELA

CAPÍTULO 25 BOLA Y CADENA

CAPÍTULO 26 BOTAS VIEJAS, MIERDA NUEVA

CAPÍTULO 27 CUALQUIER COSA QUE TE HAGA SENTIR COMO UNA ESTRELLA DE ROCK

CAPÍTULO 28 VEINTE AÑOS

CAPÍTULO 29 LAS MEJORES CANCIONES VIENEN DE LOS CORAZONES ROTOS

CAPÍTULO 30 MEXICOMA V

CAPÍTULO 31 MI CANCIÓN

CAPÍTULO 32 ALGUNAS COSAS NO CAMBIAN

CAPÍTULO 33 SI ESTÁS LEYENDO ESTO

[CAPÍTULO 34 MEXICOMA VI](#)

[CAPÍTULO 35 SANTUARIO](#)

[CAPÍTULO 36 WHISKY DE TENNESSEE](#)

[CAPÍTULO 37 SOMOS AGUA](#)

[CAPÍTULO 38 SI ME BEBO ESTA CERVEZA](#)

[CAPÍTULO 39 CUANDO ABRES LOS OJOS](#)

[CAPÍTULO 40 CASA EN LLAMAS](#)

[CAPÍTULO 41 ESTA VEZ](#)

[CAPÍTULO 42 AMAR HASTA QUE DUELA](#)

[CAPÍTULO 43 MI HURACÁN PERFECTO](#)

[CAPÍTULO 44 LOS RÍOS ENTRE NOSOTROS](#)

[CAPÍTULO 45 COMO NUEVO](#)

[CAPÍTULO 46 UNA POSTAL DESDE MÉXICO](#)

[EPÍLOGO FINALMENTE ENCONTRÉ ALGO QUE SE ME DA BIEN](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

*Oh, Deirdre de los lamentos.
Busca a otro para llorar en su hombro.
Yo no puedo quererte.
Busca a otro para que seque tus lágrimas.
Yo no puedo quererte.*

*Oh, Deirdre de los lamentos.
Una vez fui tu hombre.
Ahora tengo que irme.
Busca a otro para llorar en su hombro.
Yo no puedo quererte.
Busca a otro para que seque tus lágrimas,
Porque yo ya no puedo quererte.*

Adam Elliot,
Deirdre la de los lamentos

*Las historias como la nuestra no mueren.
Porque podría morir sin ti
y tú podrías olvidarme cualquier día,
pero en el fondo
yo solo quiero volver a intentarlo.
Y amar hasta que duela.
Porque dolerá.*

*Y sé que soy un pobre idiota
y tú eres demasiado lista
para este simple mortal.
Aunque hemos vivido demasiado,
yo solo quiero volver a intentarlo.
Y amar hasta que duela.
Amar hasta que duela.*

Adam Elliot,
Amar hasta que duela

CAPÍTULO 1

COMO UNA CHICA EN UNA CANCIÓN COUNTRY

Era guapo, tenía talento, una voz capaz de hacerte llorar de emoción y caminaba como John Wayne, pero también era el tipo más gilipollas que he conocido en mi vida.

Deirdre releyó las pocas líneas que había escrito con gesto crítico. Como persona que conocía a Adam Elliot desde sus más tristes y pobres inicios, al punto de que conocía de qué barro estaban hechos sus pies, podía asegurar que eran verdades como campanarios, pero dudaba que el director Matthews las aprobara para publicarlas en el artículo que estaban preparando para la conmemoración de dentro de una semana.

Ese maldito pueblo debía de ser el único donde homenajearan una vez al año a los vecinos que hubieran hecho algo, lo que fuera, por llevar el nombre de su lugar natal por el mundo. Y ese año le tocaba a Adam Elliot, el mismo que jamás había nombrado McMinnville en nada que hubiera hecho, ya fuera canción, entrevista o reportaje que ella hubiera visto. Cualquiera diría que había surgido de la espuma del mar, como Venus.

Tras unos instantes de duda, siguió escribiendo con una sensación de revancha que no había sentido en toda su vida. No publicaría aquella pequeña biografía, era evidente, pero esa especie de terapia le estaba sentando de vicio.

Egocéntrico, egoísta, se creía el ombligo del mundo. El ombligo más bonito del universo, por supuesto. Además de ser el tipo más gilipollas que haya conocido, también es el más creído y el más imbécil. Si alguien me vuelve a decir, con un brillo pícaro en la mirada, que, si me siento feliz de haber sido su primer amor y la inspiración de su puta canción, juro que le romperé las piernas. Solo por eso merecerá la pena volver a verlo.

—¿Qué tal va la biografía de nuestra estrella local?

Los dedos de Deirdre se convirtieron en garras al escuchar la voz del director Matthews justo a su espalda. Había sido su profesor de Historia cuando estudiaba en ese instituto y, ahora que era ella la que daba clases allí, seguía sintiéndose como una niñata pillada en falta cada vez que le hablaba con aquella voz impostada.

—Bien, bien —balbuceó, tratando de ocultar con el cuerpo la pantalla a los ojos inquisitivos de su superior. Si viera lo que estaba escribiendo, estaba convencida de que le daría un patatús.

El director carraspeó, satisfecho de sí mismo al ver que todavía la tenía subyugada por medio del terror, a pesar de que ya tenía más de treinta años y que no le daba clases.

—Esmérese, Hopkins. Queremos que el muchacho se sienta en casa otra vez cuando vuelva. No vaya a pensar que somos unos pueblerinos —añadió con una risa estúpida que hizo que Deirdre se sintiera fatal.

Trató de mantener la mirada impassible mientras el director del instituto donde tanto ella como el hijo pródigo, y ahora estrella del *country*, habían estudiado le volvía a contar todo lo que estaban planeando para el día en que el gran hombre pusiera el pie en su pueblo natal, como si

ella misma no hubiera organizado la mayoría de aquellos eventos.

Habría un concierto en la cueva más impresionante del mundo, la caverna de Cumberland, donde los niños cantarían sus grandes éxitos y donde todos esperaban que Adam tuviera la deferencia de deleitarlos con alguno de sus temas más conocidos.

Ese magno evento sería seguido de una cena de gala con todas las autoridades del pueblo, los medios locales (y parte de los de los alrededores).

Habría una recepción a la que estaban invitados todos los alumnos ilustres del instituto, aunque ninguno tan ilustre como el propio homenajeado, Adam Elliot. Este evento se organizaba cada año, pero en esta ocasión el invitado estrella sería una estrella real, así que había gente que llevaba esperando el momento casi como si fuera Navidad. Cualquiera diría que no lo conocían casi desde que llevaba pañales.

Y también habría fuegos artificiales, más impresionantes y caros que los del 4 de Julio, justo después de un pícnic en el lago donde la mitad del pueblo había perdido la virginidad con la otra mitad.

Para todo aquello habían encargado la comida suficiente como para alimentar a un país del tercer mundo, lo cual la avergonzaba cada vez que veía el presupuesto. Y, por supuesto, estaría regado con bebida, mucha bebida, aunque eso la avergonzaba algo menos, porque pensaba pasarse todo el tiempo que pudiera con una copa en la mano, intentando olvidar que aquella pesadilla estaba ocurriendo de verdad.

Por algún motivo, el director Mathews parecía empeñado en creer que ella se sentía feliz de participar, y aún de liderar, toda aquella pantomima. La realidad era que ni siquiera le habían preguntado. Nadie le había dado siquiera la oportunidad de negarse. Porque, ¿cómo iba a hacerlo, siendo ella quien era?

Porque, por supuesto, Deirdre debía estar presente en todo aquello. Porque ella había sido el origen de la carrera de Adam Elliot. Por supuesto, se suponía que debía conformarse con ser una chica más en una canción de *country*, guapa, *sexy* y, sobre todo, callada.

Pero daba la casualidad de que llevaba así demasiado tiempo. Y se había cansado.

CAPÍTULO 2

VOLVERÉ AL SUR

Adam iba haciéndose a la idea de volver a McMinnville después de veinte años de haber escapado de allí con la cola entre las piernas, como si le persiguiera todo el ejército de la Unión.

También era cierto que hacía unos cinco años, incluso dos, todo habría sido más difícil, pero ahora casi le apetecía volver a ver la vieja casa estilo Reina Ana donde se había criado, viendo cada fin de semana a su padre vestido de general confederado lanzando arengas a un ejército de soldados fantasmas, sable en mano, mientras toda la casa se llenaba con el delicioso olor del asado y la ensalada de patatas que preparaba su madre para la enorme familia que no eran. Luego se pasaban comiendo sobras toda la semana, pero eso a ella le daba igual.

El instituto, el campo de fútbol, la bolera, el teatro Park... todas esas cosas que nunca había apreciado mientras vivía allí. Y ahora tampoco.

Debía admitir que el pueblo era un asco, pero el director Matthews no dejaba de insistir en que lo esperaban para la celebración de una especie de festival. Para ser sincero, no le había hecho mucho caso a lo que le había dicho. Llevaba años insistiendo en que debía volver a casa para dar un concierto, una charla motivacional para los alumnos de su antiguo centro escolar... lo que fuera. Y él se había negado siempre aduciendo una agenda apretadísima. Porque, qué podía decir sobre aquella deliciosa época escolar si para él había sido un alivio la graduación, que suponía no tener que toparse cada día con la gente que le hacía la vida imposible.

Pero ahora ya no era ese niño delgado, con un peinado imposible y que pretendía ser rebelde pero se cagaba en los pantalones cada vez que alguien lo llamaba desde detrás. Nunca había sido un valiente, y todo en su vida lo demostraba. De hecho, su misma situación lo gritaba a los cuatro vientos.

Ahora ya no tenía excusa para no enfrentarse a sus fantasmas. A los de carne y hueso, al menos.

Su apretada agenda no existía.

Le había costado darse cuenta. Había sido tan paulatino que casi podría decirse que su carrera se había muerto sin que su cadáver llegara a apestar. Simplemente, se había ido secando como una momia. Antes llenaba estadios y ahora no llenaba ni una cafetería. Eso si es que lo llamaran para tocar en una cafetería.

Antes firmaba discos por millares y pechos turgentes. Ahora, cheques en blanco con la esperanza de tener fondos cuando se cobraran.

Antes era una estrella. Ahora solo era otro tipo que había malgastado una carrera brillante haciendo... ¿qué era lo que había hecho mal, maldito fuera?

No era solo que su agente ni siquiera le cogiera el teléfono, sino que, si no fuera por los derechos que cobraba de forma regular por un par de canciones que darían dividendos incluso cuando estuviera bajo tierra, no le llegaría el dinero para pagar el alquiler. Tal vez era que hacía meses que no le pagaba y era solo su forma educada de decirle que no contara con él. Si lo pensaba, el único del mundo que todavía le consideraba una estrella era el pobre director

Matthews.

Sin embargo, no estaba acabado del todo. A pesar de que el alcohol y otras mierdas se habían cargado casi todas sus neuronas, a veces, todavía tenía ideas brillantes.

Con una sonrisa, rebuscó en su agenda hasta dar con el número de una morena despampanante a la que había conocido hacía un par de años. Lo que le había ofrecido en aquel momento le había parecido una estupidez, pero ahora lo veía con otros ojos.

El teléfono sonó un par de veces hasta que una voz dulce como el *bourbon* le acarició el oído.

—Adam, cariño, pensaba que habías perdido mi número. Me he sentido desolada sin ti.

Él rio, arrastrando la voz como sabía que a las mujeres les gustaba y recibió a cambio un gemido felino.

—Y yo sin ti, April. Tanto que me preguntaba si podríamos vernos hoy mismo.

—¿Negocios o placer? —La voz de April había perdido parte de su calidez. Estaba claro que no había llegado hasta donde estaba por ser tonta.

Adam volvió a reír, pero ella no ronroneó esta vez. El tonto había acabado por el momento.

—¿Por qué no negocios y después placer? —preguntó con tono dubitativo.

De pronto pensó que aquellas cosas no se le daban bien. Si fuera buen negociante, no estaría en esa situación, a los treinta y siete y casi en la calle. Con su talento y su cara, que habría dicho su madre si no le viera en ese momento.

Al otro lado de la línea se escuchó un silencio espeluznante. April no parecía saltar de alegría como él había esperado.

—Invítame a comer a un sitio caro pero tranquilo y hablaremos. Pero te aviso de que lo que me ofrezcas tiene que ser muy bueno para que me interese, porque estoy hasta arriba de trabajo.

Adam no supo si se lo había imaginado, pero hubo algo en el tono de April que le sonó a falso. Con un poco de suerte, ella estaría tan desesperada como él y podrían hacer algo juntos.

Lo que recordaba de ella era difuso. Lo había entrevistado después de una gala de premios del *country* y le había pasado su teléfono. Entonces había pensado que le estaba proponiendo una cita, pero ella había dejado claro que solo era una entrevista. Como no había ganado nada, Adam jamás ganaba nada, April no había insistido.

Había vuelto a verla alguna vez en eventos y fiestas, pero ella siempre se mantenía a una distancia prudente, como si oliera su tufo a cadáver.

Sin embargo, ella era su última esperanza. Tenía que ayudarlo. Porque lo último que deseaba era tener que regresar a McMinnville... ¡y tener que quedarse para siempre!

CAPÍTULO 3

AVALANCHA

—¿Qué he hecho para merecer este castigo? No te rías, maldita sea, lo digo muy en serio.

Linda intentó tragar un bocado de *pizza*, pero se atragantó y empezó a toser. Muy pronto lloraba y tosía mientras Deirdre le palmeaba la espalda.

—Gracias —logró decir a duras penas.

—Ojalá me atragantara yo y pudiera evitarme toda esta pesadilla, Lin. Te juro que, si en algún momento he odiado mi vida, es este.

Linda volvió a meterse un enorme bocado de *pizza* en la boca, como si no hubiera estado a punto de morir atragantada hacía tan solo unos segundos.

—¿Por qué tenéis que ser todos los artistas tan... —cerró los ojos, como si buscara la palabra perfecta y saborease la *pizza* al mismo tiempo— dramáticos? Es como si siempre necesitas un motivo para sufrir, nena. Si no es el regreso de Adam, es que no tienes bastantes chinchetas para el tablón de anuncios. El caso es que siempre estás llorando por algún drama.

Deirdre se llevó la mano al pecho, ofendida por las palabras de su amiga.

—¿Insinúas que vivo de drama en drama?

Linda ni siquiera se inmutó ante el tono de Deirdre, que se había apartado y la señalaba con un dedo tembloroso.

—No, más bien que vas a drama por semana. Lo cual te deja más o menos diez días de moderada felicidad al mes.

Deirdre bajó el dedo y bufó sin saber si Linda hablaba en serio. En todo caso, en ese momento parecía más preocupada en escoger la siguiente porción de *pizza*.

—Yo ya no soy una artista, Lin. Nunca lo fui en realidad.

Linda apartó la mirada de la *pizza* y miró a su amiga con aquellos ojos castaños sabios y algo caídos que tantas veces la habían juzgado durante toda su vida. Si había algo inamovible, algo que jamás le fallaría, eso era Linda, estaba segura. A no ser que hubiera *pizza* gratis en algún lado. En ese caso, estaba perdida.

—Mira, a mí no me vengas con ese cuento, que lo tengo muy oído ya. No soy una artista —la imitó con tono lloroso—. Para serlo no hace falta hacer giras, ni estar en la tele, ni llevar lentejuelas, que te sentarían de culo, por cierto. Tu arte está en tu corazón y en tu alma, y eso es lo que te distingue de los demás mequetrefes que menean el trasero en un escenario. Si tú tuvieras un trasero bonito y supieras menearlo un poquito, igual podrías salir de este asqueroso pueblo, pero aquí estás, cantándonos en la función de Navidad del colegio. Ese es tu castigo, y no tener que recibir al guaperas de Adam Elliot.

Deirdre cogió una porción de *pizza* y se metió la mitad en la boca. La grasa la ayudaba a pensar.

—Adam no es tan guapo —dijo al cabo de un rato con la boca todavía llena.

—Di que sí, nena, tú quédate con la parte importante. Tú solo piensa en que cuanto antes empiece, antes acabará este circo. ¡Y en que habrá comida y bebida gratis!

Deirdre se limitó a meterse la otra mitad de la porción en la boca, rezando para atragantarse con ella. Con suerte, moriría esa noche y no tendría que soportar lo que estaba a punto de venir.

///

—¿Hopkins?

Deirdre se preguntó si era invisible porque el director Matthews la llamaba como si no estuviera allí, delante de él, cargando con una guitarra y una carpeta llena de partituras.

—Sí, señor —respondió, reprimiendo el impulso de cuadrarse. Sabía que otros profesores lo llamaban por el nombre de pila, pero, teniendo en cuenta que él se dirigía a ella por su apellido, aunque nunca con un «señorita» delante, le parecía inapropiado.

—¿Qué sabemos de nuestro invitado estrella a la recepción anual?

Deirdre sintió que la carpeta le resbalaba de la mano, pero la sostuvo a tiempo.

—¿Hay algo que tengamos que saber? —preguntó con una sonrisa que hizo que el director frunciera el ceño—. Creía que estaba todo listo —añadió, relajando el gesto.

El director Matthews se colocó el pañuelo del bolsillo. Siempre que hacía aquello, Deirdre se echaba a temblar porque la noticia era de las que podrían resquebrajar los cimientos del instituto. La última vez que le había visto hacer aquello había sido cuando había pretendido cambiar el lema de la institución porque el anterior le parecía demasiado anticuado.

Por lo visto, aquello de «¡Adelante, Patriotas!» le parecía demasiado... deportivo y poco serio. Él había querido dotar al centro de seriedad e incluso de un aire docto al traducir el lema al latín, pero el «Ire, bonis!» no había sido comprendido. Todo el pueblo se le había echado encima y el director había reculado, fingiendo una gran dignidad, pero ella sabía que llevaba ese dolor en su interior. De hecho, se preguntaba si toda esta pantomima de recibir a Adam Elliot como un héroe no era un capricho para demostrar que podía salirse con la suya cuando quería y hacer saber que él sí, él podía traer estrellas de verdad al homenaje anual.

—¿Acaso no se lo he dicho? —Deirdre se preparó para la avalancha que se le venía encima al ver que el director Matthews sonreía. Él, que jamás lo hacía, ni siquiera cuando los Patriots, el equipo del instituto, ganaba—. El señor Elliot vendrá acompañado de un equipo de grabación de la televisión nacional. Van a grabar un documental sobre su lugar de nacimiento y las raíces de su carrera artística. ¿No es maravilloso?

Deirdre no fue capaz de decir nada. De todas formas, de haber podido mover la mandíbula, solo habría podido gritar.

Gritar, correr hasta México como si la persiguiera una avalancha y no volver jamás.

CAPÍTULO 4

DROGAS O JESÚS

—Suenan apasionante.

La voz con sabor a *bourbon* de April LaBelle hizo que Adam sonriera.

—No es tan aburrido como crees, cariño. Si lo fuera, alguien como yo no habría salido de allí.

April entrecerró los ojos, haciendo que la nariz que le había costado miles de dólares se frunciera también. En conjunto, era guapa y *sexy* como el demonio, pero no era solo una cara bonita o no habría llegado adonde estaba, y ella lo sabía.

—Si no lo fuera, todavía estarías allí, Adam. ¿Por qué será que todas las estrellas acabadas os acordáis del lugar de donde salisteis cuando ya no os queda nada más?

Adam intentó mantener el tipo, pero la vista le resbaló de los ojos azules de April al cuello del botellín de cerveza sin alcohol. Se suponía que, a esas alturas, deberían estar discutiendo los detalles del documental, pero ella lo había llamado para dejarlo tirado.

Tendría que haberlo visto venir.

Había aceptado demasiado deprisa. O él había pensado que había aceptado cuando en realidad ella se había limitado a asentir mientras miraba algún lugar por encima de su hombro, sin mirarlo a los ojos en ningún momento.

La putada era que ya les había dicho a sus padres, y suponía que ellos a Matthews, que iba a ir acompañado de un equipo de televisión, como los grandes.

—¿Qué piensas de mí?

April, que había dedicado el último minuto a comprobar sus mensajes en el teléfono móvil como si él ni siquiera estuviera allí, pareció recordar de pronto que estaba con él en una cita profesional o algo parecido.

—¿Perdona?

—¿Qué quieres que te dé?

April miró su botellín de cerveza sin alcohol y volvió a mirarlo con una sonrisa burlona.

—Lo del cantante borracho está muy visto, cielo. Drogas, gente que ha conocido a su Creador... —Puso los ojos en blanco—. No te negaré que hay gente que se pone cachonda al ver las desgracias del prójimo, pero ya hay demasiados chicos del *country* malotes. Lo que me gustaría ver, para variar, es a alguien perfecto. Tan perfecto que todas las madres se sientan orgullosas, todos los hombres lloren de envidia y todas las chicas lo quieran por marido.

Adam se preguntó si aquella mujer se burlaba de él. Permaneció en silencio, esperando a que ella se riera. Pero no lo hizo.

Después de unos minutos, abrió los brazos y sonrió.

—Aquí tienes a tu hombre, cariño.

April se recostó contra su silla y lo miró con los brazos cruzados.

—Más te vale que tengas el armario muy limpio, precioso mío, porque te juro que voy a buscar a fondo. Y si encuentro algo... —April se acercó mucho. Demasiado. Adam deseó recular,

pero habría demostrado su miedo y había aprendido que eso era lo último que había que hacer delante de un depredador—, desearás no haber nacido. Y no vuelvas a llamarme cariño o te cortaré los huevos y te los serviré como desayuno.

La sonrisa de April le provocó escalofríos, pero él se obligó a mantener la suya. Se dijo que no debía preocuparse. Al fin y al cabo, él no tenía demasiados secretos. Solo alguno que otro pequeñito. Mínusculo. Casi microscópico.

///

—Mamá..., mamá, por favor, ¿quieres dejarme hablar?

Eleanor Elliot continuó hablando como si no le hubiera escuchado. De hecho, lo más probable era que no lo hubiera hecho.

Siempre que pensaba en sus padres los veía como los había conocido durante toda su infancia: su madre con un largo vestido de algodón estampado de corte antiguo y una cofia en la cabeza, dos trenzas, primero negras y luego entrecanas, cayendo sobre los hombros, guiando a los visitantes por la mansión que había heredado de sus antepasados. Cuando le preguntaba si no podía hacerlo vestida de otra forma, ella lo miraba con extrañeza. Su padre, Lloyd Elliot, se pasaba la mayoría del tiempo vestido con un uniforme de general confederado. Para él, su padre olía a pólvora y era incapaz de imaginarlo sin su fajín amarillo y su sable a cuestas.

—Tu cuarto ya está preparado, mi niño. He reservado para la periodista el dormitorio de nuestra querida Rose. Estoy seguro de que a Rose le gustará. Y si no, muy pronto nos daremos cuenta de ello, ¿no crees? Confírmame cuántos miembros serán en el equipo porque no puedo asegurar que tenga sitio para ellos en casa. Aunque buscaré un buen alojamiento para ellos. No queremos que se vayan de aquí pensando que odiamos a los yanquis.

Adam se preguntó si su madre notaría algo si dejaba el teléfono e iba a prepararse un bocadillo. Lo único bueno de volver a casa era que comería bien una temporada. Si a cambio tenía que aguantar aquella charla sin fin..., bien, tal vez no compensaba tanto.

—Igual no es buena idea que les comentes a los de la tele nada acerca de Rose, mamá.

Supo que por fin había captado su atención. Rose, la difunta Rose, era siempre un tema delicado. Su madre estaba convencida de que el fantasma de Rose Elliot, fallecida a los veintidós años mientras daba a luz en el mejor dormitorio de la casa, seguía buscando a su bebé, y no descansaría hasta que lo encontrara. Su marido, un capitán confederado antepasado de su madre, había muerto durante la guerra. Alojar a una yanqui en su dormitorio tal vez no fuera la mejor idea del mundo, pero a veces su madre tenía un sentido del humor de lo más particular.

Adam siempre aseguraba que nunca había sentido nada extraño en la casa, pero había crecido rodeado de chalados que decían que habían visto a Rose y que incluso habían hablado con ella y su bebé. También decían que había un fantasma de un caballero vestido con armadura, de un monje y de un elfo verde con cascabeles, aunque esto último solo lo había visto un *hippy* en los años setenta y no estaba confirmado.

—No dejes que te escuche Rose, mi niño. Ya sabes que no sale si algún descreído reniega de ella. Aunque tú eres de la familia y te tiene cariño. Siempre hablamos de ti y me cuenta lo mucho que echa de menos vuestras charlas nocturnas. Son un gran consuelo para ella.

Adam suspiró y dio un mordisco al bocadillo que se había preparado mientras hablaba con su madre por el altavoz del manos libres. No sabía si eran imaginaciones suyas o su madre parecía desvariar más de lo habitual. Hacía años que no volvía al pueblo. Igual era un buen momento para echarles un vistazo a los viejos.

—Yo también quiero a Rose —respondió con la boca llena—. Por cierto, mamá, los de la tele me han preguntado por mis viejos amigos, ya sabes, para las entrevistas... —dijo, intentando parecer convincente—. ¿Quiénes siguen por ahí?

Nada más dejar a April, había pensado en quienes de los que conocía podían sacar sus miserias por la tele. En general, apenas recordaba a nadie. Y, de los que recordaba, solo había una persona que era muy capaz de morir solo por joderle la vida. Con suerte, nadie indagaría tanto en su historia como para llegar al lazo, frágil pero duradero, que lo unía todavía con él.

—Precisamente, ha estado Deirdre hoy aquí para pedirme una foto tuya para un cartel de bienvenida. Hemos pasado un buen rato intentando escoger la mejor de todas, pero, al final, se ha llevado la caja de galletas para decidir con... ¿cómo ha dicho? Perspectiva. ¿Sabías que es ella la que se encarga de organizar tu homenaje?

Adam sintió que el bocado que acababa de tragar le caía como plomo en el estómago.

¡Oh, mierda!

Ojalá no hubiera dejado el alcohol y las drogas.

CAPÍTULO 5

EL QUE SE FUE

—Míralo, hasta de bebé era una ricura. Que me cae fatal, pero una cosa no quita otra.

Linda había colocado una decena de fotos de Adam en fila, por orden cronológico, y las miraba con una sonrisa de boba en los labios, como si no hubiera visto nada más bonito en toda su vida.

—Nació con dientes y le destrozaba las tetas a su madre, ¿sabes? Ya era precioso por fuera y un cabrón por dentro al salir del útero de Eleanor.

Linda soltó la foto de Adam de bebé con una mueca de asco.

—Tampoco hace falta que lo digas todo de un modo tan... biológico, nena. De todas formas, lo cabrón no le quita lo guapo, y lo sabes tan bien como yo. Si el odio visceral no te cegara, lo admitirías.

Deirdre resopló y repasó su propia selección de fotos, mucho menos bonitas que las que había escogido Linda.

Adam con la cara manchada de helado de chocolate... el helado de chocolate que le había robado a ella.

Adam con uno de los vestidos de su madre. No sabía si era Halloween o si era una foto sacada por casualidad. Esa era una buena imagen, cuya existencia seguramente había olvidado, pensó, observando el rostro pensativo de Adam en la imagen. ¿Qué pensaba, vestido con aquella prenda enorme y extraña? Parecía estar mirando algo en la distancia, hacia su derecha, en la casa.

Bien, ¿qué más daba?

Adam tocando la guitarra. Esa les encantaría a todos si no fuera porque por entonces no sabía tocar la guitarra siquiera. Pero colaría, porque ese capullo siempre había sabido posar y tenía una sonrisa preciosa en aquella foto. Lo sabía bien, porque ella misma le había dicho cómo colocar los dedos y cómo mirarla. Y ella le había pillado justo cuando se reía de sus esfuerzos.

Apartó aquella fotografía y sus ojos captaron algo que no debería estar en aquella caja de galletas.

Se suponía que todas las imágenes de aquel viaje habían desaparecido. Si había alguien, en todo caso, que no sabía nada de su viaje a México, era la madre de Adam. Sin embargo, allí estaba la última foto que le había sacado antes de que se largara sin decir adiós.

Adam llevaba la camiseta sobre los hombros porque hacía calor y estaba despeinado porque acababa de despertarse. Apenas tenía los ojos abiertos y la señalaba, amenazante. Le estaba diciendo que la mataría a cosquillas si le sacaba una foto con aquellas pintas. Que las fans no le perdonarían aquella dejadez.

Algo se revolvió en su estómago. Algo amargo, sucio y cruel.

Linda se la arrancó de la mano antes de que pudiera volver a guardarla en la caja o romperla.

—Ummm, esa es buena. Nos la quedamos.

—¿Recuerdas que no lo aguantas?

Lin bufó y se encogió de hombros, como si aquello fuera un detalle insignificante.

—Tampoco estoy ciega.

Linda le dio un beso a la fotografía y Deirdre rio. En eso de que no le perdonarían su aspecto descuidado, como en tantas otras cosas, Adam había estado equivocado. Sus fans le perdonaban aquella dejadez y muchas otras cosas. De hecho, lo amaban más por ello.

Si su amiga notó algo extraño en ella, no lo dijo. Estaba acostumbrada a sus cambios de humor cuando hablaban de Adam.

En todo caso, debía de pensar que el hecho de que sonriera era bueno. Tenía que serlo.

///

Deirdre no había sido consciente de lo que había ocurrido en su cabeza hasta que había visto aquella foto.

Durante casi veinte años, había vivido, era muy consciente de ello, amargada por su pasado, lo que había hecho que fuera incapaz de salir de la trampa que ella misma se había preparado.

Siempre se quejaba de que odiaba el pueblo, el instituto, las clases..., pero jamás hacía nada por buscar otro lugar, otro trabajo. Claro que eso solo lo sabían cuatro gatos. Para los demás, Deirdre era la persona más feliz y sonriente del mundo.

¿Había acaso alguien más satisfecha con su vida que ella? ¡Imposible!

Solo cuando se encontraba a solas en su apartamento, o con Linda, se rebelaba contra esa imagen de chica perfecta de pueblo.

¡Soy cantante!, gritaba. Pero ya no recordaba cuándo fue la última vez que había cogido la guitarra para cantar.

¡Soy compositora!, protestaba. Pero su cuaderno apenas tenía unas pocas páginas garabateadas. Ninguna canción entera.

Era como si hubiera perdido la energía, el alma, las ganas, la garra, y solo le hubieran quedado la mala leche y la amargura a cambio. Aunque no la suficiente para hacer que brotara a sus ojos y apagara su sonrisa.

Lo triste, la enorme putada de su vida, era que toda ella giraba alrededor de Adam Elliot, incluso veinte años después de que se hubiera ido.

Él había construido su carrera y a sí mismo a su costa, y ella se lo había permitido. Cuando él cantaba su enorme éxito, la canción que le había hecho famoso, lo hacía bebiendo su sangre.

Oh, Deirdre de los lamentos, cantaba, y todos la señalaban. ¿No era maravilloso que alguien la hubiera querido lo bastante como para componer algo tan hermoso? Era evidente que nadie se fijaba en la letra.

Ahora iba a volver para regodearse en su triunfo y pretendía que le tendiera una alfombra roja. ¡No! Que ella misma le sirviera de alfombra.

Podía imaginar la imagen que quería que diera delante de la televisión y de todo el mundo. Ella, la musa, la inspiración, la chica enamorada que había quedado atrás y que seguía esperándolo siempre.

—Que te jodan, capullo —murmuró para sí.

Sus ojos se clavaron con odio en la fotografía que había escogido para el cartel de bienvenida.

Esa imagen había sido una señal, sin duda.

Ese había sido su último instante feliz con Adam.

Y cuando él viera que había escogido justo aquella fotografía para el cartel, sería su último instante feliz en McMinville.

CAPÍTULO 6

MI ÚLTIMO DÓLAR (VOLÓ)

—No sé si sigues siendo mi agente, pero supongo que deberías saber que tal vez mi carrera no se haya ido a la mierda del todo. En fin, te llamaré mañana, Phil. Esto... adiós, tío.

A Adam nunca se le habían dado bien las despedidas.

Se había largado de casa de sus padres sin decir adiós y también de otros sitios. Siempre había pensado que les hacía un favor a los demás largándose de ese modo. Sabía que era un gilipollas y un maleducado, pero su actitud le había ahorrado mocos, lágrimas, sustancias variadas y gritos... Y, además, esa sensación incómoda en el pecho, como cuando algo te dice que deberías quedarte.

Cuando bebía y se drogaba, aquella sensación era más fácil de acallar. Al menos, durante unas horas. Con suerte, durante días. Con mucha suerte, duraba semanas. Una buena borrachera o una noche de juerga y todo era más lejano y borroso de repente. El pelo de la chica empezaba a cambiar de color en su memoria, las letras de su nombre cambiaban de lugar, los sitios donde habían hecho el amor se difuminaban.

Aunque no todo el mundo era igual de fácil de eliminar, claro.

A sus padres no podía borrarles a base de *bourbon*, *whisky* y coca. Ni a ella tampoco. Lo sabía porque había pasado años intentándolo. De hecho, había estado a punto de perder su último dólar en ello.

El sonido del teléfono lo sobresaltó.

Como siempre que estaba en un lugar público, miró a su alrededor para ver si alguien lo estaba mirando, pero nadie parecía haberse fijado en él.

El aeropuerto JFK estaba atestado y todo el mundo tenía prisa. Hasta hacía no tanto, con prisa y todo, siempre había alguien que se paraba de repente y le sonreía o señalaba. Fotos, autógrafos. Había llegado a parecerle un agobio insoportable el tener que aguantar a los fans. Había llegado un momento en que había llevado sombreros y gafas cada vez más grandes, al punto de parecer un rapero ridículo. Y así y todo todavía había gente que conseguía reconocerlo y arrinconarlo. Pero ahora solo era un tipo corriente más esperando a su vuelo, rezando para que no se retrasara. Y no sabía si eso era un alivio o no.

La verdad era que no le gustaba Nueva York. Era un sitio enorme lleno de gente a la que no conocía. En eso, el paleta sureño que llevaba adentro salía a la luz, no podía evitarlo. Prefería las ciudades pequeñas y acogedoras, aunque luego gruñera porque se sentía atrapado en ellas.

Se suponía que April se iba a reunir allí con él, y también parte de su equipo. El día anterior habían estado en la oficina de la cadena de televisión firmando el contrato y ultimando los detalles del programa.

Para ser sincero consigo mismo, hasta el mismo instante de la firma no se había creído que esa gente hubiera comprado su idea.

¿De verdad iban a grabar un documental acerca de su regreso a su mierda de pueblo? No sabían dónde se estaban metiendo.

Y, además, iban a pagarle una pasta. O, al menos, a él, en ese momento en que su cuenta estaba rozando la más mísera ruina, se lo parecía. Hacía cinco años ni siquiera se habría rascado los huevos por esa cantidad. Y era probable que ellos lo supieran y por eso tenían esa sonrisita de cabrones mientras le tendían la pluma.

¡Coño, si hasta se la habían regalado!

—Para que escribas una canción de las tuyas.

Eso le había dicho uno de los tipos trajeados que estaba en la firma.

Se habían presentado, pero para él eran todos tan similares que no había podido retener ninguno de sus nombres. En su cabeza, durante toda la reunión se refirió a ellos como Capullo Máximo I, II y III.

Una canción de las tuyas, había dicho Capullo Máximo III sonriendo, y Adam se sintió como una cucaracha arrastrándose por la mierda.

Nada más salir de la oficina, tuvo que buscar una reunión de Alcohólicos Anónimos. Era eso, pillar una cogorza que le tuviera sin sentido durante cuatro días o partirlas la cara a los tres Capullos Máximos.

///

—Me han dicho que la reunión de ayer fue de maravilla.

April no saludó ni presentó a los dos tipos que la acompañaban, que siguieron hablando entre ellos como si él no estuviera allí.

—Fíjate si me fue bien que me regalaron un boli. Salí contentísimo.

Sin esperar a ver la reacción de April, Adam se acercó a los hombres que supuso que formarían parte del equipo de grabación y se presentó. Ellos lo miraron con algo a medias entre el horror y la fascinación, como si jamás hubieran conocido a una persona bien educada.

—Si yo les parezco extraño, sufrirán una barbaridad con mi madre —dijo con un guiño—. Pero mi padre es la persona más divertida de la familia con diferencia. Ustedes le caerán bien.

Los yanquis debieron de captar la ironía de su tono porque empezaron a cuchichear entre ellos en cuanto Adam les dio la espalda. En su cabeza añadió dos especímenes más a la lista de Capullos Máximos.

CAPÍTULO 7

PROBLEMA CON LA BEBIDA

—El tópico *country* que más odio es el de que todos beben hasta caer muertos.

Linda suspiró y se llevó el vaso de cerveza a la boca. A su lado, Tim Falcon asintió e hizo lo propio.

Los dos contemplaban a Deirdre, que bailaba como si el mundo se fuera a acabar esa noche, trajinando copa tras copa sin inmutarse en apariencia. Estaba guapa, aunque no llevaba puesto nada especial. Tampoco era necesario. Con unos vaqueros y una camiseta estaba perfecta. Pero Deirdre era así. Había nacido guapa y ni siquiera con una bolsa de papel tapándole la cara se podía obviar aquel hecho.

—¿No debería odiarla? —continuó Linda—. Lo tiene todo y ni siquiera se da cuenta. Encima me toca escuchar sus penas. Y deberías oírla. Es una llorica de mierda. Si yo le contara mis problemas una sola vez, ya se habría cortado las venas. Pero tiene suerte de que soy una buena amiga y cultivo mi amargura en solitario. Así ella puede seguir actuando como si tuviera quince años y no rondase esa cifra peligrosa que casi nadie pronuncia.

De algún modo, el vaso se había vaciado. No quería beber más. El día siguiente sería largo para todo el mundo.

—Lo malo con Deirdre es que nadie es suficiente para ella. Y lo sé porque lo intenté durante un tiempo. Casi me salió una hernia de tanto esforzarme en ser un buen tío —dijo Tim. Miraba a Deirdre con una especie de tristeza resignada, como un hambriento que mira un pastel desde el otro lado del escaparate de una confitería.

Linda rio, aunque dejó de hacerlo al sentir que la cerveza que había tomado estaba a punto de salirle por la nariz. Tim era un hombretón rubio y atractivo que trabajaba en su propio invernadero. Tenía una voz impresionante que hacía que las manos de Linda temblaran cada vez que lo escuchaba. Bueno, las manos y otras partes de su cuerpo.

—No es que nadie sea lo bastante bueno para ella —replicó con más acidez de la que habría deseado—. Es que está empeñada en hacer un estudio de mercado de todos los mozos del lugar. Ya sabes lo que dice la canción, *Oh, Deirdre, busca a otro para llorar en su hombro* —cantó con voz desafinada—. Pues ella busca y busca.

Tim no pareció comprender al principio. Tras unos segundos, se rascó la frente y abrió los labios para responder, aunque volvió a cerrarlos. Miró a Deirdre como si la viera por primera vez.

—Nunca pensé que la canción quisiera decir eso —murmuró para sí de un modo que Linda apenas pudo escucharlo.

—Digamos que ella ha hecho una interpretación libre de la letra. Pero no se lo digas, porque, en el fondo, ni siquiera se da cuenta de que su incapacidad de comprometerse con ninguno de los chicos con los que sale tiene que ver con esa puñetera canción.

Tim pareció a punto de decir algo más, pero ella se colgó de su cuello por sorpresa. Cuando lo besó, le quitó de la cabeza toda posible idea de protestar.



Deirdre dio un par de vueltas y se detuvo al notar que todo se volvía borroso a su alrededor. Rio y extendió los brazos para mantener el equilibrio, pero trastabilló y estuvo a punto de caerse. Lo habría hecho si alguien no la hubiera sostenido.

—¿Estás bien?

Su voz pretendía ser seductora, pero a ella le resultó molesta y chillona. En el bar había demasiado ruido como para hablar y había que acercarse mucho para susurrar de ese modo en su oído.

El tipo olía a *bourbon* barato y a tabaco. Y a alitas con picante. La mezcla, teniendo en cuenta el estado de su estómago en ese momento, le resultó repugnante.

Tuvo que apartarlo de un empujón para no vomitarle encima. Logró llegar a la puerta trasera justo a tiempo.

Vomitó miserablemente todo lo que había bebido, la cena y algo de color rojo que no recordaba haber comido. Por suerte, el chico de las alitas de pollo no la había seguido, porque no tenía muchas ganas de charla en ese momento.

Había perdido de vista a Linda hacía tiempo. Había salido con Tim, los dos convertidos en un amasijo de brazos, labios y piernas, y ella se había bebido cinco chupitos en su honor.

¡Eureka! Aquello era lo rojo que estaba viendo. Y tal vez restos de alitas picantes, que eran como su kriptonita. Debería odiarlas, pero no podía evitar atracarse cada vez que alguien se las ponía delante.

Cuando fue capaz de enfocar la punta de sus botas y comprobar que no se las había salpicado, dio las gracias a Dios.

Se palpó el cuerpo para asegurarse de que llevaba la cartera y todos sus enseres encima.

Esa noche no se había encontrado con nadie interesante, pero, al menos, no había perdido las llaves de casa. Tener que presentarse en el aeropuerto a recibir al imbécil de Adam con resaca y con la ropa oliendo a vómito acabaría con su buena reputación. Eso sí es que todavía le quedaba alguna.

CAPÍTULO 8

ESTA CIUDAD

—Cuéntanos lo que sientes al volver a casa.

Adam se había esperado la pregunta, pero no que una cámara lo estuviera enfocando cuando se la hicieran. Las dos horas y media de viaje en avión desde Nueva York a Nashville no le habían ayudado a hacerse a la idea de lo que se le venía encima. De allí a McMinnville no había más que una hora y media en coche, pero April lo sorprendió al decirle que tomarían un avión privado.

—Os debe de chorrear la pasta hasta por las orejas —había dicho, intentando que su sonrisa ocultara el pánico que empezaba a correrle por las venas.

Había esperado que el tiempo de camino le sirviera para hacerse a la idea de que todo aquello era real. Pero no, al final, con veinte minutos escasos tendría que bastar. Desde luego, la productora apostaba fuerte desde el principio. Ese avión costaba unos dos mil dólares por cabeza. Él mismo los había pagado en alguna ocasión para traer a sus padres a su casa de Nashville. Nada de viajes en coche para sus queridos papás, decía. Entonces podía permitirse aquello y más. Ahora le parecía un despilfarro absurdo. Claro que, de disponer de los diez mil que se estaban gastando, ¿acaso no los gastaría en aquello o en alguna gilipollez semejante?

La cámara estaba jodidamente cerca, como si el tipo que la sostenía temiera perderse su expresión de pánico. Estaba pálido y sudoroso. Tenía la camiseta arrugada y unas ojeras dignas de una noche de juerga de campeonato. Hasta hacía no mucho tiempo, aquellos síntomas serían signo de una resaca, pero ahora se debían al insomnio y los nervios. Jamás había tenido tanto miedo.

Sonrió y apartó la mirada del objetivo que lo enfocaba. Por la minúscula ventanilla del avión privado ya se adivinaba el pequeño aeropuerto Warren County Memorial. No tenía pinta de haber cambiado en absoluto.

—¿Y bien?

Apenas oía la voz de April con el ruido de los motores, pero imaginaba que debía de ser una pregunta habitual del programa. De cualquier programa.

Era un imbécil por no habérsela preparado.

—Supongo que gracias a este lugar soy quien soy, bueno o malo —respondió al fin—. Espero que luego cortes esta mierda, no quiero parecer un idiota que va de profundo —añadió, poniendo la mano delante de la lente.

April le puso una mano en el hombro, aunque su contacto duró apenas unos segundos, porque el piloto anunció que estaban a punto de aterrizar.

—A todo el mundo le encantará, querido. Y si se te escapa alguna lagrimita, sería estupendo. Al público le chiflan esas cosas. En el fondo, la sensibilidad vende, y más cuando se trata de las raíces. Aunque yo no lo entienda. Creo que tiene que ver con el olor a tierra y los sombreros enormes que impiden el riego del cerebro. Y tú llevas uno de esos, por cierto. Es una suerte que te sienta bien —añadió con una sonrisa, como para suavizar el insulto.

Adam se recostó en el asiento y giró la cara hacia la ventanilla otra vez, aunque no veía lo que había al otro lado.

Durante años, había odiado ese paisaje. Esos miles de invernaderos que lo rodeaban todo y que eran su sentencia de por vida. No podía negar que el bosque que rodeaba el pueblo era precioso, sobre todo, en otoño y en primavera. Recordaba haberse perdido miles de veces por ahí, no siempre de forma voluntaria. Árboles enormes y caminos sin asfaltar que a veces eran un refugio. Había escapado de eso y había jurado no volver nunca. Y ahora estaba allí, dando las gracias delante de una cámara porque todo aquello lo había hecho como era. Había que joderse.

///

April se empeñó en que todos los del equipo desembarcarían primero y le sacarían algunos planos mientras bajaba la escalinata del avión, como si fuera el Papa pisando Tierra Santa. Solo esperaba que no le hicieran besar el suelo, porque por eso sí que no estaba dispuesto a pasar.

Mientras esperaba dentro del avión, con la cabeza gacha para no darse contra el techo metálico, miró hacia el edificio del aeropuerto. No parecía haber mucho jaleo allí. Era una suerte, porque al enterarse de que iban en avión, había temido que los de la tele estuvieran preparando alguna estupidez, como un recibimiento a lo grande... o todo lo grande que podía ser en un lugar como aquel.

Las sillas junto a la pista estaban vacías.

Sintió un pinchazo de pena al verlas. No podía negar que había tenido la esperanza de ver, al menos, a sus padres esperándolo.

—Bien, ya está todo listo —dijo April junto a él. Aunque era bastante más baja que él, ella también tenía que mantener la cabeza agachada en el pasillo para poder hablar con él, pero Adam pudo ver que se había cambiado de ropa y que se había maquillado. Él, en cambio, se sentía sucio y despeinado. Era una suerte que se hubiera acordado de llevar el sombrero para cubrir las greñas —. Tú solo procura parecer natural. Responde a lo que te pregunte e intenta improvisar lo menos posible, ¿de acuerdo?

Él sonrió. No había ningún problema con eso. En ese momento estaba tan acojonado que no tenía ningún problema con que le llevaran de la manita.

///

Debería llevar una guitarra.

Aunque, ¿cuándo había llevado él una guitarra? Si ni siquiera tocaba bien. Pero parecería un músico de verdad si la llevaba.

Se paró justo delante de la puerta del avión, en lo alto de las escaleras, como le dijeron que hiciera. Se metió las manos en los bolsillos y trató de parecer natural.

Hacía viento y la escalera se movía bajo sus pies.

En su cabeza, la voz en *off* de April hablaba sin parar:

—*Aquí tenemos al músico fracasado Adam Elliot, señores. Una cara bonita, una voz aceptable, unas canciones que gustaron en su momento, pero no es más que uno entre un montón. Aunque prometía mucho, jamás consiguió el lugar que todos decían que merecía.*

Nunca ganó ningún premio importante ni recibió una invitación al Opry. En definitiva, una estrella de segunda. En este momento, sus botas valen más que toda su carrera musical junta. Y encima nos ha hecho venir a este pueblo de mierda para...

—Ya puedes bajar, pero despacio.

La auténtica voz de April lo hizo trastabillar. Estuvo a punto de caerse por la escalera, aunque el capullo del cámara debió de considerar que aquel plano le daba autenticidad a la escena, porque siguió grabando. Casi había besado el suelo, después de todo.

Los separaban pocos metros del edificio que hacía las funciones de torre de control, oficina, y entrada. Cuando fue a coger su equipaje, los chicos del equipo le dijeron que se adelantara, que se encargarían después de sus bártulos.

No supo que seguían grabando hasta que abrió la puerta y se topó con una enorme pancarta con su nombre, una foto con su cara y a unos niños cantando su mayor éxito. Desafinaban, pero no podía decir que no le echaran entusiasmo al asunto. Y sonreían, como si estuvieran a punto de conocer a alguien importante de verdad. Pobres criaturas inocentes.

Entonces vio a Deirdre con un ramo de flores justo ante él. Lo sostenía como si fuera una espada, apuntando en su dirección. Estaba tan guapa como siempre.

Joder, la verdad era que todavía estaba muy buena.

El *flash* de una cámara por encima de su hombro lo hizo bizquear. Solo entonces se fijó en la fotografía que había escogido para el cartel.

Si en algún estúpido momento había pensado que aquello iba a ser sencillo, la idea se le quitó de la cabeza al ver que era una de las que le había tomado en México, durante su noche de bodas.

CAPÍTULO 9

MEXICOMA I

HACE CASI VEINTE AÑOS

—Ahora es cuando se supone que tú dices eso de «todavía no me puedo creer que estemos aquí, nenaaaa». Mírame. No con esa cara de imbécil, Adam. Quieto, sí, así. Oh, estás guapísimo así. Pondré esta foto al lado de nuestra cama para poder dormirme todas las noches mirándola.

Él enarcó una ceja y le lanzó la almohada sobre la que había estado recostado para que ella consiguiera la pose perfecta. Adam llevaba un rato distraído, con lo que ella había conseguido aquella cara de lelo que a ella tanto le había gustado. Ni siquiera había dicho nada cuando una cucaracha del tamaño de Utah le había pasado por encima de la bota.

El hotel no era bonito, pero tampoco podían pagar nada mejor. Llevaban ahorrando lo que parecía media vida y, al final, solo habían podido tener aquello. El resto había ido para pagar la fianza y dos meses de alquiler de un piso mísero y feo en Nashville. Después, solo podían esperar el triunfo. ¿Qué más? Tenían diecisiete años, eran jóvenes, guapísimos, tenían talento y estaban tan enamorados que daban asco.

Deirdre tocó una de las cortinas con la punta de un dedo, lo justo para mirar al otro lado de la ventana. Las vistas no eran espectaculares, edificios, la calle, coches, gente charlando, pero no habían viajado hasta México para ver el paisaje.

Al menos, ella no lo había hecho.

Se acercó a Adam por detrás y le besó el cuello. Llevaba una de esas camisetas blancas de tiras que tanto le gustaban y a ella le parecían tan de chulo de pueblo. Él pensaba que resaltaban sus músculos, que cultivaba con esmero haciendo pesas en el gimnasio cada día. Era una suerte que fuera tan delgado y que sus esfuerzos no sirvieran más que para marcarlos lo justo.

Adam jamás sería un forzudo, pero tampoco hacía falta. Era perfecto tal cual era. Olía de maravilla.

Y ahora era suyo.

—Dime que no te arrepientes —le susurró justo al oído, antes de soplar para apartar el cabello demasiado largo de su rostro—. Tendría que matarte, Adam Elliot. Y aquí no me pillarían. Piénsalo.

Él rio al fin.

Se giró por sorpresa y la levantó en volandas para llevarla a la cama.

—Solo estaba pensando en que me habría gustado verte con uno de esos vestidos con encaje. Y flores. Y un velo.

Adam parecía tan serio que ella no tuvo más remedio que reírse en su cara. Se retorció debajo de él y sintió que la cama chirriaba en respuesta. Puso las manos en su nuca y le acarició bajo el pelo.

—Eso suena a canción *country* de las malas. Yo nunca me pondré un vestido con encaje. Ni usaré velo, ni llevaré flores. Además, ya es demasiado tarde, señor Elliot. Estás atado a mí para siempre. Y después de siempre. Cuando tengas treinta y siete años y seas un anciano, te

despertarás un día y te preguntarás qué hiciste para tener tanta suerte.

Él sonrió otra vez. Esa sonrisa hizo que el estómago le diera un vuelco. Esa maldita sonrisa, sí, señor. Solo por eso merecía la pena vivir. Y viajar miles de kilómetros hasta México y casarse con ese idiota sin decírselo a nadie, salvo a Linda, la mejor amiga de Deirdre, que le había cortado el pelo para que estuviera preciosa y había prometido decirle a su padre que estaba en su casa estudiando si él llamaba para preguntar.

—Demasiado tarde, sí, señora Elliot. El cura lo dijo. Hasta que la muerte nos separe.

Tan sencillo y tan complicado como aquello. Mientras se besaban y fingían que no tenían un miedo mortal, de verdad creyeron que aquello era eterno.

Y fueron felices.

CAPÍTULO 10

SI LO HUBIERA SABIDO

Esa sonrisa, sí, señor.

Si existieran los premios a las mejores sonrisas, y a las más falsas, se los darían a Adam Elliot.

¿Cuántas locuras no había cometido ella en su vida por culpa de esa maldita sonrisa? Pero ahora ya no le causaba ningún efecto, como no fueran las ganas de hacerle tragar ese ramo de flores que le habían puesto en las manos y que, según el guion, debía entregarle en cuanto se acercase a ella.

En su cabeza, la escena estaba muy clara, cristalina: él se acercaría, sonriendo, cómo no. Y ella le daría las flores... con una bomba, rociadas con un veneno letal, con ébola, con gas mostaza... Sí, había muchas posibilidades, a cada cual más divertida.

Y lo vería retorcerse ante ella, y disfrutaría cada instante de su agonía.

Sin embargo, allí estaba, viéndolo acercarse, mientras esos niños, Dios sabía de dónde habían salido, atronaban sus oídos con aquella dichosa canción. Lo más increíble era que se trataba de sus alumnos. Los mismos que eran incapaces de cantar cada año el himno nacional sin equivocarse en la mitad de las notas entonaban ahora esa maldita canción de un modo más que aceptable. ¡Y lo habían preparado todo a sus espaldas!

*Oh, Deirdre de los lamentosssssss,
busca a otro para llorar en su hombro...*

Si no se callaban pronto, serían sus padres los que tendrían que llorar sus tempranas muertes.

Notó el momento justo en el que él vio la foto y la reconoció. Sus ojos oscuros se agrandaron, incapaces de ocultar la sorpresa y la emoción. Nunca había sido capaz de disimular lo que sentía, ni para bien ni para mal.

La cámara que lo seguía se acercó para hacer un plano cortísimo de su rostro. No supo si en televisión se notaría que había enrojecido, pero ella sí lo vio. También lo vio la mujer que lo acompañaba, que sonrió para sí al tiempo que se adelantaba para colocarse cerca de ella, aunque fuera de plano, para no perderse nada.

Adam, tal vez para ocultar su incomodidad, miró a la mujer. A lo mejor también buscaba instrucciones acerca de lo que hacer. Ella le hizo en gesto evidente de ánimo, pero él se quedó parado.

Deirdre apretó el ramo con fuerza.

De modo que, también ahora, era eso lo que quería. Que se fuera al infierno si esperaba que fuera ella la que diera el último paso. Al fin y al cabo, no era ella la protagonista de ese dichoso programa.

Adam entrecerró los ojos, lo justo como para que ella notase que había notado su juego. Su sonrisa se mantuvo incólume, pero ya no era la misma que le producía mariposas en el estómago ni la que hacía que el pulso le temblara.

Se escuchó un carraspeo en algún lugar por encima del canturreo de los niños. Deirdre

reconoció al director Matthews, pero le dio igual. Si quería que el que de repente era su alumno favorito tuviera un cálido recibimiento, debería habérselo dado él mismo.

—A esto me refería cuando hablaba de la hospitalidad sureña, chicos —dijo Adam de pronto, girándose hacia el cámara y los demás miembros del equipo, que sonrieron por compromiso.

Deirdre sabía reconocer una derrota. Mientras todos a su alrededor se relajaban y reían, sintió los ojos de Adam retándola.

Se acercó y le tendió el ramo de flores. Notaba tanta rigidez en todo el cuerpo que casi le dio en la cara, después de todo.

—Bienvenido a casa, Adam. Espero que tu estancia aquí sea satisfactoria.

Él debía de saber que no sentía ni una sola de las palabras que había pronunciado, porque ya no sonreía.

De cerca, tenía un aire cansado y casi diría que desgastado. Tenía la ropa arrugada y el pelo salpicado con canas prematuras. Tenía treinta y siete años y aparentaba varios más.

En ese momento, se sintió como si le estuviera dando la bienvenida a casa a un moribundo. Y sintió lástima por él.

Pero entonces Adam habló. Y desató el infierno.

—Gracias, Deirdre.

CAPÍTULO 11

DEIRDRE LA DE LOS LAMENTOS

—¿Has oído eso? Larry, saca la otra cámara.

La voz de April, aguda y excitada, atrajo las miradas de varios de los presentes.

—Tardaré un cuarto de hora en montarla —protestó uno de los capullos con un mohín, como si le estuvieran pidiendo un riñón.

—Pues graba con el móvil, lo que sea. Quiero que la enfoques a ella.

April apuntaba de modo indudable a Deirdre, como Adam sabía que pasaría. Y Deirdre también lo sabía, a juzgar por su mirada de odio.

El tal Larry se colocó a su lado y enfocó a Deirdre con su teléfono móvil. La pantalla no era capaz de captar la rabia que rezumaban aquellos ojos verdes. Tras ella, los niños al fin acabaron de cantar y algunos de los presentes aplaudieron, aunque por compromiso, como si supieran que lo bueno de verdad estaba delante.

—No sabíamos que tu mayor éxito estaba basado en un amor real, Adam.

April no era capaz de ocultar la ansiedad de su voz. Era una suerte que su rostro no fuera a aparecer en pantalla, porque en ese momento daba miedo. Si mostraba más los dientes en su sonrisa, los niños echarían a correr.

—¿Qué canción de amor no está basada en uno real?

—¿Y qué ha significado para la famosa Deirdre el ser la musa de un éxito musical mundialmente conocido y que ha sido versionado en árabe y coreano?

Deirdre se giró para mirar a April, que seguía sin aparecer en plano. No sabía cómo quedaría todo aquello después en la pantalla, pero Adam pensó que era la situación más extraña que había vivido jamás. Y había pasado por unas cuantas.

—¿A qué cojones le llaman ustedes canción de amor?

Apartó a las personas que tenía tras ella y luchó para irse con toda la dignidad posible, pero chocó con el cartel con la foto que ella misma había escogido. La foto de su noche de bodas cayó sobre su cabeza y se quedó parada allí, mientras todos la miraban.

Aturdida, tardó unos segundos en comprender que nadie iba a echarle una mano.

Adam escuchó una risita a su lado y vio en la pantalla del teléfono de Larry el rostro congelado de Deirdre, herido y apabullado. A través de la pantalla, la vio apartar a los niños y a varios más de los presentes, que intentaban retenerla, y escabullirse por la puerta sin mirar hacia atrás.

Sabía muy bien cómo se sentía. Durante muchos años, él había sido el imbécil de la clase y todavía no lo había superado. Lo bueno era que eso solo lo sabían en su pueblo. Lo de Deirdre lo vería todo el país.

—Esto es oro puro —dijo el tipejo, rebobinando el vídeo hasta el momento en que el cartel le golpeaba la cabeza una y otra vez.

—Joder —murmuró Adam para sí.

Larry lo miró y le dio una palmada. Tal vez pensara que eran colegas, pero si volvía a tocarle

y enseñarle algo así, perdería todos los dientes, incluidos los de leche.

El vestíbulo del pequeño aeropuerto, abarrotado como nunca, era un gallinero, y él no podía hacer nada de lo que quería. No podía seguir a Deirdre, que no lo querría a su lado, y no podía largarse por donde había venido.

Cansado y con la sensación de que se había metido en una enorme ratonera, Adam tuvo ganas de arrebatarse a Larry el aparato y rompérselo en mil pedazos, a ser posible contra los dientes. Pero, por desgracia, había firmado un contrato.

Lo que no sabía hasta llegar allí era que había vendido también su alma de paso.

Le dio la mano con aire distraído al director Matthews, que intentaba con todas sus fuerzas no mirar a la cámara y parecer natural sin conseguirlo. El viejo director, que ni siquiera conocía su nombre cuando era su profesor, lo miraba con algo cercano a la adoración. Había acudido a él a contarle que le pegaban y acosaban y él lo había mirado con lástima y le había dicho que aquello eran cosas de chiquillos y, por tanto, debían arreglarlas entre ellos. Aunque, al menos, no le había llamado nenaza como el profesor de gimnasia.

Estuvo a punto de decirle que Larry ya había apagado la cámara y que todo aquello no saldría en el documental, pero no quiso romperle el corazón. Además, pensó que, de no ser por él, no estaría allí, así que se limitó a sonreír y a darle las gracias.

///

—Eres un chico malo, Adam, pero te lo perdono por esta vez. Dios, esto es lo mejor desde... ¡desde nunca! ¡Es oro puro!

Adam pensó que, si volvía a escuchar aquella maldita expresión otra vez, saltaría del coche en marcha. O mejor, lanzaría a todo el equipo de televisión. Aunque primero haría que el coche acelerara para asegurarse de que sufrían el mayor daño posible.

Desde que había salido del aeropuerto, ya había recibido como diez mensajes de su madre, preguntándole a qué hora iba a llegar. Y también, por supuesto, si era cierto que había ocurrido algo con Deirdre.

Algo. Sí.

Su madre era experta en evitar los temas espinosos y en usar eufemismos para no darles nombres feos a los problemas.

Él no había tenido un problema con el alcohol y las drogas: solo estaba pasando una fase de experimentación.

Deirdre no se había ido de casa ni había dejado de hablarse con su padre desde hacía veinte años: habían decidido vivir su realidad en espacios diferentes.

El padre de Adam no sufría una depresión: se había alejado de la vida rutinaria del trabajo que odiaba para vivir su *hobby* preferido. Ahora pasaba su vida vestido de general sureño y rodeado de miniaturas que representaban las batallas más famosas de la Guerra Civil.

Sí, su madre era optimista por naturaleza. Cuando tenía un problema, no tenía más que acudir a su mejor amiga, la fantasma Rose, que escuchaba con paciencia infinita todas las penas de su familiar.

Aunque eso no quitaba que todo aquello fuera duro para ella. El esfuerzo que le suponía el

aparecer siempre amable y sonriente había hecho que sus trenzas encanecieran del todo a los cuarenta años. Ahora, a los sesenta, su madre se parecía a las damas de los retratos que decoraban la mansión, sobre todo, cuando llevaba su candil.

Pero su madre no había sido la única que se había enterado de lo ocurrido en el aeropuerto. También las redes sociales ardían con comentarios de lo más absurdos.

Deirde de los lamentos vive!! Larga vida a Deirdre!!.

Adam y Deirdre, amor eterno.

Deirdre no se buscó otro hombro sobre el que llorar. A continuación, la verdad sobre la mujer que todavía espera a Adam Elliot...

Yo estoy más buena, Adam. Yo siempre te esperaré. #amoreterno #yosoytuDeirdre.

Donde hubo fuego siempre quedarán rescoldos. Seguro que tú puedes reconquistarla. A por ellaaaaaaaaa. #TeamAdam.

Deirdre, ese tipo te dejó. Sé fuerte. Tú mereces más. #TeamDeirdre.

Por lo visto, todo el mundo en el aeropuerto estaba provisto de un teléfono móvil y había contado su propia versión de su encuentro con Deirdre en las redes sociales. Había vídeos, fotos, montajes con sus caras y sus canciones... Todo lo que se pudiera imaginar. Y April estaba encantada.

—Dios mío, no había visto tanta repercusión desde... Nunca. —April mascullaba los mensajes entre dientes, incapaz de creer lo que veía—. Han creado unos *hashtags* con vuestros nombres y vais camino de convertirlos en *trending topic* en Twitter —añadió con incredulidad—. La cadena no habría podido pagar una publicidad como esta. Esto representa millones de espectadores. Ni con el trabajo de miles de becarios podríamos haber gestado algo así.

—De nada.

April debió de reconocer el tono molesto de su voz, porque apartó la vista del teléfono y lo miró. No sabía si era la ambición desmedida o la luz natural, pero de pronto ya no le pareció ni la mitad de guapa que cuando la había conocido en Nashville, hacía ya un par de años. O igual era que ahora estaba sobrio y no veía borroso.

—¿Por qué me da la sensación de que te están entrando los remordimientos? Eso no funciona nada bien en cámara —dijo, agitando un dedo ante él, como una maestra que le echara la bronca por una travesura.

—Pensaba que querías a un tío inmaculado como las bragas de una monja.

Ella sonrió. Al hacerlo, unas arrugas que jamás había visto aparecieron alrededor de sus ojos. Le favorecían. La hacían más humana. Pero la sonrisa fue breve. Muy pronto, la piel como de porcelana hizo su aparición. Sus ojos azules también eran impenetrables como el cristal. O tal vez se lo parecían por culpa de las lentillas.

—Mentí. La verdad es que pensé que todo esto del reportaje de vuelta a casa sería un aburrimiento absoluto y tendríamos que cancelar por falta de material, pero me has dado la alegría de mi vida con lo de tu ex... lo que sea. Ahí hay una historia turbia y excitante y la voy a averiguar.

Adam apretó los labios, sintiéndose de pronto como una cabra acorralada por un coyote. Trató de resistirse, y hasta se cuadró, al menos, lo hizo todo lo que se lo permitía el cinturón de seguridad. A su lado, los capullos del equipo se rieron.

—No te permitiré que le hagas daño a Deirdre.

La sonrisa de April se amplió. Ahora parecía una hiena. Pero no fue su sonrisa lo que lo acojonó más, sino sus palabras.

—¡Cuánta pasión! Pero si fuiste tú mismo el que nos la pusiste en bandeja, cariño. ¿O no es

cierto? No me vengas ahora con mojigaterías. Esto es la jungla, todos tenemos que comer. Y yo me comería a una cervatilla como tu Deirdre sin problemas. De un bocado.

CAPÍTULO 12

MEXICOMA II

HACE CASI VEINTE AÑOS

—No, en serio. Dime en qué piensas. Si sigues frunciendo el ceño de esa manera, van a salirte arruguitas aquí.

Deirdre puso un dedo en su entrecejo y apretó. Luego lo dejó resbalar por su nariz y se detuvo cuando llegó a sus labios.

El corte de pelo que se había hecho no le quedaba bien, pero no había podido decirle que Linda la había cagado porque le cortarían las pelotas entre las dos y se las harían tragar. Ahora a Linda le había dado por hacer pruebas de peluquería en sus ratos libres y sus amigas sufrían las consecuencias. Si Lin pensaba que su futuro estaba en un salón de belleza, solo podía desearles suerte a sus futuras víctimas.

—¿Cuánto tarda el pelo humano en crecer?

Deirdre gruñó y se dejó caer en la cama, a su lado.

—No me digas que eres uno de esos cretinos que cree que una mujer con el pelo corto es lesbiana o algo así. No estoy tan mal. A mi padre le encantó. Dice que así se me ve la cara.

Adam ahogó una risa incrédula.

—Eso es porque cree que así no se te acercará ningún hombre, cariño. No cuenta con que a mí me gustas igual, aunque tengas pelo de pancha.

Ella se incorporó y lo miró con aire amenazante. Si se viera desde el ángulo en que él la veía, Adam estaba seguro de que ella pensaría lo mismo acerca de ese peinado.

—¿Pelo de pancha? ¿Y qué me dices de esa melenita a la que tú pareces tenerle tanto cariño? Hace diez años que ese peinado pasó a la historia, por suerte para los ojos femeninos.

—Mi pelo jamás pasará de moda. Esta melenita, como tú la llamas, hizo que cientos de chicas se enamorasen de mí en el instituto.

Deirdre empezó a reírse, bajito primero, aunque pronto empezó a doblarse sobre sí misma, hasta que Adam se molestó.

—¿Cientos? ¿En qué sueño húmedo ocurrió eso? Creo que te pegaron demasiado en el colegio, Adam Elliot.

—Algunas lloraron el día que empecé a salir contigo.

—De alegría, eso seguro. Así las dejaban tranquilas.

Adam se lanzó sobre ella y ella gritó, tratando de liberarse de él.

—Si no te gusto, ¿por qué te has escapado conmigo, señora Elliot?

Deirdre le apartó el pelo oscuro de la cara y lo miró, como si de verdad necesitase pensarlo. Adam sintió por primera vez algo cercano al miedo. Ella estaba debajo de él, desnuda, y sus pechos lo rozaban, pero lo último que sentía en ese momento era deseo.

Ella recorría su rostro con los ojos verdes que tantas veces él había intentado plasmar en sus canciones, como si quisiera aprender sus facciones de memoria, con una sonrisa leve en los labios.

—¿Por qué me fui justo contigo? Mi padre te matará en cuanto se entere de que nos hemos casado sin su permiso y tus padres... —Pasó una mano otra vez por su cara, como para borrar una mancha de tristeza—. Debo de estar loca, ¿no crees?

Adam trató de sonreír.

Era posible que se conocieran desde siempre. Ella era, tal vez, la chica más guapa que había conocido nunca. Había crecido viéndola. Miss Tarta de Cereza, la chica que cantaba en la iglesia cada domingo, la niña que entonaba el himno nacional cada 4 de Julio. Y él era un idiota sin suerte, con unos padres raros, sin un centavo, sin futuro y sin otra cosa en la vida que una cara bonita y una voz pasable. Todo ello era el sinónimo de nada.

Y era la primera vez que hablaban en serio.

—Puede ser amor —dijo con voz vacilante, sintiendo que los brazos le temblaban por el doble esfuerzo de sostener su propio peso y los nervios.

Ella apartó la mirada un instante.

Adam se temió que se deslizase bajo él. Que se fuera. Que dijera que todo aquello había sido un error.

Desde el momento en que había aceptado salir con él, debería habérselo imaginado.

Deirdre Hopkins, la hija del reverendo Hopkins, no podía hacerle caso al chico de los Elliot. No más allá de un educado saludo al salir de misa.

Pero, de algún modo, habían acabado besándose bajo las gradas después de un partido de fútbol. Y él había cantado a sus ojos verdes, con sus acordes torpes de principiante y su voz todavía sin madurar. Y ella le había dedicado una de las canciones que cantaba en la iglesia con aquella voz portentosa que hacía que los cristales temblasen.

Deirdre le hablaba de su sueño de salir de aquel maldito pueblo y cantar. Nunca hablaba de otra cosa. Cuando Adam preguntaba sobre su padre o su casa, de pronto ella callaba o cambiaba de tema.

Al cumplir los diecisiete, Adam le había dicho que un día le pediría matrimonio y la acompañaría cuando se fuera. Aprendería a tocar la guitarra y le haría los coros. Deirdre se había reído en su cara, pero le había dicho que aceptaría.

—Pero solo a lo de casarme. Olvídate de lo otro. No eres lo bastante bueno todavía.

Adam no se había enfadado porque Deirdre tenía razón. A su lado, era un sapo sin encantar. Desafinaba y era incapaz de seguir su ritmo. Pero aprendería, solo por ella, para poder estar a su altura.

Ninguno de los dos lo había planeado en realidad. Solo sabían que Adam había pedido prestado el coche de su primo Jamie, que le habían pedido a Linda que los cubriera y habían cruzado la frontera. Habían pedido una licencia, se habían casado en la primera iglesia que habían visto y ahora estaban allí, en un motel donde las cucarachas tenían el tamaño de un jumbo.

Estaban casados, y era probable que su matrimonio ni siquiera fuera legal en su estado, pero eso ahora daba igual. Fuera de esas cuatro paredes, la vida era algo insignificante. O eso pensaba Adam. Para él, que ella estuviera allí era más que suficiente. En cuanto a Deirdre, a veces se daba cuenta de que no sabía lo que pensaba, y eso le daba miedo.

—Si no te quisiera, no estaría aquí, Adam Elliot.

Adam soltó el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta. Al mirarla, vio que los ojos de Deirdre estaban húmedos, que tal vez había estado conteniendo las lágrimas todo ese tiempo y

que él no lo había notado.

CAPÍTULO 13

ENTERRADA

—Debiste decirme que ibas a declararle la guerra a tu ex delante de todo el mundo, nena. Te habría peinado y te habría ayudado a escoger un modelo que te reafirmara como mujer liberada.

Deirdre miró a Linda como si se hubiera vuelto loca.

—¿Crees que estamos en una de esas películas de sobremesa en las que las amigas del alma dedican diez minutos a escoger un vestido bonito, toman té y pastas y se sienten mujeres de verdad? No me jodas, Lin.

Linda tomó un sorbo de cerveza y suspiró de satisfacción cuando el camarero puso ante ellas una bandeja de alitas de pollo picantes. Las dos se sentían observadas y eran muy conscientes de que varios oídos estaban más que pendientes de su conversación, pero fingieron que les daba igual.

—Si cambias el té por cerveza y las pastas por *pizza*, somos igualitas a las chicas de esas películas. Podemos pasar por chicas de treinta, si nos quitan la amargura y los traumas. Bueno —añadió, masticando un muslito y guiñando los ojos cuando la salsa picante le abrasó las papilas gustativas—, también tendríamos que cambiar el final feliz. De eso para nosotras no hay.

Deirdre cogió una alita y la partió con el tenedor y el cuchillo, como le habían enseñado en su casa. Linda siempre la miraba comer como si fuera un espécimen extraño y en peligro de extinción. Por mucho que hiciera siglos que no se hablara con lo poco que le quedaba de familia, no había manera de expulsar a la chica de buenos modales que había sido de su interior. Era como una enfermedad incurable.

—Lo del final feliz es cuestionable —respondió Deirdre, soplando un trozo minúsculo de pollo antes de llevárselo a la boca—. ¿A qué le llamas final feliz? ¿A acabar casada, con hijos, en una vida monótona y sin alicientes?

Linda resopló, salpicándola con migas de pollo.

—¿Y qué hay de malo en eso? ¿Acaso no tenemos ya una vida monótona y sin alicientes? Al menos, un marido nos daría una alegría al cuerpo de vez en cuando.

Deirdre esbozó una sonrisa que no llegó a los ojos verdes. De pronto recordó que la noche anterior Linda y Tim habían desaparecido en algún momento mientras ella bailaba.

—¿Desde cuánto te planteas uno de esos finales tan convencionales? ¿Sabe Tim algo de ello?

Linda ni siquiera se inmutó al escuchar su tono burlón. Si la noche pasada con el hombretón la había impresionado, nada en su gesto lo dio a entender. Se limitó a seguir comiendo y a encogerse de hombros.

—Tim es un buen tipo, y generoso. Seguro que te acuerdas de lo que es ser feliz con un hombre —dijo, mirándola por encima de la boca del botellín.

—¡Oh, claro que sí! Mira lo feliz que me hace a mí el mío —añadió, extendiendo los brazos y señalando el bar oscuro y donde atronaba la música. A su alrededor, la gente hablaba a gritos y bailaba a ritmo de la música *country*. Aquella noche, en honor al invitado estrella, parecía que iba a sonar toda la discografía de Adam. Una y otra vez.

Linda sabía cuándo había que dejar una conversación. En realidad, ni siquiera debería haber sacado el tema.

—Pero todavía está bueno...

Deirdre dio un sorbo a su vaso de cerveza. Nada de beber directamente del botellín para ella.

—El problema con Adam nunca tuvo que ver con su belleza.



Deirdre entró en casa y se quitó las botas. En dos pasos se encontró en el pequeño salón, en medio de un más que bienvenido silencio.

Llevaba todo el día rodeada de gente y, si cerraba los ojos, sentía todavía sus murmullos alrededor. Linda, con su parloteo incesante y bienintencionado. El director Matthews arengándola acerca de la mala imagen que había dado de la ciudad ante todo el mundo. Sus vecinos que cuchicheaban acerca de cosas que les deberían dar igual.

Su teléfono tampoco había parado de sonar en todo el día. Llamadas, mensajes. Sus contactos en las redes sociales la avisaban de que era famosa. Decenas de personas querían saber quién era y por qué Adam Elliot le había escrito una canción. Aquella canción, la que lo había hecho famoso en casi todo el mundo.

Durante unos minutos, en el aeropuerto, había sentido deseos de golpearlo, de gritarle, de pedirle que se largara. Quería contarles a todos que su héroe perfecto, el galán al que adoraban, era un capullo que le había roto el corazón y la había abandonado sin decir adiós. Y que, además, había aprovechado su dolor para escribir una canción que se le clavaba en el alma cada vez que tenía que escucharla.

Adam, que ni siquiera había soñado con ser cantante. Porque ese era su sueño. El de ella.

¿Cuántas veces la había escuchado cantar, sentado en silencio, y le había aplaudido después, diciendo que ella sería siempre la persona más importante de su vida?

No tenía derecho a volver ahora y esperar que...

¿Qué?

La cuestión, la triste y absurda cuestión, era que él no esperaba nada de ella. De haber esperado algo, habría vuelto antes, habría llamado, habría...

Se dejó caer en el sofá, pensando en que había bebido demasiado, o que tal vez no había bebido lo suficiente.

Cuando Adam había escrito aquella maldita canción acerca de ella, se había equivocado diametralmente. No era otro hombre a quien debía buscar, sino a ella misma. Por desgracia, había perdido casi veinte años de su vida haciendo el idiota. De hecho, nada más verlo, se había puesto en ridículo una vez más.

Pero no volvería a pasar.

En el fondo, debería darle las gracias a Adam por regresar. Verlo le había abierto los ojos.

Toda la vida había intentado complacer a los demás y no había conseguido cumplir las expectativas de nadie. Ni las suyas propias, para empezar.

Que les dieran a todos. A Adam, a su padre, al director Matthews y a todos los que creían

que la conocían mejor que ella misma y le daban consejos acerca de todo.

En cuanto toda aquella idiotez del homenaje acabase, por fin empezaría a hacer lo que quisiera, sin pensar en lo que los demás pudieran opinar. Dolería, pero más dolía seguir enterrada, esperando algo que jamás iba a ocurrir.

CAPÍTULO 14

¿QUIERE USTED PATATAS CON ESO?

—Nos acercamos a la hermosa casa estilo Reina Ana donde la familia de Adam Elliot se ha criado desde hace generaciones. Es un edificio impresionante.

Adam ahogó un bufido mientras escuchaba las tonterías que soltaba April. Estaba anocheciendo y la niebla empezaba a cubrir la casa, como siempre que bajaba la temperatura de golpe. Al encontrarse en un valle, la niebla parecía arremolinarse siempre en torno al edificio, envolviéndola como en una sábana húmeda y fría.

Recordaba bien la sensación de aquella niebla en el rostro cuando salía temprano hacia el colegio. Era como salir del pasado al mundo moderno. Y ahora la sensación era la contraria.

—El tiempo parece haberse detenido desde hace unos minutos —seguía diciendo April—. Debe de haber sido increíble haber pasado la infancia en un lugar como este. ¿Cómo fue, Adam?

No se lo esperaba. El tipo de la cámara lo enfocaba otra vez y April lo miraba con aquel brillo ansioso en la mirada.

¿Qué se suponía que tenía que decir? Su infancia para él fue normal. No había conocido otra cosa.

—No sé si sabes que parte de la casa recibe visitas de turistas. De vez en cuando alguno se perdía y aparecía en la cocina y no sabía si ofrecerle algo de comer o mandarle a paseo. Pero es algo a lo que se acostumbra uno con el tiempo.

Los ojos de April se entrecerraron un poco cuando escuchó sus palabras y su tono gracioso. No había olvidado su respuesta sobre Deirdre y era evidente que no dejaría pasar la oportunidad de sacar jugo a su historia. Sin embargo, cuando habló, supo disimular su malestar.

—Me han dicho que la casa está embrujada y que tu madre habla con los fantasmas que la habitan.

Con esfuerzo, Adam logró sonreír.

—La familia de mi madre tiene un largo historial de sensibilidad extrasensorial —dijo, procurando mostrarse serio. Él llevaba toda la vida evitando con mucho cuidado hablar de Rose y los demás espectros, no quería que todo el mundo se riera de su madre.

Si pensaba que April dejaría pasar el asunto, se equivocaba.

—¿Y tú, has heredado esos poderes?

—A veces me gustaría poder hablar con ellos y conocer tantos secretos como mi madre. Pero supongo que hay cosas que es mejor no saber, ¿no crees?

April forzó una risita y el cámara volvió a enfocar la casa, que ya estaba a pocos metros. Habían atravesado el cúmulo de niebla y se veía a su madre en la puerta, vestida con un vestido tan convencional que a Adam le pareció una desconocida. Se preguntó si había tenido que comprarlo para la ocasión solo para aparentar ser como las madres de los demás, como alguna vez le había pedido cuando era adolescente. La sola idea le revolvió las tripas.

Durante unos instantes ni siquiera la reconoció. Hacía más de un año que no la veía y le pareció que había envejecido.

Odió la sensación de que lo observaban mientras bajaba del coche y se acercaba para abrazarla. El cámara lo seguía tan de cerca que estaba seguro de que el micrófono podía captar hasta el sonido de su respiración. Evitó mirarlo y dominó sus pasos cuando lo cierto era que quería correr, coger a su madre de la mano y encerrarse en casa. Atrancaría todas las puertas y ventanas y esos capullos no podrían entrar.

—Estás preciosa, mamá —dijo. Y era cierto. Pero al mismo tiempo aquella mujer vestida con un vestido de tejido acrílico de un estampado chillón era lo más alejado a la madre que había conocido durante toda su vida. Era ella, pero, a la vez, se la veía tan incómoda, tirando de la tela para que le cubriera las rodillas, que le dio rabia que hubiera hecho aquello por él, porque no se lo merecía.

Ella no esperó a que llegara hasta la puerta. Se metió entre sus brazos extendidos y hundió la cabeza en el hueco entre su hombro y su cuello. Adam aspiró el olor del cabello de su madre, un aroma como a bizcocho de vainilla, flores y cera de madera.

Cerró los ojos y trató de olvidar que había dos cámaras grabando cada instante y que, probablemente, al ver aquello, miles de personas se estarían preguntando por qué no visitaba a su madre más a menudo. Y tenían razón. Era un cabrón sin alma.

—Vayamos adentro. La cena está lista y tu padre se enfada si se enfría, ya lo sabes.

///

—No podemos empezar a comer. Todavía no ha llegado.

Su madre puso una mano sobre el brazo de su padre y le sonrió. A Adam lo había sorprendido ver que también su padre llevaba ropa normal y no uno de sus uniformes de general confederado. Por un lado, se sentía aliviado al saber que nadie se burlaría de sus padres y de sus excentricidades, pero, por otro, no quería que tuvieran que fingir que eran personas... corrientes.

Durante toda su vida, sobre todo, durante su infancia y adolescencia, había sufrido por las burlas en el colegio y en el pueblo. No solo eran pobres y habían tenido que abrir su casa a los visitantes para poder mantenerla y comer, sino que, para todo el mundo, sus padres estaban locos de atar.

Había tenido que pelearse decenas de veces cuando lo habían arrinconado en el colegio o en la calle para llamarlo rarito, meterse con la loca que hablaba con fantasmas o el majara que se creía el general Lee.

Recordaba pocas veces en que su madre hubiera vestido ropa de ese siglo. Solía vestir ropajes antiguos que había encontrado en los baúles que llenaban los desvanes de la casa. Decía que la hacían sentirse más unida a la casa y a sus antepasados. Que, de ese modo, las voces se le hacían más presentes.

En cuanto a su padre, desde que había descubierto la paz que le reportaba el pensar en las batallas y sus reuniones recreacionistas, era extraño verlo abstraído y con la mirada perdida como antes. Durante años, lo había visto vegetar y caminar como un zombi por los pasillos, hasta que su madre le había puesto entre las manos el álbum de fotos antiguas de su familia. Y un día, el sable de Robert, el marido de Rose, que había hecho que cierta luz regresara a sus ojos. El pasado le había devuelto a su padre.

—Hoy no, Lloyd. Ya te dije que hoy...

—¿De quién hablan?

Lloyd miró a April, como si no comprendiera quién era y qué hacía allí.

—¿Dónde está Deirdre?

Eleanor se levantó y se restregó las manos en el delantal.

—¿Alguien quiere más patatas?

Adam intentó detenerla, pero su madre desapareció antes de que pudiera detenerla. Supo que, si la seguía, alguien con una cámara se le pegaría al culo. Había conseguido que April dejara de grabar durante la cena y le había parecido un gran triunfo.

Miró a la presentadora, que tenía la mirada fija en la puerta tras la que su madre acababa de desaparecer. Si en ese momento sonara un disparo, no sabía quién de los dos saldría antes corriendo para interrogar a su madre.

¿Por qué se suponía que Deirdre iba a ir a cenar?

CAPÍTULO 15

SEÑORA SOLITARIA

—¿Qué tal está Lloyd?

Eleanor respondió en un tono de voz tan bajo que Deirdre apenas podía escucharla.

—Bien, bien. Ya sabes que a veces le cuesta entender algunas cosas, pero se ha quedado tranquilo cuando le he dicho que vendrás la semana que viene.

Deirdre suspiró y se sentó. Le dolía un poco el estómago después de la pesada cena con Lin. Las alitas picantes y la cerveza le habían provocado un ardor que se parecía a las llamas del averno, y una llamada del director Matthews no había servido para aliviar sus nervios.

—Dile que le mando un beso, Eleanor. Os voy a echar mucho de menos estos días.

—Eso puede solucionarse si vienes y hablas con Adam.

Las alitas de pollo le dieron una patada en el estómago a Deirdre al escuchar las palabras de su suegra. No era que no se lo esperase. De hecho, era lo lógico. Eleanor la quería y ella también quería a sus suegros. En los últimos años, habían sido su única familia.

—Solo hay un tema que hablar entre nosotros, pero tendrá que esperar a que la gente de la tele se largue.

—A Rose no le gustan. Está muy nerviosa.

Deirdre sintió otro retortijón. Empezó a pensar que las alitas estaban endemoniadas, porque aquel malestar no era normal.

—¿Qué le pasa a Rose? —logró decir mientras se doblaba sobre sí misma por el dolor.

—No quiere que se queden en casa.

—Solo será una semana, Eleanor. No creo que Rose se muera porque se queden unos días ahí.

Solo cuando su suegra se quedó en silencio se dio cuenta de lo que había dicho. Al fin y al cabo, Rose llevaba muerta algo así como doscientos años.

Eleanor empezó a murmurar algo que no comprendió. De todas formas, no pudo responder, porque tuvo que salir corriendo a vomitar.

Cuando regresó al salón y se acordó de que había dejado a alguien al teléfono, su suegra parecía alarmada.

—¿Estás enferma, cariño? ¿Quieres que vayamos a buscarte?

La sola idea de que los Elliot y vete a saber quién más se presentaran allí la hizo sentirse mal otra vez.

—Me ha sentado mal la cena.

—Adam también se siente muy cansado. —Eleanor volvió a bajar la voz, como si temiera que alguien la escuchara a través de las paredes—. Si lo vieras... Está tan flaco como cuando volvió de campamento a los trece años. Y tú también, cariño. No había pensado en ello, pero es como si Dios hubiera planeado todo esto del programa de televisión para que volváis a estar juntos —añadió con una risita nerviosa—. Creo de verdad que deberíais...

Deirdre se removió, incómoda. No era solo que el dolor de estómago no se le pasara, sino

que Eleanor estaba agitando cosas en su cabeza que ella había acordado consigo misma olvidar.

—De verdad siento cortarte, Eleanor, pero no me siento bien y mañana va a ser un día muy largo. Buenas noches.

No esperó a que Eleanor respondiera y colgó el teléfono. Luego se arrepintió por su brusquedad, pero llevaba demasiado tiempo atajando los intentos de sus suegros para reconciliarse con Adam.

¿Sabían lo duro que le resultaba escuchar una y otra vez aquellas palabras? Sobre todo, cuando ella misma no comprendía el motivo por el que estaban separados. Estaban casados y de pronto... nada. Había dejado su vida por él y él se lo había llevado todo al largarse sin explicación, hasta su alma.

Era cierto que pasaban semanas y a veces meses sin que lo nombraran, como si no existiera. En ocasiones hasta se convencía de que los Elliot eran su propia familia, pero al final siempre había algo que traía a Adam al presente. Una llamada, una entrevista en alguna revista, un nuevo escándalo. Adam era especialista en colarse en el presente cuando nadie lo esperaba, no había duda.

Normalmente, Eleanor comprendía que ella quisiera evitar el tema y no insistía tanto. ¿Por qué aquella noche la machacaba con el asunto? Era Lloyd el que resultaba imprevisible. El General, así lo llamaba en secreto, vivía en su mundo y a veces no recordaba que Adam se había marchado. Todavía pensaba que iba a aparecer en cualquier momento y le hablaba como si estuvieran juntos. Se había acostumbrado a no desmentirle. Le dolía ver su expresión de desconcierto cuando le decía que Adam no vivía con ella.

Se tapó con la manta y cerró los ojos sin ninguna gana de meterse en la cama, aunque sabía que debería intentar dormir.

Sin quererlo, recordó el momento en que lo había visto en el aeropuerto.

Según Eleanor, Adam también estaba cansado. Sí, ella también lo había notado. Intentó pensar que él se lo había buscado. Había vivido una vida de éxitos, de fama y de diversión. Mientras tanto, ella estaba en el pueblo, encerrada en un lugar sin futuro, soñando con lo que nunca sería.

¿Por qué debería darle lástima verlo así? Era ella la que se había quedado sola sin oportunidad de escoger.

Si Eleanor quería solucionar algo, no era con ella con la que debería hablar. No era ella la que tenía que dar explicaciones, maldita fuera. Ella solo quería recuperar su vida.

No necesitaba que nadie la hiciera dudar más.

Al final consiguió arrastrarse hasta la cama. Como le había dicho a su suegra, el día siguiente se presentaba largo y difícil. Y, probablemente, volvería a ser la comidilla de todo el pueblo. La reunión de antiguos alumnos del instituto haría las delicias de todos los cotillas, y más ahora que todo el mundo sabía que ella era la Deirdre de la famosa canción, por si a alguno todavía le cabía alguna duda.

Por desgracia, ni siquiera una buena noche de sueño podría prepararla para lo que le esperaba.

CAPÍTULO 16

COMO ANTES

Adam llevaba sentado en la cama alrededor de media hora, escuchando los crujidos de la casa asentándose sobre los cimientos. Esos ruidos lo habían acompañado durante todos los años de su infancia y de su adolescencia, como los cuentos y las nanas que le cantaban. Como las batallas que su padre le narraba, una y otra vez.

Allí era inútil asomarse por las ventanas, porque sabía que no vería nada. Al otro lado, la oscuridad era casi absoluta. El pueblo estaba a un par de kilómetros de distancia. Lo único que se vislumbraba eran las luces de los invernaderos, fantasmales. Y más allá, el bosque.

Hacia una hora, todos se habían retirado, con protestas del equipo de televisión, que esperaba más ambiente, aunque se encontrasen en un pueblo. Por algún motivo, se habían formado una opinión absurda de aquel lugar. Según sus expectativas, iban a pasar todo el tiempo que no estuvieran grabando en un bar, borrachos, rodeados de chicas con pantalones vaqueros muy ajustados y tops que dejaban poco a la imaginación.

No podía culparlos, porque esa era la imagen que daban en las canciones que cantaban y en los vídeos musicales.

Era gracioso que la realidad fuera aquella: acostarse a las nueve de la noche tras tomarse un vaso de leche caliente y recibir un beso de mamá en la frente.

April, al menos, no había puesto ningún problema al ver su habitación. No era para menos, ya que era la mejor de toda la casa.

—Si escuchas algún ruido, no te preocupes. Solo es Rose.

—¿Rose es la gata?

Su madre había mirado a April con aire de lástima, pero Adam se la había llevado antes de que tuviera tiempo de interrogarla.

Por suerte para todos, la presentadora no hizo más preguntas y se limitó a saludar. Al parecer estaba tan harta de él como Adam de ellos. Todos agradecerían una noche a solas.

Sin embargo, ahora, sentado en la cama, con todos aquellos familiares crujidos acechándolo, debía reconocer que se sentía extrañamente solo. No era lo mismo estar así en su apartamento de Nashville, con el equipo de música, la televisión, con las voces en la calle sonando como ruido de fondo, apagando las voces de su cabeza. Aquella era su casa, el lugar donde había nacido. Allí no había nada que pudiera silenciar su corazón. No necesitaba nada que lo anestesiará. Pero sí había alguien con quien podía compartir lo que sentía, por mucho que sus respuestas a veces fueran igual de dolorosas que una resaca.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, salió del dormitorio y fue a la cocina. No se sorprendió al ver a su madre allí. Escuchó sus susurros nerviosos, pero no vio a nadie más. Envuelta en la bata y su trenza entrecana cayéndole por la espalda, parecía mucho más pequeña de lo que le había parecido durante la cena. Quiso envolverla entre sus brazos y apretarla muy fuerte.

—Creo que deberíais...

De pronto su madre se quedó mirando al vacío, como si no pudiera comprender que le habían

colgado el teléfono. Fuera quien fuera la persona con quien estaba hablando, no había sido demasiado amable.

—¿Con quién hablabas?

—Con Deirdre.

Su madre respondió como si supiera que estaba allí. Tal vez esperaba que bajara, después de todo. Rara era la noche que no bajaba después de cenar a por un vaso de leche, sabiendo que ella se quedaba a leer un rato en la cocina, porque la luz molestaba a su padre.

—¿Qué es eso de que tenía que venir a cenar?

Adam intentó parecer indiferente, pero su madre chasqueó la lengua contra el paladar y se ató el cinturón de la bata un poco más fuerte, como si hubiera perdido la paciencia. Por lo visto, la conversación entre las dos no había sido agradable.

—Viene todos los domingos. Creía que te lo había dicho.

—Pues no, no me lo habías dicho.

Eleanor empezó a trastear con las sartenes y los utensilios que había utilizado para elaborar la cena y Adam empezó a recogerlos. Sabía que, cuando se ponía a trabajar, era incapaz de parar hasta que no acababa. Lo malo era que siempre encontraba algo nuevo que hacer.

—Tranquiliza a tu padre. Ya sabes que le gusta mantener sus rutinas.

—¿Y Deirdre forma parte de su rutina?

Su madre empezó a mascullar para sí. Era algo que Adam odiaba, porque tenía la sensación de que, al hacer aquello, su madre consideraba que ya habían hablado de algo y en el fondo nadie más que ella podía entender lo que murmuraba.

Le tomó la mano para que parase de hacer lo que estaba haciendo y lo mirase.

—¿Por qué forma parte Deirdre de vuestra rutina?

—Cuando te fuiste y Deirdre se fue de casa de Artie, se quedó con nosotros una temporada. No sé qué fue lo que ocurrió entre ellos —dijo, atajando la pregunta de Adam—. Nunca me lo contó y solo sé que se presentó en nuestra puerta y de pronto era una más de la familia. Aunque tú mejor que nadie sabes que, en el fondo, lo es. —Eleanor se encogió de hombros y apartó la mirada. Adam nunca le había contado a su madre que él y Deirdre se habían casado, pero era evidente que no era necesario. De todas formas, aunque no fuera así, dudaba que la hubiera dejado en la calle sabiendo que los necesitaba—. Al principio fue complicado para tu padre, y para todos, pero la verdad es que fue un gran apoyo en una época complicada, porque todos te echábamos de menos y nadie entendía por qué te habías marchado así. Hace tiempo que se fue, pero todavía viene todas las semanas a cenar.

Adam abrió la boca para hablar, pero volvió a callar. De todo aquello, lo único que sabía era que Deirdre ya no vivía con Artie desde poco tiempo después de que él se fuera. Había sido tan estúpido que siempre había pensado que la había echado de casa al saber que se había escapado con él. Ahora ya no lo tenía tan claro. Además, con su marcha, aquello no debería haber ocurrido. Se suponía que Artie debería haber solucionado sus problemas con su hija una vez que su mala influencia hubiera desaparecido.

Apretó los dientes y trató de respirar hondo.

—Creía que ella había vuelto con su padre.

Su madre lo miró con incredulidad antes de ponerle una mano en el brazo.

—Parece mentira que no los conozcas a los dos. Ni Artie iba a admitir que había cometido

un error, ni Deirdre volvería a aceptar órdenes de su padre. Vivió demasiados años intentando cumplir sus expectativas y jamás estuvo satisfecho. Creo que, desde que no se hablan, Deirdre se ha dedicado a hacer todo lo que sabe que haría infeliz a su padre.

Adam siguió trabajando unos segundos, mirando cada plato unos segundos antes de colocarlo en su sitio, como si necesitara pensar qué decir. Si su madre tenía razón, su marcha solo había logrado hacerlos infelices a todos. Como si no lo supiera ya. La idea de Deirdre sola y desamparada le arañó el corazón. Él debería haber estado a su lado. Y también Artie. Sin embargo, ese hombre había preferido que su orgullo se impusiera. Todavía lo hacía.

Siguió frotando un plato, aunque sabía que estaba más que seco. Tener las manos ocupadas siempre lo ayudaba a pensar.

—¿Y de cuánto tiempo estamos hablando? ¿Durante cuánto tiempo vivió con vosotros?

—Nada... —Adam se giró para mirar a su madre. Sabía que cuando fingía vacilar para no responder, iba a escuchar algo que no le iba a gustar—. Unos... años.

—¿Años? ¿Vivió aquí años? ¿Por qué cojones no me lo dijiste?

—No maldigas en esta casa, jovencito. No te lo dije porque ella me lo pidió. Y creo que, en este caso, cualquier cosa que Deirdre me pidiera estaba por encima de lo que tú quisieras.

Adam apretó los labios para no soltar las palabras que le vinieron a los labios. Su madre era muy capaz de echarlo a dormir al porche si las oía. Estuvo a punto de contarle lo que Artie les había hecho, pero no quería demostrar todavía más lo imbécil que había sido.

—Solo pienso que debiste decírmelo. Tenía derecho.

Su madre bufó y cerró el armario de la vajilla con un golpe seco.

—No hables de derechos en mi presencia. Los perdiste el día que te fuiste como un canalla. Eres mi hijo, y te quiero, pero también soy sincera y debo decirte lo que pienso. Sé que sufres, pero también vi lo que ella sufrió durante años, y no puedo permitir que le hagas más daño. — Adam abrió la boca para defenderse, pero su madre le puso un dedo en la boca para evitarlo, como cuando era un bebé—. Mira, mi niño, yo no soy quién para darte consejos, porque tú tomaste tus propias decisiones, equivocadas o no, pero si has venido para algo más que para ver a tus viejos padres, tengo que decirte que solo vas a tener una oportunidad.

Adam bajó la mirada y soltó una risa amarga.

—¿Y a qué otra cosa podría haber venido?

Su madre le golpeó la nuca con una palmada seca que resonó en el eco de la cocina.

—¿Acaso he criado a un hijo tonto? Vi a Deirdre sufriendo, ya te lo he dicho, pero eso no quiere decir que quiera que sigáis haciéndolo durante el resto de vuestras vidas. Necesitamos algo de felicidad en esta casa. Tu fase de experimentación no vino por sí sola, mi amor. Estás arrepentido. Y juraría que hay cosas que no me dices. Siempre te cuesta dormir cuando te hierve la cabeza. Pero supongo que no querrás contárselo a tu vieja madre.

Adam miró a su madre con sorpresa. Luego sonrió mientras se acariciaba la nuca dolorida. Sí, sin duda su madre siempre había sido la más lista de la familia.

Después de guardar todos los utensilios de cocina, los dos se sentaron a la mesa y se tomaron un cacao en silencio, como cuando él era un niño, mientras ella leía.

Adam se limitó a estar en silencio, pensando en lo que debía hacer, en lo que realmente quería hacer con su vida.

CAPÍTULO 17

MEXICOMA III

HACE CASI VEINTE AÑOS

—Tengo miedo de dormirme.

Adam miró a Deirdre con incredulidad. Llevaban despiertos muchísimas horas. Habían salido del pueblo el día anterior al anochecer y solo habían dado cabezadas durante el viaje. Habían conducido por turnos durante casi dieciocho horas con paradas brevísimas, poco más que para visitar el baño de las gasolineras y para comer, devorando kilómetros como si les persiguiera la caballería, hasta que habían cruzado la frontera con México.

Su idea había sido muy básica. Nada más cruzar, pararían.

No había mucho más en su plan. Después de casarse, Nashville y el triunfo, porque nadie podría separarlos. Ya no.

Adam comprendía lo que ella quería decir. Tenía miedo a despertar y que todo hubiera cambiado. Pero, así y todo, fingió despreocupación, porque se suponía que eso debía hacer. Uno de los dos tenía que mentir y fingir que lo que habían hecho era normal y estaba bien.

Le dio un beso suave en los labios y otro en la frente.

—Voy a buscar algo para comer.

Ella sonrió, somnolienta.

—Ummm, comida. Es casi una de mis palabras favoritas.

—¿Quieres algo en concreto?

Deirdre ya no podía responder porque se había quedado dormida, con el pelo disparado en todas direcciones sobre la almohada. Aunque pareciera un duende con aquel pelo terrible, siempre sería la chica más guapa que había conocido jamás.

Adam se vistió con cuidado de no hacer ruido para no despertarla, y salió de la habitación.

Fuera, el aire era caliente y olía a polvo. La calle no se diferenciaba de la de su propio pueblo, tranquila, como dormida. Hasta la gente era parecida.

—Me has quitado todo lo que me quedaba, chico.

La cartera se le cayó de la mano del susto.

Artie Hopkins estaba sentado en el escalón, justo delante de la puerta de su habitación.

El reverendo no se había molestado en levantarse ni en acusarlo con el dedo largo y blanco que tanto lo había atemorizado de niño, sino que le daba la espalda. Su voz estaba gastada, como si llevara muchas horas sin hablar, esperando. Y probablemente así fuera. Lo que era seguro era que llevaba horas allí, sentado en el escalón frente a su puerta, esperando. Después de todo, no había estado tan equivocado al tener miedo. En general, nunca se temía de más. La caballería siempre lo alcanzaba a uno cuando soñaba fuera de sus posibilidades.

Sin embargo, algo se rebeló en su interior. Deirdre era su esposa ahora. Artie ya no podía reclamarla. Ella había escogido por propia voluntad. Y lo había elegido a él. A él, por mucho que le pesara a Artie.

—Yo no te he quitado nada. Ella vino s...

Artie chasqueó la lengua contra el paladar, con impaciencia. Se había levantado y se había girado para mirarlo o, al menos, para mirar algún punto sobre su hombro, como si esperase que la puerta tras él se vaporizase y Deirdre apareciese allí y se fuera con él sin mirar atrás.

—Mi hija no me habría dejado jamás si tú no se lo hubieras pedido.

Adam intentó pensar en el modo en que todo aquello había surgido. ¿Quién había sido el primero en hablar de México? Tragó saliva cuando Artie empezó a moverse. El reverendo era un hombre alto, muy alto. Era delgado pero fuerte. Durante gran parte de su vida, Adam había sentido un temor reverencial por él, en parte, porque era lo que le separaba de lo único que quería de verdad. Para Artie, nadie era lo bastante bueno para su hija. Y él, menos que nadie. Porque solo una pequeña parte de los elegidos eran perfectos, y él no lo era, ni tampoco su familia. Los Elliot no dudaban en hablar de sus problemas, aunque usaran eufemismos. No se avergonzaban de ellos. Eran pobres y a veces vestían de un modo raro, pero no les parecía ridículo hacerlo. Pero Artie les hurtaba sus bendiciones y las oraciones. Y, evidentemente, habría hecho cualquier cosa por evitar que Adam rozase siquiera a su preciosa hija.

—Deirdre me quiere.

La mirada de desprecio con la que el reverendo lo recorrió cuando al fin se dignó mirarlo hizo que Adam recordara cómo se había sentido durante toda su infancia y su adolescencia. Cuando los domingos, durante los sermones, el reverendo hablaba de los indignos que jamás se ganarían el cielo con sus obras, había sentido su mirada posarse en él y su familia. Y había sentido vergüenza. No había podido evitarlo, como si a ellos les faltara algo que los demás sí poseían.

—Deirdre cree que eres guapo —respondió el reverendo, escupiendo las palabras—. Pero eso es algo que desaparece con el tiempo. Su talento, en cambio, no desaparecerá. Contigo a su lado ha olvidado el motivo por el que vino a este mundo. Dios nos la envió para cumplir una misión, y tú solo eres un estorbo para ella. Si lo piensas, lo verás tan claro como yo, chico.

Adam sintió un chispazo de rabia. Quiso romper aquella boca que lo menospreciaba y a la vez ofendía a la mujer a la que amaba. Porque él siempre había pensado que la chica a la que veía cada domingo cantando durante las ceremonias era algo más que una cara bonita sobre la que colocar una corona de reina de belleza o una voz destinada a ganar premios y mucho dinero. Aunque podía comprender que Artie no fuera capaz de ver más allá, porque muchos otros tampoco lo hacían. Igual que tampoco veían nada más en él que su pelo largo y desigual y unos vaqueros viejos y desgastados.

Porque Deirdre Hopkins era la joven reina de la belleza destinada a tenerlo todo y él solo el hijo zarrapastroso de los locos del pueblo, pero alguien a quien se le suponía sabio como el reverendo debería saber ver más allá.

—Yo puedo ayudarla en su carrera —respondió con los dientes tan apretados que ni él mismo comprendió sus palabras.

El empujón de Artie fue inesperado.

—No seas estúpido. Tú eres un lastre en su vida y no sirves más que para... —De pronto, Artie se apartó y se encogió sobre sí mismo. Su tos sonó tan agónica que Adam se asustó. Sin embargo, el padre de Deirdre lo apartó con un gesto de furia cuando intentó ayudarlo—. No, aparta, maldito seas. No te atrevas a tocarme siquiera.

Adam lo contempló mientras Artie luchaba por recuperarse. No pudo evitar ver que ocultaba un pañuelo manchado con gotas de sangre.

—¿Te encuentras bien?

Artie sonrió, aunque no hubo una pizca de humor en su sonrisa.

—¿Acaso te importaría algo el saber que me muero, muchacho?

Adam sintió que el aire que llevaba en los pulmones se escapaba de golpe. Miró hacia la puerta de la habitación, pero al otro lado solo se escuchaba silencio.

—Deirdre no lo sabe.

Artie no dejaba de sonreír. Eso era lo que le ponía los pelos de punta a Adam. Se limitaba a mirarlo, como si esperase que hiciera lo correcto, porque aquello solo estaba en su mano.

No iba a pedírselo, no. Debía ser él el que se abriera el pecho y se arrancara el corazón sin anestesia.

—Y tampoco debe saberlo.

Adam apretó los dientes y bajó la mirada durante unos instantes, aunque luego miró a su suegro.

—Puedes ser un moribundo, Artie, pero eso no quita que seas un auténtico cabrón. Y, si de verdad existe ese Dios del que tanto hablas, seguro que sabrá juzgarte.

Artie escupió a sus pies y le dio la espalda.

—Tú verás cómo te las apañas, pero no quiero pasar los últimos días de mi vida peleado con mi niña. Tú puedes hacer que Deirdre consiga todo aquello para lo que la criamos. Si lo piensas, eso sería una forma de ayudarla también, ¿no crees, chico?

Adam contó para sí hasta diez. No quería moverse, por si él se giraba para mirarlo. No quería que viera cuánto daño le había hecho. Cuando al fin dejó de ver a Artie, se agachó y ahogó un grito contra un puño.

CAPÍTULO 18

COWBOYS Y ÁNGELES

—Debe de ser emocionante vivir algo así.

Deirdre miró a April LaBelle, procurando parecer amable.

Al llegar al salón donde se celebraba la reunión de antiguos alumnos de aquel año, se había acercado a ella con una sonrisa y le había ofrecido una mano delgada donde se podían notar todos y cada uno de los huesos y tendones. El tacto era extraño, seco y frío. La había visto muchas veces en la televisión, en diversos programas. Nunca le había llamado especialmente la atención, porque ella prefería ver películas o series, pero admiraba su capacidad para hacer parecer interesante a gente que, en apariencia, no había hecho nada de particular en su vida.

Ahora, Adam era una de esas personas. Y él era el último al que habría imaginado en uno de esos reportajes.

—¿Algo así como qué?

Una cosa era ser amable, pero otra era mostrar auténtico interés. Deirdre no quería tener nada que ver con todo aquello.

Reconocía que había sentido un arrebato al enterarse de que iban a grabar ese programa. Había querido desenmascararlo y gritar a los cuatro vientos todo lo que Adam le había hecho. Una pequeña parte de ella todavía quería boicotear toda aquella estupidez, pero era realista y sabía que, al final, sería ella la que quedaría fatal y sufriría las consecuencias cuando Adam volviera a su fantástica vida en Nashville, codeándose con las estrellas.

No, ella tendría que quedarse en el pueblo, con sus alumnos, con sus vecinos y con su vida, y ante todos sería la vieja novia abandonada que no perdonaba el triunfo de Adam.

Si era sincera consigo misma, había vivido así durante muchos años. Y era más que evidente que todavía le guardaba rencor, pero ahora era consciente de que eso tenía que cambiar, y era un avance. El único avance en su vida en años.

—Usted lo empezó todo.

Deirdre lo vio por el rabillo del ojo. Se había acercado con tanto sigilo que no se habría dado cuenta si no fuera el único que llevaba camiseta y pantalones cortos en una reunión formal.

La cámara era diminuta, pero no tanto como para que no notara que intentaban grabar aquello sin su permiso. Pensó que la vida de aquella gente debía de ser muy triste como para que considerasen que la suya, que todavía lo era más, tenía algún tipo interés para alguien.

Miró a April con una sonrisa tranquila y no dijo nada. Dejó a la presentadora y al cámara solos y fue a buscar a Linda, que sacudía una boa de plumas delante de la cara de un fastidiado Tim.

Vaqueros y ángeles era el nada original tema de la reunión de antiguos alumnos de ese año. Acababan de llegar y ya había tantas plumas flotando, procedentes de alas y boas, que parecía que estaba nevando en el salón.

Mantuvo la sonrisa todo el tiempo que pudo, aunque el estómago había vuelto a darle vueltas y sentía ganas de vomitar. Toda aquella sala estaba llena de gente a la que conocía de toda la vida,

pero habría dado cualquier cosa por largarse.

Además, no sabía si eran imaginaciones suyas o aquel año había más gente que otros. El salón donde se celebraba, al lado del ayuntamiento, se estaba quedando pequeño. Si normalmente las parejas o cónyuges de los alumnos evitaban como la peste acudir, en esta ocasión estaban todos allí, aleteando y lanzando gritos vaqueros al aire. Algunos hasta trataban de cazar a su pareja con el lazo y amenazaban con cargarse el poco mobiliario que había.

No se le escapó el motivo de la mayor afluencia. En aquella ocasión la tele estaba allí. Eso explicaba también que se hubieran esmerado con los disfraces cuando lo habitual era que vistieran casi como a diario, hablaran de sus cosas, se tomaran algo y volvieran a sus casas. Al fin y al cabo, quitando excepciones, todos eran vecinos y se veían casi cada día.

Deirdre estaba sorprendida de cómo había corrido la voz por el pueblo. Incluso había exalumnos que ya no vivían en McMinnville y hacía años que no veía. Los mismos que no hablaban con Adam como no fuera para insultarlo o decirle que se quitara de en medio habían ido para rendirle homenaje. Al final igual tenía que admitir que la presencia de las cámaras era capaz de hacer milagros.

Se detuvo en un rincón de la sala, que le pareció abarrotada, y miró alrededor. La decoración era tan horrible como siempre. Era como si los globos, las guirnaldas y el confeti se los vendieran por toneladas y tuvieran que usarlos en cada celebración. Además, el blanco celestial hacía que todo fuera más deslumbrante de lo habitual. Al menos, todavía no habían puesto las luces estroboscópicas, que la mareaban y le provocaban náuseas. Suponía que eso llegaría a la hora del baile.

Presidiendo la sala, bien grande, para que la viera el homenajeado cuando llegara, estaba la pancarta que habían usado en el aeropuerto. Por lo visto, el golpe contra su cabeza no la había dañado.

Cuando vio la fotografía de su luna de miel, Deirdre sintió otra punzada en el estómago. Sí, no podía negar que había escogido bien la foto. Era maravillosa y Adam estaba guapísimo en ella. Pero ahora se arrepentía de haberla escogido porque le recordaba todavía más todo lo que no había podido ser.

Y por si todo aquello no fuera suficiente, las malditas alitas de pollo de la noche anterior la estaban matando.

Vio a Linda con Tim en una esquina, con las cabezas muy juntas. Ir a molestarlos sería un delito.

April y el equipo de la tele se movían entre los asistentes, deteniéndose con unos y otros. Imaginaba que estaban preguntando por Adam en sus años mozos.

¿Mentirían todos y dirían que eran uña y carne en el instituto? Lo más cerca que habían estado algunos de ellos por entonces había sido cuando lo lanzaban al lago y se reían de su forma de caminar o de sus padres.

Molesta, intentó evitar pararse con unos y otros. Desde el atril, el director Matthews probaba el micrófono y les rogaba a todos que se portaran bien, como si todavía tuvieran quince años y estuvieran en el baile de fin de curso del instituto. Y si lo pensaba, aquello no era tan distinto. Solo faltaba que escogieran a un rey y una reina y el bochorno sería completo.

No sabía qué le estaba ocurriendo esa tarde. En general, siempre se había sentido a gusto entre la gente. De hecho, consideraba amigos a casi todos esos que la miraban y cuchicheaban,

pero había algo que la hacía sentir incómoda.

Cuando se acercaban para saludarla, todos parecían buscar algo en su mirada, en sus palabras. Hasta que al final alguien lo hizo. Por fin alguien se atrevió a preguntar por Adam.

—Dicen que ha vuelto por ti. ¿No sería romántico?

Unos lo consideraban romántico. Otros, absurdo. Jake Armstrong se ofreció a partirle la cara de su parte, y Luke Epps, a romperle la mano con la que tocaba la guitarra.

Todo el mundo tenía su propia versión de los motivos de Adam para volver, y todos, por supuesto, su opinión acerca de lo que ella debía decirle cuando le ofreciera volver con él.

—Dile que sí, pero solo si se arrodilla delante de todos.

—Dile que se vaya al carajo.

—Mátalo.

—Mátalo a polvos.

—Yo lo mataré por ti.

—Si tú no lo quieres, me lo quedo yo.

Deirdre no tenía siquiera la oportunidad de responder, ni casi de respirar. El dolor de estómago era tan agudo que pensaba que se le iba a salir echando fuego por la espalda. A esas alturas, había un grupo de gente enorme a su alrededor y todos hablaban a la vez. Lo malo era que nadie la dejaba hablar a ella.

¿Se había dado cuenta alguien de que Adam no había aparecido?

Se suponía que debía estar allí, pero no había llegado con el equipo de televisión.

Tenía miedo de que Adam no apareciese y los presentes se girasen hacia ella en busca de una explicación. ¿Y qué podía decirles si para ella era solo un desconocido?

CAPÍTULO 19

UNA VELA PARA UN COWBOY

—Tienes buen aspecto para llevar muriéndote un montón de años.

Adam no quiso que su voz sonara tan amarga, pero suponía que, después de todo, tenía derecho a estar enfadado con ese cabrón.

Su suegro seguía siendo un tipo delgado, y había envejecido, como todos, pero era probable que tuviera mejor aspecto que él mismo. También la iglesia tenía buen aspecto. De hecho, el viejo suelo de madera parecía nuevo y también el tejado había sido renovado. Las cosas le iban bien a Artie. Tal vez fuera al único al que le habían ido bien.

Joder, ¿cómo se había dejado engañar? Al muy desgraciado solo le había faltado soltar unas cuantas lágrimas o fingir que iba a llorar. Porque, claro, Artie no era del tipo que llora y suplica. Él exigía, exponía sus derechos y los demás cedían. Tenía la capacidad de hacer a cualquiera sentirse tan miserable que era un alivio ceder, darle lo que quería. Era justo que así fuera.

Artie jamás perdía ni se humillaba. Artie Hopkins siempre llevaba la razón y el fuego de Dios en la mano.

Y él había sido el imbécil que lo había perdido todo. Artie lo había engañado, era cierto, pero él se había dejado, como si una parte de su alma sintiera cierto alivio al darle la razón a su suegro en lo que siempre le decía: era un inútil que no valía nada.

Y no había duda de que en eso tenía razón, porque hasta en los leves momentos de lucidez que había tenido, y cuando había hecho intentos de recuperar su vida, no había sido capaz de perseverar. Había continuado en su carrera cuesta abajo hasta llegar a ese punto. Y, como era previsible, se había topado con un muro de hormigón contra el que se había estampado. Porque había perdido el único asidero que tenía en su vida, por gilipollas.

—¿Has venido a partirme la cara en mi propia iglesia?

Artie ni siquiera dejó de repartir biblias para responderle. Le consideraba tan poca cosa que no creía necesario mirarlo a la cara.

Adam no se tenía a sí mismo en gran consideración. Al fin y al cabo, aún a su pesar, todavía tenía por ese hombre cierto respeto, aunque le hubiera destrozado la vida. Era el padre de Deirdre, y eso significaba algo.

—He venido a la reunión de Alcohólicos Anónimos.

Artie se irguió y lo miró por fin.

El desprecio que siempre había mostrado por él fue más profundo que nunca.

—Siempre supe que no valías nada. —La voz de Artie resonó en la iglesia llena de una profunda satisfacción, como cuando peroraba acerca de los justos, entre los que Adam jamás se encontraría. Redonda y grave, hizo que el eco los envolviera como una pesada manta, y tardó en desaparecer unos instantes eternos—. ¿Para qué te molestas en intentar dejarlo siquiera? Caerás a la mínima tentación, muchacho.

Adam pasó a su lado sin rozarlo.

—¿Quién eres tú para darle consejos a nadie? Te la devolví y la dejaste sola y desamparada.

Estabas tan preocupado por tener una hija famosa que te olvidaste de que era una persona de verdad. Y no, no me consuela el saber que no conseguiste lo que querías, porque significa que ella tampoco lo hizo. Y mira que era fácil quererla, pero tú solo eres capaz de querer a tu propio culo. Me dan pena los fieles que aún confían en ti —añadió con un cansancio infinito. Si en algún momento había pensado que Artie cambiaría, estaba claro que se había equivocado—. Debe de ser desolador que tú seas su único consuelo en este mundo.

—Maldito hijo de...

Adam se detuvo, aunque el crujido de sus botas sobre la madera nueva perduró en el silencio de la nave. Aquella iglesia había poblado sus pesadillas durante su infancia. Había tardado en comprender que era Artie el que hacía aquel lugar un infierno. Sin él, aquello no era más que otro edificio vacío.

—Eres la peor persona que he conocido en mi vida, Artie. Y he conocido a muchas, créeme. Si puedo conseguir que no puedas volver a rozarnos con tu veneno, lo haré.

Artie volvió a sonreír. Sí, aquella sonrisa que podía parecer amable a algunos, pero helaba los corazones que él consideraba impuros, lo había atormentado siempre. Ahora sabía que no había habido nada malo en su amor ni en sus deseos. Por culpa de ese hombre, de sus mentiras, había destrozado su vida y la de Deirdre.

Adam no negaba su propia culpa ni su inmadurez, incluso su cobardía, pero Artie era el que había puesto la primera rama en la pira funeraria de su matrimonio, y no se lo perdonaría jamás.

—Mi hija no volverá contigo. Da igual que yo mintiera. No te perdonará que la dejaras.

Adam sintió algo extraño en su interior. Inspiró hondo. El aroma a cera y a madera que tan familiar había sido en su infancia volvió a él. Durante años había odiado la idea de entrar en ese lugar cuando en realidad era ese hombre lo que lo hacía maldito.

—Deirdre es la mujer de mi vida. La única a la que amaré jamás. Aceptaré que no me ame y que no quiera volver conmigo, pero, al menos, conocerá la verdad. Sabrá quién eres. Solo por eso, merecerá la pena cada segundo de todo el dolor que he vivido. Y ahora, si me disculpas, tengo una reunión a la que asistir. Buenas tardes, Artie.

Adam pudo sentir la mirada de su suegro clavada en la espalda, cargada de odio.

Sabía que intentaría destruirlo otra vez, pero esa vez estaría preparado. Estaba convencido de que su suegro había pisoteado los pocos esfuerzos que él había hecho por recuperar a Deirdre, pero ahora ya no era un niño y le daban igual sus miradas de desprecio y suficiencia. Había abandonado a la mujer que quería y la había dejado en sus manos para que la cuidara, pero le había fallado. Adam no se la merecía, pero Artie tampoco.

Retuvo el aire en los pulmones para ahogar una maldición y trató de caminar con calma, como si aquello no le importase.

Había tenido que enfrentarse a él para aceptar que su verdadero motivo para volver al pueblo era recuperar a su esposa y su vida.

Sería jodido, pero nunca había querido nada con tantas ganas, y tenía toda una vida por delante.

La reunión de Alcohólicos Anónimos se celebraba en una sala pequeña al fondo de la iglesia. Había diez personas y a algunas las conocía, pero se limitaron a mirarlo y a saludarlo con la cabeza. Alguien le señaló una silla vacía en un rincón, y se sentó.

Allí no era una estrella, ni un antiguo vecino, sino uno más que trataba de vencer a los

fantasmas.

Cada día era una batalla, pero el enemigo a vencer ya no era solo él mismo.

///

—Me dijiste que vendrías justo después de mí. Es la última vez que te dejo solo.

April parecía furiosa y agobiada. Tras ella, los chicos del equipo no se aburrían igual. Uno de los cámaras le contaba lo apasionante que era su trabajo a una chica vestida de ángel y un escote impresionante que le acariciaba la solapa de la chaqueta.

—Tenía algo que hacer —respondió Adam, buscando con la mirada a Deirdre.

Ese salón era como una especie de caldero donde todo su pasado se había juntado en una sopa difícil de digerir.

April se acercó tanto que pudo ver cada una de sus pecas, a pesar de que intentaba taparlas con maquillaje.

—Tú no tienes asuntos hasta que hayamos terminado de grabar. Tu vida le pertenece a la productora. Después podrás hacer lo que quieras, como si te vas a un monasterio budista o te tiras de las cataratas del Niágara dentro de un tonel. Mientras tanto, eres mío, y no puedes hacer nada sin comentármelo antes.

Adam intentó sonreír, pero no pudo. April parecía hablar muy en serio.

—No estoy seguro de haber firmado algo así —dijo con voz dubitativa.

Ella sonrió, aunque su gesto fue más cercano al desprecio que a la alegría.

—Igual es que ni siquiera se te ocurrió leer el contrato —replicó. De pronto su mirada se suavizó y April le puso una mano en el antebrazo—. De todas formas, sabes que hay algo que me interesa por encima de todo, cariño. Si fueras un poco más flexible al respecto, podría darte margen de maniobra para otras... cosas.

Adam pensó que utilizar a Deirdre para la grabación de ese maldito programa daría al traste con toda posibilidad de futuro, pero, si había algo que había heredado de su madre, era el optimismo, por muy poco basado en la realidad que estuviera.

La mirada de April era insistente. Quería una respuesta por su parte.

—Ese algo que te interesa a ti también me interesa a mí.

La presentadora tardó en comprender lo que decía, pero, cuando lo hizo, una sonrisa lenta de depredadora se dibujó en sus labios.

—Creo que me he puesto cachonda y todo. Voy a buscar una copa.

CAPÍTULO 20

ME DEBES UN BAILE

Deirdre sabía que hablaban de ella, que todo el mundo hablaba de ella. Y no era porque tuviera manía persecutoria o porque su ego se le desbordase por todos los poros, sino porque siempre había sido así. Ni siquiera escondida detrás de una columna había podido evitar a los curiosos. Joder, ni en el baño se había librado de que le susurrasen desde el cubículo de al lado.

No le gustaba mucho pensar en su padre, pero debía reconocer que, al menos en eso, había tenido razón: había nacido para ser la protagonista.

Era una lástima que, en algún momento, se hubiera salido del camino.

Era bella, ya lo había sido al nacer. El bebé más hermoso de toda el área de neonatología, como habían dicho en el hospital cuando su madre, Liz, había dado a luz. Y no era extraño, pues su madre era tan guapa que todavía brillaba desde las fotografías.

De niña y de adolescente había ganado más concursos de belleza que nadie a quien conociera. Aunque también era cierto que no había nadie que se hubiera presentado a tantos. Había perdido clases y sus padres habían tenido que pedir licencias especiales para los exámenes para que pudiera acudir a algunos. Pero no era para menos que se las concedieran: era tan hermosa que podría llegar a Miss América un día, y sería el orgullo de McMinnville. Además, su voz era una bendición. Podía ver los ojos de todos los feligreses de la iglesia de su padre encenderse y llenarse de lágrimas cuando cantaba cada domingo, y también en las ceremonias especiales.

Era una sensación agradable ser el centro de atención en todo momento. La protagonista siempre tenía el mejor sitio en la iglesia, la mejor porción de tarta en la cafetería del colegio y las mejores sonrisas del profesor, tal vez menos del profesor Matthews, que no cedía ante su padre cuando pedía los permisos y la había castigado por faltar a dos clases por acudir a una feria.

Hasta que todo se fue a la mierda el día en que su madre murió.

Las madres mueren, le había dicho una vecina con una sonrisa compasiva que Deirdre odió. De hecho, jamás había sido capaz de volver a mirar a esa mujer sin odiarla tanto como aquel día.

Las madres morían, sí, pero no su madre. Su madre era una estrella. Su madre era más hermosa que ella, y la gente hermosa no debería sufrir, ni perder el cabello, ni gemir para ahogar el dolor. Ni fingir que no pasaba nada, ni vomitar a escondidas.

Siempre le habían dicho que la gente hermosa y con talento tenía más derechos que los demás, que se lo merecía todo. Que ella estaba destinada para el triunfo, así que no debía mirar más que al futuro cuando ya no tuviera que aguantar a aquella gente.

Y de pronto ya no era así. La gente hermosa sufría y se moría como el resto. Ya había quien estaba más que dispuesto a señalarlo.

Había escuchado tantas veces que era especial que, cuando la vida le demostró que no era así, se lo tomó como una traición.

Su padre, sin embargo, no se resignó a pensar que hubiera perdido su único anclaje con el pasado. Había perdido a su estrella, pero no podía perder a lo más parecido a ella que le

quedaba.

Mientras él planeaba su carrera, Deirdre comenzó a ver lo que la rodeaba por primera vez, como si las palabras de aquella mujer hubieran hecho caer un velo invisible que hubiera cubierto sus ojos hasta ese momento. Cuando ella cantaba, no todo el mundo disfrutaba, sino que cuchicheaban acerca de otras personas que podrían ocupar su lugar y no podían porque su padre no lo permitía. Mientras desfilaba y preparaba sus discursos para los concursos de belleza, otros adolescentes hablaban de bailes y de escapadas al lago y de exámenes de los que ella estaba exenta porque el reverendo la justificaba diciendo que estaba preparándose en casa.

Justo cuando su padre se empeñaba más que nunca en que su meta era el estrellato, ella abría los ojos y empezaba a ver más allá.

A veces incluso lograba escapar, aduciendo que iba a casa de su amiga Linda a estudiar. Y su padre asentía, aunque podía ver la censura en sus ojos. Los estudios y las carreras universitarias eran para las otras muchachas, para las que no tenían nada de especial y tenían que luchar para destacar, pero ella no necesitaba nada de todo aquello. Y Deirdre asentía, pero disfrutaba de cada pequeña salida, del aire puro en la piel y en la mente por primera vez en su vida.

Y, precisamente, en una de esas escapadas, Deirdre, que iba a ser la reina del pueblo, habló por primera vez con Adam, el ejemplo de todo lo que le habían enseñado a despreciar, por sucio y por mediocre, y todos sus planes, o, más bien, los planes de su padre, se fueron al garete.

Viendo las cosas en perspectiva, quería pensar que no se había equivocado al tomar el camino que había escogido.

Había dejado los desfiles, había dejado de cantar en la iglesia y la relación con su padre se había resentido poco a poco hasta que hubo un momento en que fue irrecuperable.

Artie jamás comprendería por qué había arruinado su prometedor futuro por culpa de un desgraciado como Adam. No le había importado hacer todo lo imposible por separarlos, aunque ello supusiera romperle el corazón. Deirdre le había gritado, con los ojos ya secos, la última vez que habían hablado, que jamás se había preocupado de su felicidad ni de lo que sentía. Que, en el fondo, era él el que necesitaba sentirse el protagonista.

Muchas veces se había arrepentido de haberle gritado de aquel modo. Y no por lo que le había dicho, sino por la forma en que lo había dicho, llena de odio y rencor. Le habría gustado decirle que jamás habría sido feliz sonriendo siempre para los demás, sin que nadie se preocupara de lo que sentía de verdad. Podría habérselo dicho así, tranquila, serena, pero no era capaz de hablar con su padre de ese modo, sabiendo lo que les había hecho.

Aunque, se dijo con un gemido de angustia cuando la puñetera canción con su nombre empezó a sonar por enésima vez, ¿quién se preocupaba por lo que sentía ahora?

Ni siquiera ella misma hacía nada por sus propios sentimientos. Llevaba veinte años atrapada en un matrimonio que no significaba nada, que no era real, pero tampoco hacía nada por librarse de él.

De vez en cuando se levantaba con un impulso, a veces, después de una noche con alguien, y cogía el teléfono para llamar a Adam. Pero la fuerza siempre desaparecía tan pronto como había llegado, dejándola desmadejada.

Se divorciarían. Empezarían los dos una vida nueva de verdad, pensaba al mirar el teléfono. Pero no lo hacía. La idea de romper el lazo para siempre dolía.

Y era evidente que a él también le dolía, porque a veces veía sus llamadas perdidas en el

contestador, pero nunca la llamaba otra vez a una hora decente, ni ella se las devolvía.

Podía asegurarle a su suegra que solo había un tema entre ellos por resolver, y que lo haría, pero lo cierto era que no quería hacerlo.

///

—Me debes un baile.

Lo malo de estar escondida detrás de una columna era que no podía controlar todo el salón de baile. Pero lo raro era que no hubiera notado el murmullo creciente de la gente, que había dejado de bailar y hasta de beber para mirarlos.

Deirdre no quería mirar hacia las dos cámaras que la enfocaban, ni tampoco a April LaBelle, que, si se acercaba un poco más, se metería entre los dos.

La sonrisa de Adam no se diferenciaba mucho de la del chico que la miraba, empapado, desde la orilla del lago cuando tenían quince años. Solo que ahora él sabía lo que provocaba en ella. O había provocado.

No respondió, sino que tomó la mano que él le tendía y caminaron hasta el hueco que servía de pista de baile. Por suerte, aquella maldita canción había dejado de sonar.

—Quiero darte las gracias por cuidar de mis padres.

Deirdre se odió a sí misma por sonrojarse. Hablar de aquel tema sacaría a la luz otros mucho más desagradables.

—Los quiero —respondió en un tono defensivo y duro, casi como una acusación.

Pensó en todas las veces en las que había imaginado un posible encuentro, y ninguna se parecía a ese momento, rodeados de gente pendiente de cada palabra, movimientos y hasta de cada respiración. ¡Si hasta tenían cámaras grabándolos!

La mano de Adam apretó la suya, tal vez de un modo inconsciente, aunque su rostro no varió de expresión. Su sonrisa todavía bailaba en sus labios, pero no parecía especialmente feliz de estar allí. De hecho, dudó si no había mirado de reojo hacia su izquierda, como buscando la cámara, pero lo olvidó cuando la aplastó su propia decepción.

Se obligó a pensar que debía ser así. Que ella misma lo deseaba.

Pero, a la vez, el dolor en el corazón fue inesperado. Si había esperado una disculpa o una declaración, era evidente que estaba muy equivocada. Se sintió una estúpida por haber pensado, siquiera por un instante, que aquello tenía solución.

Aunque quizás él no quería una solución, sino acabar con todo de una maldita vez igual que ella. Delante de testigos, de millones de testigos.

Una punzada de dolor intenso en el estómago la hizo encogerse sobre sí misma.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Adam con aire preocupado.

Ella solo pudo balbucear cuatro palabras antes de vomitar en sus bonitas botas de cuero hechas a mano:

—Alitas de pollo picantes.

CAPÍTULO 21

ROSAS NEGRAS

Adam no miró sus botas arruinadas, ni hizo caso a las risas de sus antiguos compañeros, que los rodeaban y señalaban, sino que tomó de la mano a Deirdre, la acompañó al baño, dio una palmada para llamar la atención de todos los que estaban allí para hacerlos salir y atrancó la puerta con una silla tapizada de terciopelo rojo gastado, que, probablemente, nadie había movido de su sitio jamás.

—¿Por qué no te has quedado en casa si estabas enferma?

Deirdre, que se estaba enjuagando la boca, escupió el agua y se giró para mirarlo. Seguía pálida, pero tenía mejor color que hacía solo un par de minutos.

—¿Has intentado alguna vez convencer al director Matthews de que algo es imposible? —La voz de Deirdre sonó ronca y llena de cansancio—. Por algún estúpido motivo, ese hombre cree que yo, justo yo, debo ser la portavoz de esta pantomima, así que solo me queda intentar sobrevivir.

—Es evidente que no le has contado la verdad sobre nosotros. Si lo supiera...

Deirdre le tiró la toalla de papel con la que se había secado las manos. Adam ni siquiera se apartó para esquivarla. Ese gesto le recordó a la Deirdre de su adolescencia. Siempre que perdía los papeles le lanzaba lo primero que tenía a mano.

—Si lo supiera, le daría igual. Es más, lo disfrutaría el doble. Siempre me ha odiado y ni siquiera sé por qué.

Adam tenía una ligera idea de los motivos, pero no era el momento ni el lugar de hablar de ese tema. En ese pueblo, todo empezaba y acababa en Artie, sus ansias de poder y de ganas de manejar a todos y a todo. Era bastante plausible que el director Matthews, profesor Matthews cuando ellos eran alumnos, no se hubiera plegado a sus deseos y hubiera pagado las consecuencias de algún modo. Podía ser algo tan absurdo como que le hubiera rechazado una idea para el baile de fin de curso, o que hubiera tenido que soportar un sermón por no haber permitido que su hija acudiera a algún desfile o concurso. Sin duda, por negarse a sus deseos, ese hombre merecía las llamas del averno. A veces las cosas eran tan sencillas y ridículas como eso. Ahora Matthews era quien ostentaba el poder y se vengaba a su manera. Y le daba igual que fuera alguien inocente el que pagara.

—Aunque solo sea por mi parte, te agradezco el esfuerzo. Pero, si de verdad te hace sufrir, hablaré con Matthews.

Deirdre apretó los labios y se apoyó contra el lavabo.

—No es que quiera parecer insensible y no te agradezca el gesto, pero quiero saber a qué narices has vuelto.

Adam debería haber sabido que ella no desaprovecharía la ocasión de ir al grano. Y tal vez fuera mejor así.

—Si te soy sincero, hasta hace unas horas, ni yo mismo lo sabía.

Deirdre suspiró y se apartó del lavabo para caminar hacia la puerta.

—No tengo tiempo para esto, Adam. Han pasado muchos años y ya no somos unos niños tontos.

La retuvo antes de que empezara a mover la silla para abrir la puerta.

—Tienes mucha razón. No somos niños, pero te estoy diciendo la verdad. Me levanté un día y me di cuenta de que nadie hablaba de mí. Y me jodió mucho. Me gustaba ser famoso, tener dinero y que me reconocieran por la calle.

Deirdre se llevó una mano al estómago y fingió una arcada.

—Recuerda que tengo el estómago sensible. Esas botas todavía son recuperables, pero no respondo de mí misma si sigues intentando darme pena.

Adam rio.

—Que les den a mis botas. Seguro que April me comprará otras encantada si repito delante de una cámara lo que voy a decirte ahora.

Deirdre se apartó y lo miró de arriba abajo.

—Y ahora supongo que es cuando viene lo de que has venido a recuperar nuestro amor y todas esas estupideces. ¿Sabe ella que me dejaste tirada, esperando una llamada, mientras tú te dedicabas a triunfar?

Adam sintió cada palabra como un puñetazo. Un golpe en la puerta lo hizo sobresaltarse. La voz furiosa de April atravesó la madera, pero hizo caso omiso de ella.

—No voy a negar que me comporté como un cabrón, pero en ese momento pensé que hacía lo mejor por nosotros.

Deirdre bufó y luchó para que la soltara. Adam no tuvo más remedio que dejarla ir. Su tensión era tan evidente que le daba miedo tocarla.

—Llevo una vida entera escuchando de los hombres que hacen lo mejor por mí mientras deciden lo que yo debo hacer. Posar, cantar, ganar concursos... y en tu caso, esperar durante años a que tú decidas cuándo es el momento de que volvamos a estar juntos. Y eso sin olvidar, según tu canción, que debo buscar a otro para llorar mis penas. ¿Qué te hace pensar que voy a aceptarte ahora, después de lo que me hiciste?

Adam se sorprendió por la seriedad de su rostro. Su voz era casi inexpresiva, como si hubiera pensado aquello miles de veces. Si hubiera llorado, gritado, protestado, si le hubiera golpeado, sus palabras no le habrían dolido tanto.

—Te quiero.

Deirdre se limpió una lágrima que le resbalaba por la mejilla con un gesto rabioso.

—Tu problema, el de mi padre y el de todo el mundo es que os da igual lo que yo quiero. Y la verdad es que, si lo pienso bien, debería darte las gracias por regresar, porque me lo haces todo mucho más sencillo.

Adam sintió que su mirada le desgarraba el corazón. Solo una vez la había visto tan decidida, y había sido una tarde junto a un lago, cuando se había plantado junto a él y le había dicho que iba a ser su amiga, a pesar de que todos en el pueblo pensaban que era un idiota y un perdedor. Ahora su mirada, desoladora, pasaba casi por encima de su rostro, como si, después de todo, hubiera descubierto que todo el mundo tenía razón.

—Deirdre, no lo digas —suplicó.

—Quiero el divorcio —lo cortó ella con tono seco y duro.

No fue capaz de evitar que su esposa apartara la silla y saliera del baño. Al mirar su propio

reflejo en el espejo, se fijó en las rosas negras de plástico que decoraban las encimeras. Eran extrañas y horribles, pero nunca habría podido imaginar algo más adecuado para enmarcar su rostro.

CAPÍTULO 22

MEXICOMA IV

HACE CASI VEINTE AÑOS

Deirdre estaba agotada, pero fue incapaz de dormirse.

Adam acababa de salir de la habitación del motel y, de pronto, todo empezaba a ser irreal, como un sueño. Era como si, al abrir los ojos, temiera encontrarse otra vez en su dormitorio empapelado de rosa, con las muñecas colocadas en fila en las estanterías y los trofeos de los concursos de belleza en un aparador acristalado, a la vista pero inaccesibles.

Estaba tan cansada que hasta escuchaba la voz de su padre hablando con Adam.

La respiración se le cortó por el miedo. Solo cuando la vista se le nubló y los pulmones le empezaron a doler, se acordó de que tenía que respirar otra vez.

Su padre no podía estar allí. Era imposible.

Esperó, quieta, a que Artie rompiera la puerta y la arrastrase para llevársela a casa.

Pero no ocurrió.

Intentó aflojar los puños y las mandíbulas, y esperó lo que le parecieron horas, pero su padre no irrumpió como un energúmeno, ni tampoco con aquella mirada de decepción infinita que le dedicaba a veces, como si ya no fuera la niña en la que había depositado todas sus esperanzas.

Esperó, y dejó de escuchar su voz.

Pero Adam tampoco regresó.

Al final, incapaz de aguantar la impaciencia, apartó la sábana y se levantó. Antes de abrir la puerta, inspiró hondo y se obligó a sonreír.

—¿Has olvidado la cartera?

Adam se sobresaltó al escuchar su voz.

Había estado llorando, pero ahora tenía los ojos secos. Esperó a que dijera algo, pero él se limitó a tenderle una mano para que se sentara a su lado.

Faltaba poco para el anochecer, pero la madera del escalón todavía estaba caliente.

Deirdre, que iba vestida solo con una camiseta de Adam, sintió cómo cientos de astillas se le clavaban en la piel a través del fino algodón, pero no dijo nada.

Apoyó la cabeza en su hombro y aspiró.

Adam olía a sudor y a polvo, pero también a ellos, y era delicioso a su asquerosa manera.

—Háblame.

Él se movió y ella sintió su ausencia como un vacío instantáneo.

Pensó en todos sus planes, en los mapas que había ido recopilando y había escondido en el armario de su dormitorio, en la habitación que había alquilado en Nashville y que, ahora lo sabía, jamás ocuparía.

Quiso gritarle, pedirle que luchara por ella, decirle que no dejara que su padre ganara, pero no lo hizo. Quizás, en el fondo ella tampoco tenía tanto valor como había pensado.

Recogieron sus cosas en silencio, evitando rozarse, y también en silencio volvieron a casa.

Fue el viaje más agónico y largo de su vida. Por momentos, sentía que no acabaría nunca.

Encogida sobre sí misma, con los ojos cerrados, fingía dormir para evitar toda posible conversación, mientras pensaba qué diablos le había dicho su padre a Adam para que él hubiera dejado de repente de pelear por ella.

Luego, cuando estaban a punto de llegar a McMinnville, se dijo que aquella situación era ridícula. Artie jamás habría ido hasta México y se habría ahorrado un sermón lleno de moralidad para el blanco perfecto que ella era en ese momento. No, lo habría disfrutado demasiado. Su voz tenía que haber sido un sueño. Y el hecho de que Adam no le hablase se debía a...

Intentó contener las lágrimas para no gritar mientras todo se desmoronaba a su alrededor.

Solo cuando, horas después, él la dejó en la puerta de casa de su padre, sintió toda la rabia acumulada desde que habían salido del motel en México.

Soltó la bolsa contra el suelo y tomó a Adam por el rostro con rabia.

—Un día lamentarás esto, Adam. Lamentarás no haber tenido valor de luchar por nosotros. Maldito seas.

Él apretó los labios y apartó la mirada. No supo si él lo hizo de modo inconsciente, pero el coche aceleró, como si no soportara ni un segundo más el estar allí, escuchándola.

De pronto las manos de Deirdre ya solo sostenían el vacío.

Solo cuando entró en la casa de su padre se dio cuenta de que él se había llevado su guitarra y su cuaderno de canciones, además de su corazón.

CAPÍTULO 23

NADIE VOLVERÁ A ROMPER MI CORAZÓN

Cuando salió del baño, todos la miraban.

Con diferencia, era la peor fiesta a la que había asistido jamás. Y encima no podía beber porque sentía que toda una horda de demonios le estaba devorando el estómago.

—Hopkins, este no era el trato...

El director Matthews estaba cabreado, pero, si se hubiera fijado en su cara, era probable que no se hubiera acercado a ella.

Se sentía sucia, le sabía la boca a vómito y a alitas de pollo rancias y quería meterse en la cama a llorar, pero a la vez quería subir a una montaña muy alta y gritar. Lo malo era que en ese maldito pueblo no había montañas.

—Anda, que menudo espectáculo estáis montando.

La voz de Linda no sonaba nada comprensiva, pero le estuvo tan agradecida de que la sacara de aquel sitio que le dio igual que fuera sermoneándola durante todo el camino al coche y apuntándola con una de las alas de ángel que se había arrancado de la espalda. No recordaba haberse sentido jamás tan avergonzada, ni siquiera cuando se había caído del caballo en un charco de barro a los ocho años, se había empapado el vestido blanco de Miss Pureza Sureña y había tenido que desfilarse con aquel crujido repugnante y la peste a mezcla de cieno y mierda de caballo ante un jurado que arrugaba la nariz. Su padre la había obligado a desfilarse para que supiera lo que eran el decoro y el compromiso. Y la humillación, aunque eso no lo había admitido jamás. La sensación en ese momento era similar. Incluso había un olor repugnante de por medio.

Ahora hacía otra vez el camino de la vergüenza, y con cámaras delante.

—Que no vean tus lágrimas —seguía diciendo Lin, toda sonrisas y cabeceos—. Que salten sobre él cuando salga.

Deirdre intentó hablar, pero una náusea se lo impidió. Era como si su cuerpo se estuviera rebelando contra ella y toda aquella situación, como si su organismo necesitase expulsar toda la rabia y el dolor que llevaba media vida reprimiendo.

—Creo que ayer intentaron envenenarnos —logró decir con voz muy baja y los ojos nublados.

Linda suspiró y le abrió la puerta de la calle. Tim esperaba afuera, con las llaves del coche en la mano y los ojos entrecerrados, aunque no dijo nada. Se limitó a acomodarla en el asiento trasero y a conducir en silencio.

—Yo comí lo mismo que tú y me siento estupendamente, o si no, pregúntale a Tim.

—Doy fe.

Deirdre gimió y se encogió otra vez sobre sí misma.

—Callaos. ¿Por qué os gustáis tanto de pronto?

—¿Y quién ha dicho que sea de pronto? —preguntó Lin, apoyando la cabeza en el hombro de

Tim, que le dio un beso sonoro en la cabeza, adornada por una coronita angelical emplumada.

—Solo te voy a decir dos cosas, bonita: abre los ojos y deja de comer basura.

Deirdre miró la nuca de Tim con algo cercano al odio. Durante unos absurdos segundos había pensado que era su salvador, pero le estaban entrando ganas de regresar a la reunión de antiguos alumnos.

—¿Desde cuándo eres tan zen y tan amigo de la comida sana? Cuando salíamos juntos, engullías *pizzas* enteras.

Tim emitió una risa burlona que le provocó nuevas punzadas de dolor en el estómago. Era como si todo el mundo supiera algo que ella no alcanzaba a atisbar siquiera.

—No me refiero a la comida, estúpida —replicó el vaquero sin una pizca de piedad—. Tu cuerpo te está avisando de que hay algo por ahí que no está bien. Y más te vale que le hagas caso o es posible que te encontremos tiesa una mañana.

Deirdre se irguió todo lo que pudo en el asiento.

—Yo no me voy a morir nunca, ¿me entiendes? Estoy sanísima.

Como si el destino se riera de ella, una nueva náusea la obligó a doblarse sobre sí misma, aunque ya no le quedaba nada para expulsar.

—Deirdre, mi vida, deja de mentirte a ti misma. Desde hace unos días estás hecha una mierda y todo el mundo sabe por qué. Menos tú, claro.

La voz de Linda había sonado tan neutra que Deirdre sintió deseos de arrancarle todo el pelo rubio teñido. ¿Era esa misma Lin la que le había repetido millones de veces que no entendía por qué no había mandado ya al carajo a su marido?

—Ya está todo solucionado. Una firma y adiós.

El silencio llenó el coche. Incluso la radio enmudeció de repente, como si también los locutores esperasen algo más.

—¿Ha sido a eso a lo que ha venido? —preguntó Tim con una delicadeza inusual, dado su tamaño.

Deirdre evitó su mirada a través del espejo retrovisor. Cuando salían juntos, él siempre quería estar con ella, consolarla, pero muy pronto había sido evidente para él que Deirdre no tenía la misma necesidad. En ella solo había rabia y un agujero enorme y lleno de oscuridad que nada era capaz de llenar. Y lo peor era que no tenía ni la más mínima intención de intentarlo.

—No. Pero ya es tarde.

Linda no dijo nada, lo cual fue una auténtica sorpresa. Hubiera agradecido que alguien dijera algo, cualquier cosa.

El silencio era lo peor. Hacía que se le ocurrieran cosas, vinieran recuerdos.

No quería pensar en la mirada de dolor de Adam cuando le había pedido el divorcio. Ni tampoco en su propio dolor. En la sensación de vacío absoluto y en la consciencia de que ahora sí, ya no había ninguna posibilidad de arreglar aquello.

—Joder —dijo Tim muy bajito.

Deirdre cerró los ojos y dejó que las lágrimas resbalasen por su rostro en silencio.

Si le quedaba algún consuelo, por absurdo que fuera, era que, al menos, ya no habría ninguna posibilidad de que nadie volviera a romperle el corazón. Dos veces habían sido suficientes para acabar con él para siempre.

CAPÍTULO 24

MIENTRAS EL CUERVO VUELA

—Se suponía que ibas a regalarme una escena de película.

April estaba furiosa, pero no era del tipo que gritaba ni montaba una escena. Adam casi lo hubiera preferido, porque su expresión de resignación era peor que los gritos.

Había pasado media hora encerrado en el cuarto de baño mientras varias personas golpeaban la puerta. No era curiosidad por saber lo que había ocurrido, pensó al cabo de un rato. Él no era el centro del universo. Aquello era una fiesta y las vejigas de algunos debían de estar a punto de reventar a esas alturas.

Cuando salió, se encontró a April y a sus amigos, los del equipo de grabación, sentados en una mesa que habían arrastrado justo al lado de la puerta. Ninguno de ellos parecía contento. Bien, que se jodieran. Él tampoco era la persona más feliz del mundo en ese momento.

—Creo que tendrás que conformarte sin ella.

April apretó los labios y cruzó las piernas. Las ventanas de su nariz se ampliaron como si olisquearan sangre. La suya, en concreto.

—En el fondo me da igual si ella te quiere o no, o si te manda al carajo o no. Es muy posible que te merezcas que te pisotee con tacones de aguja de acero, así que, por mí, hasta la acompañaría a hacerlo y luego la invitaría a una copa. Pero me pagan muy bien por hacer todo esto interesante —añadió, señalando lo que la rodeaba con un gesto de resignación más propio de una anciana que ya lo había visto todo que de una profesional en la cumbre de su carrera—. Y lo interesante es, por desgracia para ti, que, si te tiene que romper el corazón, te lo rompa delante de nuestras cámaras. O que te diga que te quiere mientras lo grabamos. Y las palabras claves, hasta un niño o un idiota con sombrero enorme lo pillaría, son que tiene que haber una cámara encendida delante, precioso mío. Que sea la última vez que tenéis estas charlas a puerta cerrada. Te hemos pagado muy bien para poder escucharlas. ¿Me entiendes?

Adam sintió que la garganta se le cerraba, como cada vez que sentía que había vendido el alma al diablo.

—Sí —respondió con voz ahogada.

April sonrió, aunque mostrando los dientes de un modo espeluznante.

A su alrededor, los chicos del equipo rieron también y Adam terminó por sentirse como un cervatillo rodeado por hienas de ojos brillantes.

—Me alegro de que lo captes por fin. Y ahora —la sonrisa de la presentadora se suavizó considerablemente cuando volvió a hablar, aunque Adam no se sintió mucho más tranquilo—, ven, mírame. Un pajarito me ha dicho que van a nombrarte rey del baile, así que sonríe y finge que quieres estar aquí, porque ese plano se va a repetir tantas veces en todas las pantallas durante el próximo año que desearás tener buena cara.

///

Cuando la fiesta terminó, Adam habría dado cualquier cosa por una copa.

Agotado, se recostó contra el asiento del coche y fingió dormir para evitar más charla o consejos de April. En el recinto, pequeño y cerrado, la mezcla del olor del alcohol que los del equipo habían tomado y el vómito de Deirdre en sus botas hacían que se sintiera mareado y cansado.

Nada más llegar a casa, murmuró una disculpa y se bajó del coche. Dio un beso a su madre, saludó a su padre y desapareció escaleras arriba para meterse en la ducha.

No era solo que quisiera quitarse la peste del vómito, sino que el calor y el vapor de la ducha lo aislaban del exterior, como si allí nada pudiera tocarlo.

Durante años había evitado pensar que aquello ocurriría. Había pensado que, si no había ocurrido ya, nunca pasaría. La palabra divorcio no existía en su vocabulario. En realidad, era absurdo. Deirdre lo quería. Y él la quería. Siempre se habían amado y siempre se amarían. Pero la realidad era que se había ido y, por muy buenos que hubieran sido sus motivos en su momento, o eso le hubiera parecido, nunca se le había ocurrido darle ni siquiera una mísera explicación. Era tan gilipollas que tampoco lo había hecho esa noche.

Dio un puñetazo contra la pared empañada de vapor de la ducha, pero maldijo cuando solo consiguió hacerse daño.

Mientras el agua casi hirviendo caía sobre su cabeza, pensó en las muchas oportunidades que había tenido de contarle lo que Artie le había dicho aquel día en México.

Dios, cómo había podido ser tan imbécil.

No había tardado mucho en averiguar que era mentira, por supuesto. Pocos meses después, en una charla casual con su madre, había sabido que Artie había estado ingresado por una neumonía. Era por eso que escupía sangre y no porque se estuviera muriendo. De hecho, a Adam ni siquiera se le había ocurrido preguntarle qué se suponía que tenía. Artie había insinuado que se moría y él se había replegado como por ensalmo.

Habían bastado unas ojeras y un poco de teatro para engañarlo. Y tal vez sus propios escrúpulos. Porque no podía negar que, en el fondo, siempre había querido hacer las cosas a la forma antigua. El romanticismo estaba bien en los libros y en las películas, pero escaparse con la chica, sin un dólar, sin planes, sin nada, daba miedo.

Joder, si ni siquiera tenían anillos de boda, porque lo habían ahorrado todo para cuando estuvieran en Nashville.

Y no había sido capaz de decirle a Deirdre nada de todo aquello.

Cuando la había dejado aquella mañana frente a la casa de Artie, pensando que un día volvería a por ella, o que Deirdre se reuniría con él en Nashville, había pensado que hacía lo mejor. Que ella lo comprendería al conocer la verdad. Solo que nunca se la había dicho. Ahora dudaba que lo comprendiese ni siquiera si se lo contaba. Era demasiado tarde.

Si lo pensaba, había poco que comprender: lo cierto era que, aun a pesar de Artie, no debería haberse marchado. No si debía hacerlo sin ella.

Al poco de llegar a Nashville había empezado a escribirle, pero ya entonces sabía que era tarde. De hecho, que nunca le hubiera respondido era bastante indicativo de que todo estaba perdido.

Pensaba que los cuervos que había visto el día en que había llegado a Nashville, sobrevolando los campos, eran premonitorios. En ese momento había sentido un escalofrío de

miedo que no había podido evitar. Sin embargo, se había obligado a pensar que todo se solucionaría.

Ahora esos cuervos le comían el hígado y los ojos a su esperanza.

Cuando salió al fin de la ducha, se sentó, desnudo, en la cama, sin fuerzas siquiera para vestirse.

Un escalofrío le recorrió la espalda, como si un dedo helado se la recorriera de arriba abajo.

Tal vez debería haber sentido miedo, pero no fue así. Sonrió, y a la vez, las lágrimas que había retenido durante años inundaron sus ojos.

—Hola, Rose. Te he echado de menos.

En silencio, con una extraña calma envolviéndolo, tomó un viejo cuaderno de cuero falso, arañado y sucio, y lo abrió. Pasó las páginas hasta encontrar una limpia. Hacía tiempo que no escribía nada nuevo, pero aquello era como andar en bici, supuso. Solo había que retomar el ritmo. Además, siempre era más sencillo cuando lo que querías decir venía del corazón.

Un par de horas más tarde, cansado pero satisfecho, dejó el cuaderno y el bolígrafo, sin saber si algún día cantaría aquello.

Al fin y al cabo, había perdido a Deirdre para siempre y él solo había podido mirarla como el idiota que era.

CAPÍTULO 25

BOLA Y CADENA

—Podemos quedarnos.

Tim fingió que no miraba con curiosidad a su alrededor. Cuando habían salido juntos, nunca habían estado en el apartamento de Deirdre, siempre habían dormido en su casa. De algún modo, ella siempre se las apañaba para que nunca cruzara aquel umbral.

Para llevar años viviendo allí, aquello parecía un piso provisional. Había cajas con libros por todas partes y la cocina era minúscula. Apenas había objetos personales a la vista, solo una foto de Deirdre con su madre, a la que no había llegado a conocer. Había muerto cuando ella era adolescente. Por entonces, él no vivía en el pueblo. Ella no solía hablar de sus padres, y él prefería no preguntar. En realidad, si lo pensaba bien, lo cierto era que nunca habían hablado demasiado. Hablar podía llevar a temas peliagudos, como Artie. O Adam. De modo que salían, bailaban, bebían, hacían el amor, hasta que llegó un momento en que decidieron que les iba mejor como amigos. Sin dolor ni dramas.

Linda era lo más parecido a una hermana que había tenido Deirdre. No recordaba apenas un momento en que no las hubiera visto juntas. Eran como la bola y la cadena. De hecho, poco a poco Linda había pasado a ser una parte inseparable de su vida, y ni siquiera se había dado cuenta del momento en que había empezado a verla como algo más que como una amiga. Era una suerte que ella no fuera tan idiota como él y hubiera dejado los escrúpulos a un lado, porque a él podría haberle costado media vida pedirle una cita.

Hacía un rato que las dos habían desaparecido en el dormitorio de Deirdre, con las cabezas juntas, haciendo caso omiso a lo que él había dicho.

En realidad, sabía que no había mucho que él pudiera hacer, salvo ofrecer un hombro sobre el que llorar. Si lo pensaba, siempre había sido eso para ella. Nunca había tenido ninguna oportunidad de ser nada más.

—¿Necesitáis algo? —gritó, pensando que el silencio repentino daba más miedo que los llantos de hacía un rato.

///

—Es un encanto, la verdad. No descarto quedarme con este.

Deirdre no pudo evitar una sonrisa. Linda podía intentar disimular, pero lo cierto era que hacía años que estaba colada por Tim.

—No hace falta que te quedes, Lin. Vete con el hombre de tus sueños y déjame llorar en paz.

Linda le dio una palmada en la mano y gruñó.

—Si de verdad es el hombre de mis sueños, y no aseguro nada, me esperará. Date una ducha, que no hueles a flores, precisamente. Llevas años guardándote todo esto. Ahora que por fin estás soltando todos los sapos, no vamos a dejarte sola.

Deirdre asintió y se dejó caer en la cama, como si no tuviera fuerzas para desvestirse.

—Alguien tenía que hacerlo algún día.

—O no. Igual no era eso lo que teníais que hacer —dijo Linda, sentándose junto a ella y abrazándola, sin importarle el olor a vómito ni sudor—. Algo en toda esta historia vuestra está jodidamente mal y equivocado y no sabemos lo que es. Y vosotros tampoco es que lo pongáis fácil.

Deirdre se soltó de su abrazo y se levantó. Empezó a desnudarse y se dirigió a la ducha. Sabía que al salir ella y Tim seguirían allí, pero necesitaba cinco minutos a solas. O una hora.

Las palabras de Linda habían despertado algo que había intentado callar durante años. Sí, sabía bien que su historia con Adam estaba incompleta, y que la pieza que faltaba solo la conocía él. Lo que nunca se atrevía a reconocer ante sí misma era que ella no se había molestado en intentar encontrarla. Porque temía conocer la verdad.

Aunque sí había cosas que conocía y jamás había contado, ni siquiera a Linda. Por ejemplo, que había sido su padre el que los había separado. Para Lin, el hecho de que no se hablaran era la evolución natural de una relación abusiva por parte de su padre. Si supiera el resto, era muy capaz de plantarse en mitad de su iglesia y arrancarle los ojos.

Durante años, había pensado que sería un alivio hablar con ella, con quien fuera, de Artie y del modo en que todo se había ido al garete, pero aquello la pondría frente a su reflejo y la obligaría a pensar en por qué no se había resistido, por qué no se había rebelado. O en por qué solo culpaba a Adam de su fracaso cuando ella podría haberle seguido al conocer la verdad.

Era irónico que, ahora que por fin había puesto la lápida a su matrimonio, se sintiera con ganas de saber qué había ocurrido para que todo se fuera a la mierda. Esa pequeña pieza que faltaba le cosquilleaba en la conciencia.

///

—¿Qué tal está?

Linda evitó el sofá y se sentó en el regazo del hombre al que no llamaba novio pero había amado durante años.

—Sobreviviré. Lo ha hecho siempre.

Tim rio con aquella risa profunda que hacía que todo su cuerpo vibrase. Lin sintió la vibración en su propio cuerpo y suspiró. Ese hombre jamás sabría lo feliz que la había hecho el día en que al fin le había dicho que no quería a Deirdre.

—Esa respuesta es una mierda.

—La vida es una mierda, vaquero. Y la de Deirdre, en particular, una mierda muy gorda.

Él la apretó un poco más contra sí, y ella ronroneó como un gato. Como recompensa, él le dio un beso en el cuello, suave como la nata montada.

—Algo me dice que la vida de Adam tampoco ha sido un caramelo.

—No, claro que no. Pero hay una parte del guion que nos robaron a todos y solo él conoce y creo que merece un castigo por ello.

Tim chasqueó la lengua contra el paladar.

—Creo que ya está pagando. ¿Te parece poco que te pidan el divorcio en el baño de la

reunión de antiguos alumnos con cámaras delante?

Linda se encogió de hombros.

—No es que quiera parecer cruel, pero lo que hizo fue horrible.

Tim la empujó para que se bajase de sus rodillas.

—Nunca pensé que fueras tan cabrona.

Linda entrecerró los ojos y miró a Tim con sorpresa, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando.

—Y yo no pensaba que pudieras defender a un tío al que ni siquiera conoces. Al tío que le rompió el corazón a la mujer con la que salías.

Tim sintió que sus mejillas enrojecían. Era increíble que estuviera teniendo una discusión con su novia por culpa de, efectivamente, un tío al que no conocía.

—Ben me ha dicho que lo ha visto hoy en la reunión de Alcohólicos Anónimos.

Linda abrió la boca, pero la cerró con un chasquido de dientes.

Cuando se sentaron juntos otra vez en el sofá, los dos parecieron haber olvidado toda posible rencilla. Muy pegados, con las manos entrelazadas, fingieron no haber abierto la boca cuando Deirdre salió de la ducha con el pelo mojado y vestida con un pijama viejo.

CAPÍTULO 26

BOTAS VIEJAS, MIERDA NUEVA

—Despierta, dormilón. Tenemos mucho trabajo hoy.

April podía sonar casi humana cuando quería.

Adam la miró como a una extraña cuando entró en el comedor y se la encontró sentada en el sitio de su padre, rodeada de un desayuno impresionante y luciendo una sonrisa brillante. El aire del campo le sentaba bien. A su alrededor, los chicos del equipo devoraban como cavernícolas la comida de su madre. Se notaba que esa gente no había comido nada decente en su vida.

—Ha llamado ese hombre, el director del colegio. Por lo visto, han preparado algo en una cueva. ¿Una cueva, en serio? ¿Sabe esa gente lo mal que le sientan los cascos y los buzos de espeleología a la mayoría?

April puso los ojos en blanco y engulló un trozo de tarta sin darse cuenta de que un poco de crema le manchaba la barbilla. Si seguía comiendo a ese ritmo, corría el riesgo de endulzar su carácter.

—¿Investigaste algo este sitio antes de venir?

—Sé lo que es una cueva.

Adam suspiró y tomó un sorbo de café. Estaba casi frío, pero le dio igual. Había pasado una noche horrible, pensando en todo el tiempo que había perdido con sus estupideces, mientras Deirdre estaba en su propia casa.

Probablemente, cuando él avisaba de que iba a volver de visita, sus padres la sacaban a toda prisa de allí y ella se iba a vivir con Linda unos días, y volvía en cuanto él se largaba.

Se había ido del pueblo para darle el gusto a Artie, pero, de algún modo, él la había fastidiado también. Puta justicia poética.

Intentó ahogar una risa amarga, pero April debió de notar que algo le ocurría, porque dejó de comer unos segundos para mirarlo.

Fingió que se quemaba con el café y sopló, pero ella bufó, salpicando al cámara con migas. Los vio discutir como cretinos durante unos segundos, aunque solo con una pequeña parte del cerebro. La otra parte seguía enfrascada en la charla de hacía un par de noches con su madre y la escena en la reunión de antiguos alumnos con Deirdre.

Enumerar todas las formas en las que había hecho el gilipollas sería perder el tiempo: no había números en el mundo para abarcar tanta estupidez.

Pero sí había hecho algo bien. Una vez, una noche en la que se había sentido muy cerca de la derrota, cuando las luces de Nashville lo habían cegado y los gritos después de un concierto le habían parecido nada sin ella, le había escrito una carta.

Solo que la había enviado a la dirección equivocada, porque Deirdre ya no vivía allí.

Había sido la primera de muchas, todas sin respuesta. Pero ahora comprendía por qué nunca las había recibido. Una parte de su cerebro le decía que no debería hacerse muchas esperanzas, teniendo en cuenta cómo estaban las cosas, pero la pequeña parte valiente de su alma le decía que aquello podía ser la base para empezar algo nuevo.

///

—Te estamos esperando desde hace media hora, Adam. Ni siquiera las novias tardan tanto en peinarse.

La voz de April sonaba impaciente, ahora que el azúcar en sangre se había rebajado. Era una pena, porque la otra April era incluso divertida.

Lo cierto era que no quería ir a ningún lado. Necesitaba tiempo, necesitaba pensar y, sobre todo, necesitaba paciencia para no romperle la cara a su suegro.

Miró las botas que había dejado la noche anterior en el alféizar de la ventana, pero el olor a vómito le hizo volver a dejarlas allí. Por mucho que quisiera a Deirdre, no iba a ponerse aquello.

Con un suspiro, abrió el armario y rebuscó para ver qué podía encontrar. Sus botas viejas y gastadas le sonrieron desde un rincón, como un sillón de cuero gastado y cómodo que te da la bienvenida cuando llegas al hogar.

Luchó para meterse en ellas. Necesitaban un buen engrasado, pero él también lo necesitaba.

April lo miró de arriba abajo con suficiencia. Al llegar a las botas, arrugó los labios.

—¿Necesitabas tanto tiempo para eso? A partir de ahora, supervisaré yo misma el vestuario. Y tú —gritó, dirigiéndose al cámara—, evita con todas tus fuerzas enfocar a esas cosas o te degollaré.

CAPÍTULO 27

CUALQUIER COSA QUE TE HAGA SENTIR COMO UNA ESTRELLA DE ROCK

La caverna de Cumberland resonaba como si un regimiento entero estuviera tocando el tambor en su interior. La resonancia hacía que Deirdre quisiera encogerse sobre sí misma y escapar de allí, pero había tanta gente en la entrada que sería imposible, a no ser que pasara por encima de todos ellos.

Trató de recordar qué se suponía que iban a hacer allí, pero la presión creciente en el pecho le impedía concentrarse. Después de lo del día anterior, le había costado casi toda la energía que le quedaba el haber llegado a las cuevas siquiera.

Era una suerte que el eco hiciera imposible que alcanzara a comprender lo que los presentes decían, porque, por sus miradas, era evidente que hablaban de ella.

No podía negarlo. Esa mañana le habían llegado centenares de mensajes al teléfono nada más encenderlo. Sus redes sociales estaban saturadas de imágenes y vídeos de ella y Adam en la reunión de viejos alumnos. Por Dios, ¡si hasta había audios incomprensibles de lo que había sucedido en el baño grabados a través de la puerta! Alguien había llegado a colgar una foto borrosa (y repugnante) de las botas vomitadas de Adam y los había etiquetado a ambos y a medio pueblo. Si seguía a ese ritmo, la dichosa foto sería viral en unas horas.

Había gente que se mostraba a favor de Adam y otros de Deirdre. Y los bandos estaban tan polarizados que, si alguien no detenía aquello, iba camino de liarse una guerra cibernética.

Y todo por una cosa en la que no tenían ni voz ni voto. ¿Qué derecho tenían de opinar acerca de ellos unos internautas aburridos de Rusia o de Kentucky? ¡De China!

Linda también la había llamado para preguntarle si quería que la acompañase. Había escuchado la voz de Tim de fondo, así que había decidido dejar que, al menos, ellos disfrutasen un poco la vida. Pero ahora se arrepentía de estar allí, sola, en medio del vestíbulo de la cueva, con todo el mundo mirándola para ver si volvía a montar un espectáculo.

Y lo peor era que los conocía a todos. Era profesora de algunos de sus hijos. Había ido al colegio con otros. Compraban el pan en la misma panadería. Y nadie mostraba ni el más mínimo asomo de misericordia por ella.

Un foco de brillante luz azul la cegó durante unos segundos y la obligó a apartar la vista. Solo entonces se dio cuenta de que habían colocado instrumentos y micrófonos en el escenario.

Hacía años, ella había cantado allí y había soñado con que, cuando volviera, ya famosa y vieja, después de haber hecho toda una carrera, tras recorrer el mundo entero, todo el pueblo la aclamaría como a una estrella. Que le harían un homenaje como el que le estaban haciendo a Adam esa semana. Porque se suponía que ella iba a ser la única estrella que saliera de su pueblo.

Pero era a Adam al que iban a aclamar.

Su estómago, todavía sensible, aunque llevaba más de un día sin tomar nada más que caldo de pollo y té, volvió a retorcerse. Empezaba a pensar que aquel dolor no tenía nada que ver con las alitas picantes.

—Primero cantarán los niños, y después, los alumnos del instituto.

Deirdre se encogió sobre sí al escuchar la voz del director Matthews. Lo había estado evitando, pero había sonado muy cerca. De hecho, estaba tan cerca que sintió su garra opresora en el hombro antes de que pudiera pensar en escapar.

—Hopkins. Tengo entendido que está usted indispuesta.

Para su sorpresa, el director no parecía enfadado. Era tal vez la primera vez que lo veía sonriéndole. A ella. Sintió que una sonrisa diminuta empezaba a dibujarse en sus labios de un modo reflejo, aunque se borró cuando él apretó su hombro más fuerte, hasta que pudo sentir que los dedos se le clavaban en la carne.

—Sí —respondió con un hilo de voz, aunque era muy probable que él no quisiera una respuesta.

Él inspiró hondo, haciendo que su cabeza se irguiera todavía más. No era un hombre especialmente alto, pero imponía de todos modos. Iba vestido de modo impecable, y sus botas camperas y su sombrero vaquero eran tan nuevos e incongruentes con el resto de su aspecto que daban risa. O le habrían dado risa si Deirdre no se sintiera tan mal.

—Bien —dijo Matthews, evitando mirarla a los ojos, como siempre. Echó una ojeada a su alrededor, y asintió, dando su visto bueno a los chirridos de los técnicos de sonido y a las luces mareantes—. La relevo de todo este asunto. Me equivoqué al pensar que estaría usted a la altura. Como siempre, está llamando demasiado la atención, olvidando que no es usted la protagonista, señorita. No... —se calló, como si recordase que estaba hablando con una persona de verdad. Cuando al fin la miró, lo hizo como si no esperase que estuviera todavía allí—. No es esta la imagen que queremos dar de nuestro pueblo, ¿verdad?

Deirdre sintió deseos de gritar y decirle que era lo que siempre le había dicho, que no quería tener nada que ver con todo aquello. Sin embargo, que lo dijera así, mirándola de aquella manera, la hizo sentir como basura.

Porque, al fin y al cabo, ella no había hecho nada malo, joder. Ella no era la que daba mala imagen del pueblo. Ella siempre había sido una persona equilibrada y trabajadora. Y ahora que iban a salir en la tele, le daban la patada, solo por ese...

En su cabeza, se imaginó soltando todo lo que pensaba de él, de su pueblo, de los que cuchicheaban de ella y de todo lo que no les importaba. Durante unos segundos, se sintió como una estrella de *rock* en lo alto de un escenario, destrozando todo a su paso, como un huracán.

Sin embargo, al abrir los ojos, solo era la de siempre e hizo lo que hacía siempre, asentir y bajar la cabeza. Y retirarse a un rincón para rumiar su desgracia.

Su estómago dio otro vuelco mientras buscaba el sitio más oscuro de la cueva, alguno desde el que poder deslizarse más tarde sin ser vista. Porque estaba claro que allí ya no pintaba nada.

CAPÍTULO 28

VEINTE AÑOS

Adam se preguntó si Matthews había pensado utilizar todos los escenarios turísticos y de postal para su homenaje. No recordaba que se hubieran utilizado las cuevas Cumberland para ningún evento así mientras él vivía allí. Conciertos, excursiones y hasta festivales..., pero no reuniones de antiguos alumnos.

Si lo pensaba bien, debería estar orgulloso de ser el primero, pero lo cierto era que no quería estar allí, y no quería que todos lo mirasen como si fuera alguien especial y fuera a empezar a hacer algo espectacular de repente.

En el fondo, seguía siendo el mismo idiota al que sus compañeros triunfadores de clase tiraban al lago cada dos por tres, por mucho que él se hubiera empeñado en fingir que había dejado a ese Adam atrás.

—¿Sabía usted que, durante muchos años, esta cueva fue una mina de salitre? El salitre es el principal componente de la pólvora, señorita LaBelle. Con él se fabricaba la pólvora usada en las guerras de la Independencia y la Guerra Civil. Pero, si mira usted arriba, verá que esta maravilla de la naturaleza es mucho más que eso...

Adam no pudo evitar hacer lo que Matthews decía. Y estaba seguro de que también lo iban a hacer April y todos los que lo rodeaban, aunque sabía bien lo que iba a ver. Todo el techo estaba marcado con los nombres y fechas que habían visitado la cueva durante años. Esa costumbre estaba prohibida, aunque muchos habían dejado su huella en la historia a escondidas de los guías. Incluso él y Deirdre.

Dejó al pequeño grupo de la televisión con discreción y se adelantó. Los cámaras estaban tomando imágenes que luego usarían en el documental, y April fingía un interés supremo en todo lo que Matthews decía, aunque seguro que los dientes le chirriaban cada vez que le pasaba la mano por el hombro con paternalismo.

La penumbra favoreció su huida. En la cueva hacía una temperatura agradable, aunque sabía que más tarde notaría el frío.

No recordaba que fuera tan grande. Aunque lo cierto era que en las excursiones siempre había estado más pendiente de otras cosas, no de la geología.

El escenario montado le provocó sudores, aunque ver tantos micrófonos lo alivió. Eso quería decir que nadie esperaba que cantase él.

Y pensar que un día habían soñado cantar allí juntos.

—Este rincón ya está pillado. Búscate uno para ti.

La piel se le erizó como siempre que oía su voz, aunque ella estuviera enfadada, cansada. Y ya no lo quisiera.

—Pensaba que no me hablarías más.

Un ruido a sus espaldas le indicó de dónde venía la voz de Deirdre. Se giró y la vio, escondida en una grieta. No le preguntó qué hacía allí. De haber podido, él se habría escondido allí con ella, muy quieto. Muy pegado.

—Solo lo hago en defensa propia. No quiero que delates mi posición.

Adam sonrió al escuchar su mentira. Ella podía haberse callado y él no se habría dado cuenta de su presencia.

—Yo tampoco debería dejar que te acercases. Solo me quedan estas botas.

Deirdre salió de la grieta al fin. No podía verla bien, pero le pareció cansada y un poco encogida sobre sí misma.

—Puedes estar tranquilo al respecto. Respetaré tus botas. En cuanto pueda, me deslizaré como una serpiente y no volverás a verme, como siempre has querido.

Adam sintió sus palabras como una patada en la entrepierna. Ella no lo miraba, sino que miraba el escenario, como si hablara del tiempo.

—Sabes bien que no es así —dijo con tanto aire en la voz que sonó como un siseo—. Te escribí.

Ella lo miró. No lloraba ni tampoco había rabia en sus ojos, sino un infinito cansancio que le dolió en el alma.

—Sí, me escribiste una canción de mierda que deja muy claro que puedo ir buscándome a otro. Es una pena que prefiera estar sola.

—No...

Un leve chispazo de rabia encendió los ojos verdes de Deirdre.

—¿No? ¿No es eso lo que dice la canción? ¿No es eso lo que querías decir?

Adam apretó los labios y trató de detenerla cuando ella pasó a su lado.

—Te escribí hace veinte años.

Pensó que iba a pasar junto a él sin responder, pero de pronto se detuvo y lo miró.

—No sé si es cierto o estabas tan borracho y drogado que lo soñaste, pero si lo es y no respondí, ¿no crees que tal vez no era suficiente? Si no respondí, ¿no crees que debiste insistir?

Adam bajó la mano al ver que se marchaba sin esperar su respuesta. A solas, maldijo para sí mismo.

—¿Quién diablos te dice que no lo hice?

CAPÍTULO 29

LAS MEJORES CANCIONES VIENEN DE LOS CORAZONES ROTOS

Deirdre no quería escuchar las palabras que resonaban en su cabeza.

Lo que Adam había dicho era absurdo.

Si le hubiera escrito, ella lo sabría.

—¿Te vas?

A pesar del ruido y de la enorme cantidad de gente que había en la cueva, pudo reconocer la voz de Eleanor. Sintió un enorme alivio al verla. Aquella mujer había sido lo más cercano a una madre que había conocido en muchos años.

Sin decir nada, se abrazó a ella con fuerza.

—Quédate, Deirdre, por favor.

Estaba a punto de responder que la cabeza y el corazón le explotarían si se quedaba un minuto más cuando vio a Lloyd.

El padre de Adam llevaba un traje anticuado y lo miraba todo con aire distraído, como si acabara de aterrizar desde la luna. Saludaba a los que le hablaban, pero no se detenía con nadie.

Trató de recordar cuándo había sido la última vez que le había visto rodeado de tanta gente, y fue incapaz de hacerlo. Lloyd, simplemente, no estaba hecho para las multitudes.

Comprendió el ruego de su suegra y asintió con la cabeza casi sin darse cuenta.

—¿De quién fue la gran idea? —preguntó en voz baja, rezando por no tener más motivos para odiar a Adam.

—La mujer de la televisión. Dijo que sería emocionante que habláramos durante el homenaje de Adam. —Eleanor suspiró y miró casi con tristeza el escenario y todo lo que los rodeaba—. Y no te negaré que lo es..., pero creo que no comprendimos lo que significaría todo esto —añadió abriendo las manos, como si quisiera abarcar toda la cueva—. Es una sorpresa para Adam. Pensamos que le haría ilusión vernos aquí.

Deirdre suspiró y evitó su mirada. Comprendía que debían de sentirse orgullosos y abrumados por todo lo que había conseguido su hijo. Merecían estar allí, formar parte de aquello.

—Se lo merece —dijo con voz ahogada—. Y claro que le gustará veros.

—Tú también te lo merecías.

A Deirdre le sorprendió la voz de Lloyd. Eran pocas veces las que le hablaba del pasado. En general, solía relatarle viejas historias de la Guerra Civil o hablaban de las plantas que cuidaba con esmero en el jardín. Sin embargo, ella era muy consciente de que Lloyd vivía tan por igual en el pasado y en el presente que apenas los distinguía, aunque no hablasen de ello.

—Hay cosas que no tienen remedio, Lloyd —dijo, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas, a su pesar.

Él sonrió. Lo hacía pocas veces y, en esas pocas ocasiones, ella podía ver el parecido que había entre él y su hijo.

—Una vez Adam me escribió una carta. Hubo una época, hace muchos años, cuando se fue, en que escribía todo el tiempo. Me escribía a mí, a su madre, a todo el mundo. Es raro que no te escribiera a ti, cariño. En esa carta decía que las mejores canciones vienen de los corazones rotos. Y es cierto, porque por entonces hizo sus mejores canciones, incluso esa que cantan todos acerca de ti.

Deirdre jamás le había escuchado hablar tanto. Lo hacía con su calma habitual, como si tuviera todo el tiempo del mundo. A su alrededor, seguía entrando un montón de gente, pero a él le daba igual. Los técnicos seguían con las pruebas de luces y sonido, y ahora, además, unos niños, sus alumnos, habían empezado a ensayar.

—Es triste que sea necesario que los corazones se rompan para hacer buenas canciones, ¿no crees?

Lloyd le acarició la cara y le limpió las lágrimas con el pulgar.

—Creo que habría hecho buenas canciones de todas formas. Tenía alguien que le inspirase, y eso no suele fallar.

Deirdre empezó a desesperarse. Si no era bastante luchar contra Eleanor, ahora tenía que pelear contra Lloyd también.

—Os quiero mucho a los dos, en serio, pero esto ha acabado. Me he hartado de esperar, de ser la Deirdre de los lamentos de la canción y la idiota que todavía sueña con triunfar. Él siguió con su vida y yo me empeñé en estancarme. Y eso siempre es un error, ya sea aquí o en cualquier lado. Así que le he pedido el divorcio a Adam. Al menos, en eso, he decidido avanzar.

Para su sorpresa, ninguno de los dos dijo una sola palabra. Lloyd volvió a su estado habitual, como si la lúcida conversación que acababan de mantener hubiera sido un sueño, y Eleanor se limitó a asentir.

—No diré que no lo esperase, aunque siempre me quedará la esperanza de que todo se solucione un día.

Deirdre volvió a abrazar a su todavía suegra y le dio un beso.

—Adoro tu optimismo.

—El optimismo es lo que mueve el mundo, cariño.

De pronto Lloyd tiró de ella y le dio un beso. La retuvo contra sí durante unos instantes. Le sorprendió ese gesto de cariño en un hombre que, en general, aunque sabía que la amaba, evitaba el contacto físico.

—Habla con tu padre, pequeña.

CAPÍTULO 30

MEXICOMA V

HACE CASI VEINTE AÑOS

—Necesito las llaves del coche, papá. Tengo que ir a casa de Linda a estudiar.

Artie miró a su hija con una sonrisa que no le llegó a los ojos. No era ningún secreto que no apreciaba a su mejor amiga, pero esa vez, para su sorpresa, no dijo nada.

—Tendrás que llenar el depósito —le dijo, tendiéndole el llavero.

—No puede ser. Lo llené hace unos días. Antes de...

—¿Antes de qué?

Deirdre se encogió de hombros. Desde que Adam la había dejado en la puerta de su casa, hacía dos días, fingía que nada había cambiado en su vida.

Había vuelto a su dormitorio, había deshecho la maleta, había colocado la ropa en el armario y en los cajones, y se había metido en la cama, procurando pisar con cuidado para que la madera no crujiera.

Su padre estaba resfriado y lo más probable era que durmiera. Antes de irse, le había dicho que iba a casa de Linda para preparar un examen. Él le había gritado que una buena hija se quedaría en casa cuidando a su padre enfermo.

Y tal vez así fuera.

Una buena hija no se largaría con un imbécil que la dejaría tirada sin explicaciones.

Una buena hija le diría a su padre que se había casado.

Una buena hija sería capaz de mirar a su padre a los ojos y no se sentiría fatal por mentirle.

—Nada —respondió, sintiendo que la conciencia le gritaba y los nervios le hacían temblar las manos—. ¿Quieres que te traiga algo?

Artie la miró durante unos instantes, serio y callado, como si esperase. La había mirado así varias veces desde que había regresado. En ocasiones, Deirdre pensaba que su padre sabía lo que había hecho. Pero luego se decía que se lo habría dicho, que incluso le habría dedicado un sermón, haciéndola merecedora de las crueles llamas del averno.

Su mente trataba de recordarle que había escuchado su voz hablando con Adam fuera del motel, pero una vocecita insistía en que aquello era imposible. Porque su padre no podía estar mirándola con aquella tranquilidad si le hubiera robado su vida y su felicidad.

Se despidió con un gesto de él y salió de casa. Solo en la calle pudo respirar a gusto. Dentro de casa sentía que se ahogaba, que las paredes la observaban, que se cernían sobre ella. Y desde que había regresado, después de haber disfrutado de la libertad durante dos días, aquella sensación era peor que nunca.

Cuando montó en el coche vio que, en efecto, el depósito estaba casi vacío. Recordaba bien que lo había llenado el día anterior al viaje a México, por si tenían que coger el coche de su padre si Jamie se echaba para atrás.

Su padre había estado enfermo. ¿Adónde había ido para gastar todo ese carburante?

Además, todo estaba lleno de polvo. La luna delantera tenía tanta mierda que apenas veía por

dónde iba. Volvió a bajar y pasó un dedo por el cristal. Los niños habían dibujado penes y frases guarras por todas partes. Buscó un trapo en la guantera para limpiar por encima, hasta que pudiera pasar por el tren de lavado.

Al abrir la portezuela de la guantera, un montón de cosas cayeron de dentro. Volvió a guardarlas de cualquier forma, pensando que debería limpiar el coche a fondo, ahora que no iba a tener más remedio que quedárselo.

Entonces, una factura llamó su atención. Era de una gasolinera de cerca de la frontera de México de hacía dos días.

El corazón dio un brinco en su pecho cuando reconoció los datos de la tarjeta de crédito de su padre.

Los ojos se le llenaron de lágrimas al comprender que las dos únicas personas que le quedaban en el mundo la habían traicionado sin pudor. Y que, probablemente, los dos se habían justificado ante sus propias conciencias pensando que lo hacían por su bien.

CAPÍTULO 31

MI CANCIÓN

Adam sudaba.

Se suponía que, con el tiempo, uno se acostumbraba a estar bajo los focos, a que todas las caras le mirasen a uno, a que los ojos estuvieran pendientes de cada movimiento.

En realidad, él nunca había estado preparado para algo así. Él había nacido para estar detrás.

En el escenario había un montón de niños cantando. Era increíble que alguien se hubiera tomado la molestia de transformar sus canciones en una melodía coral. Sonaba curioso, hermoso y emocionante.

Entre el público, su madre lloraba, podía verla. Y él sentía ganas de llorar también. A su lado, con la mano de su padre tomada, Deirdre intentaba no mirar a nada en concreto, pero estaba atenta a Lloyd.

—Te quedan unos minutos para salir al escenario. Dime qué tal te sientes.

Siempre aquella maldita pregunta.

April estaba con él, a un lado del escenario, contemplando a los niños cantores con un gesto aburrido. La sorpresa por la espectacularidad de la cueva se le había pasado hacía rato y todo aquello se le empezaba a hacer largo.

Muy cerca, los cámaras intentaban captar la emoción del entorno. Enfocaban a sus padres, a los niños, al director Matthews, y a él. Y a Deirdre, por supuesto, por si la cazaban mirándolo o dirigiéndole alguna sonrisa significativa. O una maldición balbuceada entre dientes.

—No todos los días se vive algo así.

—¿Y? ¡Oh, vamos, expláyate! Tienes aquí a todo tu pueblo a tus pies. Seguro que eso te la pone un poco dura.

Adam rio y miró a April. Comprendía a esa mujer. Hacer de aquel material algo entretenido y capaz de enganchar a una audiencia de millones era una labor digna de un titán.

—¿Se puede decir eso en antena?

Ella le guiñó un ojo.

—Puedes decir que estás excitado. Te juro que no le diré a nadie lo que querías decir en realidad.

Adam suspiró y volvió a mirar hacia el público. Deirdre estaba mirando al reloj, como si a ella también aquello se le estuviera haciendo eterno. Comprendía que se quedaba por acompañar a sus padres, que, de ser por él, se habría largado hacía tiempo.

Bien, era una suerte que estuviera allí, porque él tenía algo que decirle.

Los aplausos le anunciaron que su momento había llegado. Los alumnos del instituto habían terminado su recital y comenzaron a desfilarse ante él, riendo y pidiéndole autógrafos y fotografías. El director Matthews apareció de la nada para despejar el ambiente, como si los muchachos fueran una plaga.

Los nervios le nublaron la vista como hacía mucho tiempo que no le sucedía. Cogió la guitarra que le tendía un técnico de sonido y le dio las gracias antes de dar los últimos pasos hacia

el escenario.

La luz lo dejó ciego durante unos segundos. Aprovechó para ajustarse la cinta de la guitarra y comprobar que estaba afinada.

El corazón le palpitaba a tanta velocidad que sentía que se iba a marear, así que intentó respirar hondo, como le habían enseñado en el curso para controlar la ansiedad. Contó para sí hasta diez y volvió a empezar, hasta que todo volvió a calmarse. El pulso no volvería a la normalidad hasta que pasaran horas, pero, al menos, podía ver lo que tenía delante.

Ponerse delante del público siempre era jodido, pero aquel era distinto. Era su familia, la gente que lo había conocido desde que era un niño. La mujer a la que le debía todo.

—Cuando me fui de aquí, llevaba en el coche esta guitarra y un cuaderno con canciones, y ninguno de ellos era mío —dijo sin levantar la vista todavía. Un murmullo llenó la cueva, que reverberó con el eco. Incluso hubo quien rio, pensando que bromeaba, pero le dio igual—. No los robé de forma consciente, os lo juro. Me los encontré al llegar a Nashville y, aunque suene muy egoísta, admito que lo fue, fueron mi consuelo durante mucho tiempo. Durante años, he usado esa guitarra y, sobre todo, ese cuaderno para componer todas y cada una de mis canciones. Algunas veces era una frase —sus dedos empezaron a tocar una melodía casi por voluntad propia—, y otras era solo una palabra. Mi agente y mi abogado decían que era una estupidez, que nadie en su sano juicio haría algo semejante, pero ahí están, en los libretos de los discos, si las buscáis, las siglas de la persona que me ayudó a componer todas esas canciones, la que las hizo mejores. —Tocó durante unos segundos más, una melodía perezosa que volvía una y otra vez al inicio. Las voces se habían acallado, como si los presentes temieran perderse algo. Uno de los cámaras se había acercado, pero a Adam le dio igual. Su pulso se había calmado y a esas alturas tenía la sensación de hablar solo para ella. Ya había escrito todo aquello antes, más de una vez, siempre sin respuesta. Ahora, al menos, era seguro que ella lo escucharía—. No voy a negar que esperé que un día te dieras cuenta, que lo vieras y me llamaras. Soy un poco gilipollas, ya lo sabes. Me dio igual que no lo hicieras. Aquello era tuyo y para ti. Siempre, siempre, estabas presente, y quiero que todo el mundo lo sepa.

Alguien de entre el público se levantó y uno de los focos se centró en él.

Pero no era Deirdre.

Su madre le daba la espalda y se había inclinado sobre alguien a su lado.

—¿Hay un médico en la sala?

La voz angustiada de Deirdre levantó el eco en la cueva. A su alrededor todo el mundo se movió, formando un corrillo curioso. En lugar de ayudar, solo parecían capaces de observar cómo Lloyd se encogía sobre sí mismo y gemía mientras ella y Eleanor trataban de formar un círculo protector a su alrededor.

Adam soltó la guitarra y saltó del escenario, olvidando todo lo que lo rodeaba.

Sintió que una sombra lo seguía.

—Como no apartes eso, te juro que te la parto contra la cara —le dijo al cámara, que apartó el aparato y se detuvo a unos metros.

Cuando llegó junto a sus padres y Deirdre, Lloyd lo miró con alivio.

—Lo he intentado, hijo.

Adam intentó sonreír y se agachó junto a él. Sabía lo duro que debía de haber resultado para su padre llegar hasta allí, y más aún aguantar toda aquella parafernalia.

—¿Nos vamos a casa?

Su padre asintió, aliviado, y se colgó de su brazo.

A Adam le dio igual que todo el mundo mirase y que fueran a ser la comidilla de todo el pueblo. También que hubiera cámaras grabando. Para él, lo más importante era su padre y su bienestar. Por él, toda aquella gente se podía ir a tomar por culo.

CAPÍTULO 32

ALGUNAS COSAS NO CAMBIAN

En el escenario, Adam soltaba una sarta de tonterías que hacían que la cabeza le diera vueltas. A su alrededor la gente había dejado de cuchichear y grababa con sus teléfonos la escena. Desde luego, no todos los días era uno testigo de una escena de película... o de locura.

A su lado, Lloyd le apretaba la mano con tanta fuerza que le hacía daño.

No debería estar allí, ni ella tampoco.

Eleanor, en cambio, parecía emocionada con el discurso de su hijo. Se había echado hacia adelante en su asiento y cualquiera diría que iba a saltar en cualquier momento. Todo era posible.

A ella le encantaría también poder disfrutar del discurso de Adam, aunque la hiciera sentirse incómoda y estuviera removiendo cosas que creía que estaban superadas, pero no podía hacerlo. No era solo que toda aquella gente asomada a su intimidad la incomodara, sino que había un murmullo desagradable que le impedía escuchar bien. Tardó en darse cuenta de que se trataba de su suegro.

—¿Estás bien?

Lloyd no respondió. Movía los labios, pero apenas salía un susurro de ellos. Al acercarse para intentar escucharlo, pudo ver que sudaba y estaba pálido. Intentó soltar su mano para levantarse y salir de allí con él, pero Lloyd la agarró todavía con más fuerza.

Ahogó un grito de dolor. Sabía que él no era consciente de que le estaba haciendo daño.

—Eleanor —llamó.

Pero su suegra no la escuchaba. Adam seguía hablando y no tenía pinta de que su discurso fuera a ser de los cortos. Ella había perdido el hilo hacía rato y la verdad era que en ese momento le importaba poco lo que tuviera que decir. La crisis estaba en el patio de butacas.

—Eleanor, por favor.

Su suegra la miró al fin. Algo en su mirada o en su tono de voz debió de alertarla, porque se puso de pie, haciendo que los de la fila de atrás protestaran.

Fue como si alguien hubiera hecho una señal, porque Lloyd tiró de Deirdre y cayó sobre él, sintiendo que todo el brazo le ardía. Su rostro quedó tan cerca de él que pudo entender lo que decía: nombres de batallas de la Guerra de Secesión, las fechas en las que se habían celebrado y los generales que habían luchado en ellas. Sabía por experiencia que aquello no era una buena señal. Aquella era la manera en que Lloyd trataba de anclarse al presente cuando estaba a punto de sufrir un ataque de pánico.

—¿Hay un médico en la sala?

Un foco estuvo a punto de dejarla ciega nada más abrir la boca. Si antes solo unos pocos la habían mirado de reojo, sospechando que Adam hablaba de ella, ahora se ganó la atención de todos.

Solo fue consciente de que Adam había llegado a su lado cuando notó que alguien soltaba los dedos de Lloyd poco a poco. El dolor fue casi insoportable durante unos instantes, pero ahogó el quejido para que no se dieran cuenta de que le estaba haciendo daño.

Se levantó como pudo y ayudó a Eleanor a apartar a la gente mientras Adam sacaba a su padre de la cueva.

Lloyd parecía haber encogido y se refugiaba entre los brazos de su hijo, mientras en la cueva el eco de las voces se hacía atronador.

Cuando estaba a punto de salir, chocó con alguien que estaba grabando toda la escena con un teléfono. Sintió rabia, pero también tristeza de que un vecino suyo, alguien a quien apreciaba, considerase divertido grabar el sufrimiento de una familia.

///

—Creo que estará mejor en casa. Ahora está mucho más tranquilo.

Adam asentía mientras la doctora Livingston le confirmaba que lo que había sufrido su padre había sido un ataque de ansiedad. Demasiada gente, demasiadas emociones, demasiadas luces. Lloyd apenas salía de casa y todo aquello lo había superado.

Deirdre suspiró y volvió a mirar su teléfono. No sabía ni por qué no lo había apagado a esas alturas. En las horas que llevaba en esa sala de espera había recibido como mil mensajes acerca de lo que había ocurrido en la cueva. Como estaba harta del bombardeo de mensajes sobre su vida privada, había eliminado sus cuentas en las redes sociales, pero Linda se encargaba de hacerle llegar lo que decían de ella en forma de capturas de pantalla o resúmenes. También había vídeos y memes, pero esos ni los abría. A esas alturas ya no sabía si eran graciosos, humillantes o dignos de una orden de alejamiento.

Y solo habían pasado unos días. El día en que se estrenara el dichoso documental, tendría que mudarse de planeta.

Deirdre y Adam. #amoreterno #inspiración

El discurso más inspirador que he escuchado en mi vida. Quiero tatuármelo, quiero convertirlo en lo que me guíe. #DeirdreAdam #inspiracióneterna #amor

Si después de escuchar todo eso, no le has tirado ya tus bragas, ¡¡no sé qué más quieres, nena!! Me lo quedo yo. #Adam #mecomolasuñas

Linda también le había mandado una copia del vídeo del discurso de Adam en la cueva, pero no tenía ganas ni aquel era el lugar indicado para verlo. Para empezar, Eleanor estaba allí, pegada a ella, en silencio, pálida como una muñeca de cera. Y también estaba Adam, a solo unos metros de distancia, ni demasiado cerca ni demasiado lejos. Era como si todo lo que tenía que decir lo hubiera soltado en el escenario y apenas le había dirigido la palabra desde que habían llegado.

Joder, debía de ser bueno para haberse quedado mudo de repente. Lástima que ella hubiera tenido otras cosas más importantes que atender.

Además, le dolía la mano.

Intentó moverla, pero la tenía rígida como un palo.

Se le escaparon dos lágrimas, pero no supo si eran de frustración o de dolor.

Quería irse de allí. No pintaba nada ahí sentada.

Pero quería a Lloyd y a Eleanor. Sin ellos, no tenía ni idea de lo que habría sido de ella.

—Tu mano tiene una pinta horrible.

—Por dentro estoy bastante peor. Y Linda me va a dejar sin batería si no deja de mandarme tonterías. Todo este asunto es ridículo.

Adam había acabado de hablar con la doctora y se había parado frente a ella. Siguió con los ojos cerrados. No quería mirarlo. No quería verlo más. Quería seguir adelante con lo que había planeado por una vez en la vida.

—Todo este «asunto», como tú lo llamas, es nuestra vida. Deberíamos hablar de lo que pasó de verdad.

Deirdre sintió otra de aquellas punzadas en el estómago. Era una suerte que lo tuviera vacío, porque, de lo contrario, le habría arruinado también aquellas botas.

—Nosotros nunca hemos hablado de nada en realidad. Y ahora ya es tarde.

Adam bufó.

—Menuda gilipollez. Nunca es tarde hasta que estás a dos metros bajo tierra. Además, es posible que yo sea imbécil, pero no tanto como para no darme cuenta de que eres la única mujer a la que querré nunca. Llevo veinte años intentando decírtelo, solo que no me escuchas.

Deirdre abrió los ojos. Adam estaba plantado frente a ella, con las manos en los bolsillos y aquella postura tan suya que le permitía descargar el peso de la pierna izquierda sobre la derecha. Desde que se la había roto a los catorce años, nunca le había dejado de molestar. Además, le había quedado aquella pequeña cojera, casi inapreciable, que le daba un caminar como de vaquero, muy a lo John Wayne. Aquella forma de andar le había parecido siempre muy *sexy*, y también esa postura. Algunas cosas no cambiaban, por mucho que lo intentase. Su cercanía todavía la afectaba. La afectaría siempre, por mucho que intentase negárselo a sí misma. Nunca querría a otro como a él. Y lo sabía porque lo había intentado.

—Si llevas tantos años intentando decirme algo y no lo he entendido, igual es que no estás usando el método adecuado. Ya te lo dije. Estoy cansada y me duele todo, no tengo tiempo para esto.

Adam abrió la boca, pero se calló cuando ella se puso en pie y pasó a su lado. De pronto él se pasó una mano por el pelo. Tenía casi cuarenta años y todavía no sabía lo que era un peinado decente. Su risa llenó el corredor hasta que un enfermero lo miró con mala cara.

—Joder, será hijo de puta —murmuró Adam, mirando de reojo al enfermero hasta que este apartó la mirada—. ¿Te dio tu padre las cartas que te escribí? ¿Te dijo siquiera que lo había hecho?

Deirdre fingió que no lo había oído. Siguió caminando, procurando mantener el mismo paso, como si no estuviera sintiendo deseos de correr sin parar.

Aquella era la maldita pieza que faltaba. Pero no podía creerlo. Su padre era un mentiroso y un manipulador, pero no podía haber hecho aquello, ¿verdad?

CAPÍTULO 33

SI ESTÁS LEYENDO ESTO

Adam no se había dado cuenta siquiera de que hacía horas que no veía a April hasta que se la encontró a las puertas de la casa de sus padres.

La había olvidado por completo; a ella, al equipo de grabación, el puto programa de televisión, el contrato que tenía con la productora, y que les había vendido su alma por unos cuantos miles.

Ayudó a su padre a bajar del coche para no tener que aguantar su mirada llena de censura. No habían podido entrar porque no tenían llave. Su madre podía ser muy agradable y acogedora, un ejemplo perfecto de la hospitalidad sureña, pero no iba a dejarles las puertas francas de su casa histórica a unos desconocidos. Ni siquiera por dinero, ni aunque se le hubiera ocurrido hacerlo en mitad de todo el drama sufrido en las horas anteriores.

Hacía rato que había anochecido y hacía frío. Al final, habían tenido que suplicar en el hospital que le dieran el alta a su padre. Todos sabían que en casa estaría mejor, pero a veces la burocracia era un auténtico fastidio.

Adam lo comprendía. Sabía que aquella gente quería lo mejor para Lloyd, pero ver a su padre con aquel camisón, en una habitación desangelada, y a su madre con no mucho mejor aspecto que él era más importante en ese momento que las caras mustias del personal médico. Se los llevaría a casa, como si tenía que cargarlos sobre la espalda. También le habría gustado cargar con Deirdre, aunque aquello sonara a troglodita, pero ella todavía tenía cosas que solucionar.

Solo al ver a April fue consciente de lo complicado que podría haber sido aquello. Mucho más de lo que lo había sido. En algún momento, las cámaras se habían apagado y se lo debía a esa mujer que parecía no tener corazón.

Tendría que darle las gracias, pero no delante de los cretinos. Y la compensaría, pero no esa noche.

Al pasar por su lado, la saludó con la cabeza y ella le sonrió apenas. No preguntó cómo estaba Lloyd. Esas cosas no se preguntaban. Su padre estaba allí, y eso era bastante. Todos entraron en silencio, y la casa los recibió con sus crujidos y su aroma a madera y piedra vieja. A hogar.

Cariño mío:

Si estás leyendo esto, es un avance con respecto a los últimos veinte años.

Cuando antes me has dicho que me estaba equivocando de método para llegar a ti, me he dado cuenta de que no has leído nada de lo que te he escrito. Nada.

Bien, no voy a reprocharte que no lo hayas hecho. Me comporté como un gilipollas, y lo peor es que sigo haciéndolo. Tal vez que es soy un gilipollas, y esa es una explicación sencilla para el hecho de que nunca nada me salga bien.

Pero a veces las explicaciones sencillas no bastan.

Llevo horas despierto intentando comprender por qué no has leído mis cartas. Y ahora entiendo que no te han llegado.

En algún lugar del camino, todo lo que te he dicho se ha perdido.

Puedo ver tu cara en este momento con toda claridad. Dudas. Es posible que tengas ganas de tirar esto a la basura. Puedes hacerlo, no te lo reprocharía.

Porque tienes razón. Te escribí y podría haberte visitado, podría haberte llamado, en serio, y no rendirme cada vez que no me cogías el teléfono, y llorar delante de una botella porque todo salía mal. Era más sencillo echarte a ti la culpa, al destino, a la lluvia o a lo que fuera.

Admitiré ahora que quiero ser sincero y no tengo que ver tus ojos, los ojos más bonitos que he visto nunca, hasta cuando me lanzan puñales, que sentía alivio cuando no respondías. Pero, a la vez, me jode pensar que nos hemos perdido media vida juntos.

Podría haberlo hecho de mil formas. Era más sencillo hacer las cosas de un modo indirecto y seguro que poner la cara y los huevos. Pero te escribí, sabiendo bien que esas cartas... bien, que podrían perderse.

Y se perdieron.

Todas ellas.

Todas.

¿No es extraño?

Yo no sabía que poco después de que yo me fuera tú ya vivías con mis padres. Mientras tanto, yo te escribía a casa de tu padre, donde pensaba que estabas. Y esas cartas se perdían siempre.

No le he preguntado a mi madre por qué viniste aquí, por qué discutiste con tu padre. Solo sé que no habláis. Quizá debas preguntarle por todas las cartas que te ocultó.

Y también por el resto de cosas que hizo.

Te quiere siempre,

el gilipollas de tu marido... todavía.

P.D.: Te devuelvo tu cuaderno al fin. Sin él sentiré que me falta parte de mi corazón, pero estoy acostumbrado a vivir sin él y sin ti. Nadie debería estar acostumbrado a vivir así. Aunque, si lo pienso, creo que nunca lo estuve de verdad. Si me miro en el espejo, veo que no estoy completo.

Adam miró las hojas de papel que había rellenado con su letra rápida y fea. El cuaderno estaba lleno de arañazos y manchas, pero lo había acompañado durante tantos años que formaba parte de él tanto como su mano.

Al principio, solo aparecía la letra de Deirdre, clara e infantil. Pequeños dibujos, frases, alguna foto o postal. El envoltorio de unos bombones que se habían comido juntos.

Sus canciones, que había soñado cantar un día y él había usado como si fuera un pirata.

Se recostó en la cama, que crujió bajo su peso.

Esa cama también la iban a compartir. Y la foto que ahora adornaba el cartel del homenaje iba a adornar la mesilla de noche que sostenía la lámpara. Era curioso que Deirdre hubiera escogido justo esa, que todavía existiera.

Hacía unos meses, se habría levantado y se habría tomado lo primero que tuviera a mano para ahogar la inquietud que lo ahogaba, ya fuera alcohol o droga, cualquier medicamento le bastaba. Ahora se sentó y volvió a abrir el cuaderno. Repasó las primeras páginas. En un momento

dato, empezaba a aparecer su letra.

Releyó lo que había escrito. A lo mejor no era una maravilla, pero era sincero. Siempre había pensado que sus letras eran torpes, y no sencillas y directas como las de Deirdre. Les faltaba ritmo y algo más, pero no sabía lo que era. Por eso necesitaba completarlas con las canciones del cuaderno. Pero toda aquella parrafada le había salido del corazón. Si la hacía reaccionar, si hacía que todo se moviera en alguna dirección, era suficiente. Porque necesitaba que todo se aclarase de una maldita vez.

Necesitaba que ella supiera la verdad, que él no había sido el único culpable de aquella maldición.

En definitiva, se dijo, escribir aquello y hacérselo llegar, sabiendo que lo leería de verdad, después de tantos años perdidos, sería el único paso que había dado hacia su salvación o su perdición definitiva en veinte años.

Y aquello ya era un avance.

CAPÍTULO 34

MEXICOMA VI

HACE CASI VEINTE AÑOS

Deirdre entró en la iglesia y, como siempre, sintió que se ahogaba.

Desde la muerte de su madre, aquel sitio no había vuelto a ser igual. A veces todavía cerraba los ojos y veía su féretro en el altar, rodeado de cirios y flores. Su rostro hermoso y delgado, maquillado de un modo que le pareció espantoso, rodeado del pelo castaño de su peluca y del satén blanco que su padre había escogido, la aterraba.

No parecía dormida. No, aquello era una enorme mentira.

Estaba segura de que, en cuanto toda aquella gente se fuera, se levantaría y, al abrir la boca, le asomarían dos colmillos finos y afilados y vendría a por ella por la noche. Porque aquella no era su madre, sino un monstruo.

Sin embargo, debía aparentar calma y fingir que estaba triste y no tenía miedo.

Ahora, dos años después del funeral de Liz, siempre que entraba, durante dos minutos enteros, todo aquel miedo volvía a ella. Era como si su madre monstruo fuera a aparecer por detrás del altar, delgada y con la peluca pegada al cráneo pelado.

Solo que ahora no había solo un monstruo esperándola. Este monstruo no tenía colmillos, sino una mirada llena de censura, pero le daba tanto miedo como el cadáver que había yacido en una caja. Pero daba igual. Tenía que enfrentarlos, o no sabría jamás la verdad. Temblaba y la boca le sabía a metal, como siempre que desfilaba y cantaba delante de desconocidos, pero no temblaba solo por el miedo a ellos, sino de rabia.

Su padre estaba agachado junto a uno de los bancos, comprobando una de las patas, que cojeaba.

Aquella iglesia era vieja y necesitaba inversiones que no llegaban. Los feligreses no se prodigaban demasiado últimamente. Algún día, el edificio se caería sobre los pecadores que no extendían la mano generosa, decía.

La escuchó entrar, pero no se levantó.

Para él, ella no significaba nada, era evidente. El día en que ella había renunciado a ser una estrella, había dejado de importarle. La niña que iba a ser Miss América y una estrella de la canción, que actuaría en Hollywood, que cumpliría todos los sueños de Artie, ya no brillaría más.

—Fuiste a México. Me pareció oírte, pero quise pensar que era un sueño.

No fue una pregunta, pero tampoco una acusación.

Quería que lo negara. Le dio la oportunidad de hacerlo. Tenía que hacerlo.

La señora Swanson, que todavía tocaba de vez en cuando el órgano, aunque debía de tener más años que Matusalén, dejó que la última nota resonara bajo el techo, hasta que se desvaneció. Era la mayor cotilla del pueblo, aunque para todos era una buena cristiana y gran persona, alguien intachable, como solo podía serlo lo más cercano a una mano derecha que tenía Artie.

Artie se irguió y la miró al fin. No se acercó, pero tampoco fingió no entender de qué le hablaba.

—Lo hice por tu bien. Ese muchacho no te conviene. Mira lo que ha hecho de ti.

El desprecio en su voz era más que suficiente como para que Deirdre comprendiera por qué su padre ya no la miraba jamás. Por qué ya no la tocaba ni la besaba antes de irse a la cama. Ya no era su niña, ni su estrella. Ahora era impura y merecía tan poco la pena perder el tiempo con ella como con el resto de chicas.

—Me ha hecho feliz. Me quiere. ¿Es eso un crimen?

Artie rio. Su carcajada seca, seguida de una tos más seca todavía, reverberó en la iglesia como la nota del órgano lo había hecho poco antes.

—El muchacho de los Elliot ni siquiera protestó —dijo con desprecio, como si su nombre no tuviera importancia. Sus padres eran indignos, así que toda la familia lo era—. Te dejó en la puerta a la mínima insinuación. ¿A eso le llamas amor?

Deirdre sintió un cansancio infinito ante esas palabras. ¿Qué podía responder a aquello, sino que era cierto? Si Adam la quisiera la mitad de lo que ella lo amaba, habría luchado, y le habría importado una mierda lo que su padre o cualquiera tuviera que decir al respecto.

—¿Qué sabrás tú de amor? —dijo Deirdre, sin embargo, rebelde a su pesar, con los ojos secos. Adam había pecado, pero había sido Artie el que lo había empujado a hacerlo.

Sentía que los ojos le ardían, pero no por las lágrimas. No iba a llorar, y menos por ese hombre.

Artie no respondió. Se agachó y siguió trabajando en la pata coja del banco, como si aquel maldito mueble fuera más importante que el corazón roto de su hija.

Cuando regresó a casa, ella ya se había ido, sin dejar una nota siquiera. Solo sus llaves sobre la mesa de la cocina. Se había llevado un poco de ropa y una foto de su madre y ella, sin Artie.

Y se dirigió al único lugar donde sabía que le ofrecerían un hogar de verdad, sin pensar que el hecho de que ese lugar fuera la casa de aquellos que él más despreciaba acabaría por enterrar el poco cariño que su padre sentía por ella.

CAPÍTULO 35

SANTUARIO

Deirdre intentó hacer memoria, pero, nada más recordar la última vez que había pisado la iglesia de su padre, decidió que el olvido era bueno. En ocasiones, recordar era un auténtico castigo.

Cuando pasaba por delante camino al trabajo, se había fijado en que el tejado era nuevo, pero resultaba que también el interior era distinto.

Parecía que las cosas iban bien en la parroquia. Tejado nuevo, bancos nuevos, suelo nuevo, nuevas colgaduras. Todo olía a nuevo.

Cuando era niña, había pasado allí más tiempo que en su propia casa. De hecho, incluso había dormido allí muchas noches, cuando su padre estaba preparando eventos especiales, ofrendas, vigiliass, o en Navidad, cuando todo el pueblo se volcaba en las celebraciones. En esas ocasiones, la iglesia era un lugar brillante y casi mágico, lleno de luces y olor a velas, sobre todo, porque Liz todavía estaba allí, haciendo que todo el mundo se sintiera feliz e incluso su padre pareciera humano. Una vez que ella se fue, también algo en el espíritu de la iglesia pareció irse con ella. El corazón de su padre, desde luego, había muerto con su madre.

Conocía el edificio como la palma de su mano, mejor que el parque donde los otros niños, los niños de los que su padre quería separarla porque podían manchar su pureza, jugaban y se revolcaban y reían, felices.

Por entonces no le importaba. Le gustaban el silencio, el eco que reverberaba y le devolvía su voz multiplicada cuando cantaba, y el sonido del órgano que la señora Swanson tocaba con sus manos arrugadas y pálidas.

Era su santuario.

Y un día dejó de serlo.

Fue como si la Tierra se torciera un poco hacia la izquierda. Solo un par de grados. Lo justo para que todo dejara de estar en su sitio. El resto de la gente ni siquiera lo notó. O, si lo notaron, les dio igual.

Su madre dejó de estar.

Su padre dejó de sonreír.

Adam apareció en su horizonte.

—¿Tiene que volver él para que vengas a verme?

Deirdre sintió rabia hacia su padre, una rabia que rozaba el odio.

A todo el mundo le gustaba creer que los padres hacían las cosas por el bien de los seres que aman, pero Deirdre había dudado muchas veces que aquello fuera cierto.

Su padre la había preparado para el triunfo, pero la había abandonado en el momento en que ella había decidido que aquello no la haría feliz. Él no quería una hija normal y corriente, como las hijas de los demás. Y luego la había separado del hombre al que quería, como si vengarse de ella arrebatándole todo lo que amaba fuera su forma de tomarse la revancha, como si fuera una especie de dios de la antigüedad. Había destruido el mundo que había creado para ella para

castigarla por su pecado. Y se sentía muy satisfecho por ello.

—Los dos vivimos a la misma distancia el uno del otro. Tú también puedes venir a verme cuando quieras.

Artie no sonrió. La miró de arriba abajo con aire crítico. Sin duda pensaba que se había echado a perder. Y no le faltaba razón. La niña guapa que iba para Miss América ahora no pasaba de mujer atractiva de treinta y tantos.

—Después de lo que oí la última vez que hablamos, creo que es mejor que lo dejemos como está.

Deirdre apretó los labios. Lo peor de su padre no era su orgullo, sino que de verdad pensara que había hecho bien, aunque hubiera destrozado su corazón y ella no hubiera vuelto a hablarle. Veinte años después, seguía pensando que lo que había hecho era justo.

—¿Me escribió?

Al fin una pequeña reacción. No fue un gesto propiamente, porque su padre apenas se movió, pero todavía lo conocía lo suficiente como para saber que Adam no le había mentado. Lo que le había dicho la noche anterior en el hospital y decía el cuaderno que había recibido esa mañana era cierto. Y lo que insinuaba, también: su padre estaba detrás de todo, y mucho más de lo que había pensado.

Se lo había encontrado en el buzón, sin envolver y sin una sola nota. Adam no le había tocado al timbre para dárselo en mano. Lo más probable era que no quisiera volver a discutir, y lo comprendía, pero también entendía que no era fácil hacer aquello, porque ella no iba a dejarlo hablar.

Había pasado las páginas tras media hora en silencio, contemplando las guardas de cuero falso. Ese cuaderno se lo había regalado su madre al cumplir los quince, poco antes de morir.

—Escribe tus sueños —le había dicho, como si supiera que solo iba a quedarle eso en la vida.

El café se había quedado frío a un lado de su codo. Junto a cada letra de canción, había una nota escrita con la letra horrible y descuidada de Adam.

Al principio, le costó comprender lo que decía. Había frases subrayadas aquí y allá. Títulos de canciones que no eran suyas. Luego, fue entendiendo. Era lo que había dicho en la cueva. Eran las frases que había usado en sus propias canciones. Había palabras de todas y cada una de sus canciones subrayadas. De todas.

Debió de tardar un par de horas en leer todo lo que había en aquel cuaderno. Tal vez más.

Después de veinte años pensando que él la había olvidado, que había traicionado su sueño, resultaba que ese maldito idiota estaba usando su cuaderno para hacer su música.

Sin preguntarle, sin decírselo.

El muy gilipollas.

Y luego, tras dos hojas en blanco, aquella... no supo si llamarlo carta.

Sin aliento, había tenido que leer dos, tres veces algunas de las líneas para llegar a comprender lo que decía. Su padre lo sabía. Y, como siempre, había decidido por ella.

Incluso ahora, le daba igual lo que ella sintiera. Artie seguía dándole la espalda, como si toda conversación hubiera terminado por su parte.

—Me prometió que te dejaría en paz, pero no cumplió su palabra. Ese cretino no tiene la fuerza de voluntad necesaria para eso ni para nada.

Deirdre sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, tanto de rabia como de dolor. A cualquier otro le preguntaría qué le había dicho para convencerlo de que la dejara, pero le dio igual. Ahora aquello era lo de menos. Fuera lo que fuera, estaba segura de que era mentira. Aquella mentira había destrozado sus vidas. Y a ese hombre le importaba una mierda.

—¿Qué más me ocultaste? —Artie empezó a caminar, alejándose de ella con paso rápido y seguro—. ¿Qué más, joder?

Artie chasqueó la lengua contra el paladar, como si su parloteo infantil lo siguiera desesperando, como cuando era una niña.

—Nada de eso tiene importancia ahora. Ya me cobré todo lo que me robasteis.

Deirdre sintió sus palabras como un mazazo. Sintió que todo lo que hubiera podido atarla a ese hombre y a aquel lugar desaparecía de pronto. Dolía, pero las mentiras dolían mucho más.

Sin una palabra más, salió sin mirar atrás.

CAPÍTULO 36

WHISKY DE TENNESSEE

—¿Seguro que no te apetece darle un sorbito?

Adam entrecerró los ojos y dedicó a April una sonrisa socarrona.

—No, gracias.

April se encogió de hombros y fingió una lástima enorme por él al tiempo que volvía a probar el *whisky* que le habían servido. Luego se recostó contra el asiento de madera y lo miró como quien no sabe qué esperar.

—Si me hubieras contado todo este culebrón antes, habría sido más sencillo. Con un guion, todo funciona siempre mejor, precioso mío.

Adam le guiñó un ojo y se llevó la pajita a los labios. El sabor dulzón del refresco lo empalagó, pero la tentación de tomar algo más fuerte empezaba a rozar un umbral peligroso y era mejor tener las manos y los labios ocupados.

—Si te lo hubiera dicho antes de venir, habrías preparado una campaña de acoso y derribo contra Deirdre, y no quiero eso.

April dejó el vaso de *whisky* en la mesa con un golpe y dejó escapar una risa divertida.

—Ya, tú quieres que se rinda a tus pies, después de todas las veces que la has cagado. ¿Eres idiota o qué?

Ahora le tocó a él el turno de encogerse de hombros.

—Al menos, ya lo sabe todo, o casi.

April levantó las manos y empezó a enumerar con los dedos.

—Veamos, sabe que su padre os separó, pero también que tú te dejaste convencer, lo cual tampoco es que te deje en buen lugar. Sabe que usaste sus canciones como base de las tuyas, y sin permiso. Podría denunciarte, no sé si lo sabes. ¿Y qué más?

Adam emitió una risa nerviosa. Tal y como ella lo exponía, la situación no era tan optimista como había pensado.

—¿Te parece poco?

—No, déjame, seguro que nos dejamos algo. —April fingió pensar—. Está lo de que nunca viniste a verla, lo de las drogas y el alcohol y lo de los líos de faldas. Y lo de la famosa canción donde le recomiendas que se busque a otro. Eso está muy feo, chico.

Adam mordió la pajita, deseando que fuera el cuello de April. No había duda de que la presentadora estaba disfrutando.

—Pues da la casualidad de que a mí me parece la parte más generosa de todas. Si no podía estar conmigo, ¿acaso no podía buscar a alguien con quien ser feliz?

April se acercó a él por encima de la mesa, con cuidado de no manchar su blusa con los restos de bebida.

—Me creería que lo dices en serio si no tuvieras los dientes apretados y los ojos a punto de salirse de las órbitas. Además, nunca hubo nada que os impidiera estar juntos en realidad, salvo vuestra estupidez.

Adam se separó de ella, como si la presentadora fuera una cobra que intentase hipnotizarlo con aquellos ojos brillantes y llenos de seguridad.

—Tú lo ves todo muy fácil, como si fuera tan sencillo como llegar a su puerta y decirle: «eh, nena, te quiero. Vámonos rumbo al sur, hacia esa puesta de sol cegadora».

April separó las manos y señaló el cielo.

—¿Ves? Cuando quieres, eres un romántico. Aunque no rima, si pegará en una canción de esas tuyas tan llenas de llantos y gimoteos.

Adam sacudió la cabeza. Si seguían a ese ritmo, acabaría cogiéndole el gusto a esa mujer y a sus insultos nada velados.

—Estás loca. Las cosas no son así de sencillas.

—Y tú eres un cobarde, pero me caes medio bien. A ratos. —De pronto, sacó el teléfono del bolso y lo miró como si le costara enfocar la pantalla—. Tienes dos días para solucionar este asunto, vaquero. Luego toca volver a Nashville para rodar en tu estudio de grabación y montar todo este rollazo, a ver si sacamos algo útil. En serio —lo miró, como si hubiera recordado de pronto que él era su estrella y le debía algo de cariño o consideración—, me gustaría que todo fuera bonito, pero tenemos que ser sinceros, y los finales tristes también venden bastante bien. Piénsalo. Y mientras lo haces, ¿me invitas a otro? —añadió, señalando su vaso—. La verdad es que está bueno de narices.

Adam volvió a morder la pajita y la vio sorber con deleite el *whisky* de Tennessee que ella estaba tomando. En ese momento, daría lo que fuera por poder tomarse uno él también y no tener que esperar a que Deirdre diera señales de vida.

Con un suspiro que rayaba la desesperación, se levantó y se dirigió a la barra. Contó hasta diez y solo pidió un *whisky* y un vaso de agua. Poder hacer aquello le había costado miles de dólares de terapia y más de un golpe contra un muro, pero ahora solo le provocaba un microinfarto. Estaba avanzando.

—¿Cuál es el siguiente paso? —preguntó al regresar a la mesa, donde April se dedicaba a teclear como loca en su teléfono, como si ya hubiera olvidado qué hacían allí.

Adam dio una vuelta a su vaso de refresco, no demasiado seguro de si era buena idea aceptar la ayuda de April como aliada. Si debía ser sincero consigo mismo, que le hubiera invitado a hablar a solas, sin micros ni cámaras, lo juraba por su madre, había sido totalmente inesperado. Aunque, si lo pensaba, la presentadora estaba tan interesada como él en que todo aquello saliera bien, y para ello iba a tener que interceder, era evidente. Ella quería un documental espectacular y él quería a Deirdre. En definitiva, sin una mano angelical, todo podía ser un desastre descomunal. Por mucho que le jodiera, debía admitir que solo no le había ido demasiado bien, y ella tenía los recursos y, al parecer, las ganas de colaborar, aunque sus motivos fueran egoístas.

—Está la vieja estrategia de tirar la piedra y esperar, pero ya vemos que no ha funcionado —se respondió Adam a sí mismo, encogiéndose de hombros al ver que ella no decía nada. Le estaba dejando claro que lo ayudaría, pero que él debía tomar la iniciativa—. Deirdre ya debe de haber leído el cuaderno y no sabemos nada de ella.

—Sí, no ha venido a suplicarte que vuelvas con ella, qué curioso. No sé qué ha podido fallar en tu plan, teniendo en cuenta que solo hace veinte años que no habláis.

El tono irónico de April sonó ahogado por el vaso.

—No hace falta que muestres tanta compasión por mí, bonita. Ya sabía que no iba a ser tan

fácil.

—Menos mal. De todas formas, empiezo a aburrirme de tanta educación y tanta estrategia. Hagamos algo más... —la presentadora abrió las manos y las convirtió en puños— agresivo.

—¿Quieres que la ate y me la lleve como un troglodita?

April ronroneó.

—Eso me encantaría, pero no es demasiado políticamente correcto, así que me conformaré con que te acerques y te mantengas cinco minutos en el *ring*. Una sola vez. Te juro que estaría dispuesta a apostar algo por verte aguantar en lugar de escapar con el rabo entre las piernas. Venga, tú puedes. Un poco de acción al fin. Hazlo por mí.

Adam sonrió y levantó el vaso de refresco.

—Conozco el sitio ideal para un acercamiento.

April entrecerró los ojos con sospecha.

—Imagino que será algún sitio rústico y lleno de mugre y encanto para vosotros.

—Acertaste. Lleva repelente de insectos.

CAPÍTULO 37

SOMOS AGUA

Deirdre se levantó con la mano rígida, el estómago convertido en una piedra, una migraña de campeonato y, en definitiva, como si los niños del equipo de bolos del instituto la hubieran usado como blanco para practicar su puntería.

Y luego decían que la verdad te hacía feliz y libre. ¡Paparruchas!

La noche anterior Linda la había llamado para preguntarle qué tal se sentía, pero le había mentado y le había dicho que la llamaría esa mañana para hablar con más tranquilidad. Lo cierto era que no quería hablar. Para empezar, no sabía ni por dónde empezar. Y para acabar, ¿cómo iba a explicar toda aquella mierda sin dejar a su padre como un cabrón y sin quedar ella misma como una idiota? El único consuelo que le quedaba era que los tres habían actuado como imbéciles, que ninguno tenía remedio.

Le podría haber hecho un resumen, pero sabía que Linda se presentaría allí con un paquete de pañuelos de tamaño industrial, *pizza*, alitas picantes y a saber qué más, y no podía consentirlo. Por una vez, quería que Linda fuera la protagonista de su propia historia. Bastante había tenido que aguantarla ya durante veinte años.

Soportaría aquella úlcera en ciernes. Y la migraña. Y el dolor de mano. Y también el pícnic junto al lago.

Y después Adam se iría y ella podría rehacer su vida, al fin sin mentiras. O eso esperaba.



Era complicado no ver dónde estaba la fiesta.

Después de que el baile de antiguos alumnos hubiera pasado sin pena ni gloria por su pequeña pelea en el baño, y el concierto en las cavernas de Cumberland se hubiera tenido que suspender por el ataque de pánico de Lloyd, la gente estaba deseando algo de acción por fin. La caravana de coches llegaba hasta el pueblo y Deirdre supo que casi era mejor caminar los cinco kilómetros que la separaban del lago que intentar aparcar más cerca.

Por el camino, vio que más gente había pensado lo mismo que ella. Había decenas de coches aparcados de cualquier modo junto al arcén. Por lo visto, pronto habían visto que sería imposible llegar de cualquier otro modo. Todos habían cogido las cestas y habían emprendido la marcha a pie.

Por suerte, hacía buen tiempo, ni demasiado frío ni demasiado calor. Y había la humedad justa para que los mosquitos no decidieran cebarse con los presentes.

El lago, o más bien la charca a la que todo el mundo denominaba como tal, se encontraba entre una espesa arboleda. De niños, y no tan niños, quien más y quien menos había tenido allí sus aventuras.

Si aquel lugar pudiera hablar, relataría con su voz susurrante escándalos, primeros besos,

sexo, embarazos no deseados, borracheras, peleas y reconciliaciones.

Deirdre no había vuelto desde que Adam se había ido. No se le perdía nada allí. Aquel era un lugar para gente feliz, para gente que se quería. Y ella ya no tenía a nadie a quien querer. Su corazón era como aquella agua estancada, que olía a cieno cuando hacía calor. Nunca volvería a latir igual.

Además, allí había demasiados recuerdos felices, y quería que permanecieran en ese lugar. No quería que desaparecieran al enfrentarse con su yo presente.

—Deberían tener un poco más de respeto hacia la gente que trabaja y permitirnos un lugar más cerca del agua para colocar el equipo. La luz aquí es maravillosa. No renunciaré a este lugar y punto.

La voz de April LaBelle, con su acento norteño y su tono agudo, le llegó desde un lugar cerca del agua. La periodista estaba plantada junto a una familia a la que miraba con una sonrisa terrorífica. Estos comprendieron el mensaje y recogieron sus bártulos en dos segundos sin protestar siquiera.

Deirdre sonrió. Envidiaba a aquella mujer. Si no lograba lo que quería a la primera, le partía la nariz a quien hiciera falta en un segundo intento.

El primer día que la había visto con Adam, había pensado que había algo entre ellos, pero luego había comprendido que para ella aquello solo era trabajo. De hecho, daba un poco de vergüenza ajena ver cómo manejaba a Adam como un niño.

—Da miedo.

Deirdre debería haberse imaginado que aparecería así, tras ella, cuando no lo había visto con April.

—¿No te excita un poco cuando te da órdenes?

Adam puso morritos y se encogió de hombros, como si se lo estuviera pensando.

—Al principio era divertido, pero a veces clava demasiado las uñas. No te puedes ni imaginar las marcas que tengo en la espalda.

Deirdre sintió una punzada en el estómago. No debería importarle con quién se acostaba. También ella lo había hecho, sin pensar en él ni un solo segundo.

Y entonces lo vio reír. Maldito capullo.

—Deberías haber visto tu cara, cariño. Dirás lo que quieras, pero todavía hay mucho entre tú y yo.

Deirdre se sonrojó y apartó la mirada. Mirar hacia el agua era seguro, aunque aquello estuviera lleno de gente. Aunque claro, aquel lugar tampoco es que estuviera limpio de recuerdos. Ningún lugar en McMinnville lo estaba, pero justo ese lago era el lugar menos indicado para intentar olvidar.

—A veces pienso que debería haber dejado que Mitch te ahogara. Mi vida habría sido mucho más sencilla.

Adam rio bajito y la miró con una ceja enarcada.

—Sí. Nadie habría acusado al chico más guapo del instituto de haber matado a una cucaracha. Seguro que me lo merecía. Lo estoy viendo, tu vida habría sido muy distinta, mi vida: Miss América a los diecisiete. Miss Universo al año siguiente. Actriz de Óscar, cantante famosa. Grammys, premios del *country*. Te habrían invitado al Opry, algo que yo jamás he logrado. Y yo te vería desde el cielo. Artie sería feliz, por supuesto, y no tendría esa cara de amargado. Tal vez

sería el único feliz de los tres. Eso me gustaría verlo.

Deirdre se dio cuenta de que estaba llorando cuando notó que él le limpiaba las lágrimas con un nudillo.

—Podría haber sido así —siguió Adam, obligándola a mirarlo—. O tal vez no. Pero el caso es que ese capullo de Mitch me tiró al agua y tú te tiraste a salvarme. Y me hiciste un boca a boca que no necesitaba, por cierto. Y me miraste con esos ojos verdes que yo nunca había visto tan de cerca.

—Y ahí estuve jodida de por vida.

—¿Y yo no? Creo que el agua que tragué me afectó al cerebro, porque de pronto la chica más guapa del mundo me estaba besando, y te juro que durante un segundo pensé que había muerto y estaba en el cielo. —Adam se giró y volvió a mirar hacia el lago. La megafonía había empezado a escupir sus canciones otra vez, como si fuera inevitable, señal de que el director Matthews rondaba por allí. En cualquier momento le tocaría soltar un discurso de despedida—. ¿Todavía quieres el divorcio?

Deirdre se encogió un poco sobre sí misma, como si su estómago quisiera salir de su interior.

—Sí —respondió, aunque la respuesta que tenía en los labios era otra.

Adam asintió al cabo de unos segundos. Sorbió por la nariz y la saludó con la cabeza, incapaz de mirarla a los ojos. Se llevó la mano al ala del sombrero y saludó, como un vaquero de los de las películas.

—Nos vemos, entonces.

CAPÍTULO 38

SI ME BEBO ESTA CERVEZA

—Dos cosas: primero, te dije que nada de conversaciones secretas sin una cámara delante, Adam. Segundo, ¿qué hay de los métodos agresivos de conquista? Hablar contigo y con un cactus produce el mismo efecto.

A April le faltaba poco para echar espuma por la boca. Además, si se acercaba un poco más a la orilla, se caería al lago y arruinaría su modelito de diseño. Y de eso también tendría la culpa él, por supuesto.

Adam todavía estaba asumiendo que había perdido. Sin luchar, fiel a su estilo.

Pero qué iba a hacer si era tan evidente que Deirdre sufría. No podía obligarla a soportar aquella situación durante más tiempo.

Sabía la verdad y no había dicho una sola palabra acerca de ello. Estaba claro que, como él ya sabía, era demasiado tarde para ellos. Ahora solo le quedaba retirarse con estilo, aunque por dentro estuviera hecho jirones.

—Este documental va a ser un desastre. No tenemos nada. Menos que nada. Le van a dar el premio al mayor aburrimiento del año —siguió perorando April, agitando los brazos, aunque susurrando para que nadie más que él la escuchara—. Y lo peor es que a ti te la suda, porque tú quieres ir por la vida de mártir del amor y del *country*, porque eso es lo que a ti te va, el sufrimiento y poner cara de pena debajo de ese sombrero gigante. Pero a mí me da igual lo que tú quieras. A mí me contrataron para conseguir algo interesante sobre tu vida, y lo voy a hacer.

La presentadora dio un paso y perdió un zapato en el cieno de la orilla. Aquello no la detuvo. Ordenó a uno de los cámaras que lo recuperase y la siguiera.

Adam los perdió de vista entre la gente.

Se preguntó si debería preocuparse, aunque los olvidó cuando notó una mano pesada en el hombro.

—Querido muchacho. Qué semana.

El director Matthews le sonreía, aunque su mirada estaba perdida en algún lugar hacia su derecha. En realidad, no le había mirado nunca en todos esos días. Aquel homenaje era para el director. Lo había organizado él, y era él quien lo estaba disfrutando.

Con aquella mano que le atenazaba alrededor del cuello, Adam miró a su alrededor y se dio cuenta de que todos los que lo rodeaban nunca habían sentido simpatía por él y que, en realidad, seguían sin sentirla. Solo estaban allí porque era famoso. Y también por el equipo de televisión, por supuesto.

De pronto, el vacío que le había atenazado durante años cayó sobre él como una losa.

Todo había acabado.

Si ya no tenía a Deirdre y no quedaban esperanzas de recuperarla, ¿qué le quedaba en la vida?

Su carrera estaba estancada, pero ella era su auténtico objetivo, y siempre lo había sido.

Necesitaba una copa.

Se deshizo como pudo del director y murmuró una excusa. Comenzó a caminar sin mirar hacia dónde iba. Al pasar junto a la nevera repleta de cervezas de un grupo de chicos, se agachó y cogió una, sin preguntar siquiera. Uno de ellos protestó, pero se calló al ver quién era. Tal vez era un honor para él que un famoso le robara una birra. Tendría una anécdota que contar a sus nietos un día.

—Si te bebes eso, tendré que partirme la boca. No es nada personal.

El tío era como un armario y lo miraba con cara de pocos amigos. Rubio, guapo, un ejemplar digno de un calendario de machotes.

Adam estaba en una forma relativamente buena, ahora que estaba limpio, pero sabía que no tenía nada que hacer contra ese hombretón.

—¿Y tú quién cojones eres?

El rubio sonrió al fin. Su sonrisa fue breve y reluciente como un rayo de sol entre dos nubarrones de tormenta. Joder, si fuera gay, en ese momento le estaría dando sus calzoncillos.

—Soy Tim, el novio de Linda. Y ahora, si todavía sientes algo por Deirdre, suelta esa puta cerveza o tendré que romperte la crisma. —Tim se encogió de hombros en un gesto casi de lástima—. No me gustaría estropear este día tan bonito con una pelea.

Adam no entendía lo que estaba ocurriendo, pero soltó la cerveza, que rodó por la hierba hasta chocar con la bota enorme de Tim.

Se dijo que no la soltaba por miedo, aunque aquellas manos eran tan grandes como su cabeza. De todas formas, si lo pensaba, Linda daba tanto o más miedo que él, sobre todo, con unas tijeras en la mano. Imaginarse a esos dos juntos hacía que le diera vueltas la cabeza.

—Ya no se puede uno suicidar a gusto, maldita sea.

Su gruñido hizo reír a Tim, que le palmeó el hombro y estuvo a punto de tirarlo al suelo.

CAPÍTULO 39

CUANDO ABRES LOS OJOS

Deirdre estaba pensando que necesitaba a alguien con quien hablar, pero se arrepintió en el instante en que notó que sus ruegos eran escuchados.

—De verdad que intento comprenderos, pero sois las dos personas más estúpidas que he conocido en toda mi vida. Y créeme si te digo que he conocido a mucha gente.

April sonaba aburrida y cansada. En los días que llevaba en el pueblo, su apariencia había perdido brillo y elegancia. Y no solo porque se hubiera plantado a su lado con los zapatos llenos de barro en la mano.

—No sé si tengo que disculparme, la verdad —respondió—. Aunque, si lo pienso, no te llamé ni te debo nada, así que no. No tengo por qué sentirme culpable por nada.

April hizo pantalla con la mano y la miró. Sin zapatos, era bastante más baja que ella, pero seguía siendo mucho más guapa y elegante, por mucho que estuviera salpicada de barro.

—Te miro y finjo que te creo. Mira mi sonrisa —añadió, señalándose la cara—. Pero luego veo tus ojeras y tu mano en el estómago, por no hablar de esa imagen imborrable en mi mente de ti vomitando en las botas de Adam, y la verdad aparece clara como los números rojos en tu cuenta bancaria a fin de mes. Lo tuyo es sufrir por gusto. Eres de esas.

Deirdre sintió que la invadía la furia.

¿Cómo se atrevía esa pelandusca a insultarla en su cara? ¡Con una cámara delante! Sí, porque por mucho que ese tipo con gorra y chanclas intentara esconderse, jamás podría disimular que era un lugareño si vestía una camisa con flores y piñas enormes.

—Tú no tienes ni idea de nuestra vida.

—Error. Sé más detalles de vuestra vida que tú. Y admito que Adam es bastante idiota, pero ¿qué más tiene que hacer para que lo perdones?

Deirdre apretó los dientes. Inspiró hondo y miró a su alrededor, pero nadie las miraba o, al menos, todos disimulaban no estar pendientes de lo que ocurría.

—No me conoces.

April parpadeó un par de veces y arrugó los labios en un mohín que habría afeado a cualquier otra. Pero no a ella. Esa mujer era como una muñeca perfecta, maldita fuera. Cuando la miró de arriba abajo, Deirdre pudo sentir cierto calor en su mirada, pero cortó toda posible conexión cuando empezó a hablar con tono irónico e hiriente:

—Claro. Tú no eres la típica chica de pueblo que iba a ser la estrella del lugar. Miss Piel de Fresa, Miss Vestido Mono, Miss Culo de Bebé. Sí, y también cantas y escribes poemas divinos. Pero jamás tuviste agallas de salir de aquí e intentarlo de veras, no fuera a ser que te toparas con que en cada pueblo hay, al menos, una como tú, así que imagina cuántas hay en el mundo, ¿y cuántas valen para algo en realidad? Además, el chico al que querías se largó sin ti y lo odiarás toda la vida por haberse arriesgado a hacer lo que tú no te atreías. —La presentadora se miraba las uñas rojas y perfectas mientras hablaba, como si no le estuviera clavando todas y cada una de ellas en el corazón y arañando cada fibra de paso—. Sí, Adam se fue por motivos equivocados, y

tampoco aguantó el tipo, pero con ayuda podría volver al redil y ser bastante feliz. Solo necesita encontrarse a sí mismo, y en eso solo lo puedes ayudar tú. Pero qué sabré yo, que no os conozco de nada. Y, por cierto —de pronto April la miró de frente, como nadie la había mirado jamás, como si la viera por dentro y esperase una respuesta—, tu padre se quedó con el dinero que Adam te mandaba en calidad de derechos de autor de vuestras canciones. Lo ingresó en su cuenta privada y no lo ha declarado, así que, si existe ese Dios con el que tanto se llena la boca, tal vez un día se presente un inspector en su puerta para preguntarle de dónde lo sacó. Da las gracias a nuestros chicos de documentación, y a mí, por supuesto, por averiguar eso también. No le digas a Adam que yo te lo dije, o tendré que matarte.

Deirdre vio cómo April se largaba tras soltar las últimas frases dando un golpe de melena. La muy cabrona era elegante hasta con barro manchando sus piernas y los tacones en la mano.

Le costó comprender lo que había querido decir, pero luego recordó el techo nuevo de la iglesia, los bancos y el olor a nuevo por todas partes.

Adam había usado sus letras para crear las suyas propias y la había nombrado coautora, así que parte de los derechos le pertenecían por ley. El muy imbécil era capaz de haberle mandado los cheques en esas cartas que le había enviado a casa de su padre.

Y Artie le había dicho que se había cobrado todo lo que le habían robado.

Dios, todo aquello era absurdo. Sentía deseos de gritar sin parar hasta dentro de, al menos, diez años. Y tal vez seguir un poco más.

¿Por qué tenía la sensación de que se estaba comportando como una idiota?

—Porque soy idiota —murmuró para sí—. Soy una maldita idiota, joder. —Saludó con la cabeza a un amigo de la infancia que pasó a su lado que la miró como si hubiera perdido la cabeza. Y era posible que así fuera. ¿Acaso no estaba a punto de divorciarse de Adam, justo ahora que sabía que él no la había dejado por un capricho? Y él le había escrito. Y le había cantado. Y cierto que se había comportado como un completo subnormal, pero también lo había hecho ella. Y la quería. Y ella lo quería. Siempre lo querría—. ¡April! —llamó con una voz aguda y ridícula que hizo que todo el mundo se girase menos la persona a la que había llamado.

La presentadora se hizo de rogar, aunque supo que la había escuchado porque la vio erguirse y mover un poco la cabeza, como un depredador que ha escuchado moverse a su presa.

Al final, tuvo que correr para alcanzarla. El tipo con la camisa horrenda y la cámara tuvo que seguirla para captar lo que tenía que decir. No le importó.

A April no le costó aceptar la única condición que le puso para aceptar una entrevista en exclusiva para su documental.

Adam la vería primero, antes que nadie. Ni los productores ni la cadena. En cuanto a la entrevista en sí, solo estarían ellas y ese cámara.

La presentadora no sonrió al escuchar su idea. No era su estilo. Se limitó a asentir, como si todo aquello fuera evidente desde el principio.

CAPÍTULO 40

CASA EN LLAMAS

—Creo que es hora de que vuelvas ahí abajo —dijo Tim después de mirar la pantalla de su teléfono, que no hacía más que sonar—. Además, si no bajo, Lin me cortará las pelotas.

Adam sonrió y asintió con gesto comprensivo.

—Sé el peligro que tiene esa mujer con unas tijeras. Conocí su etapa como peluquera aficionada.

Tim lo miró con el ceño fruncido. Llevaban un par de horas charlando, y Adam pensó que podría acostumbrarse a aquello, aunque precisamente hacía solo dos horas que lo conocía. Si lo pensaba, era extraño que ese tipo que había amenazado con partirle la cara fuera lo más cercano a un amigo que había tenido jamás. Era triste que su vida de presunto éxito estuviera vacía. En realidad, cuando se pensaba en el éxito, siempre se hablaba de fama y dinero, pero jamás se hablaba de la soledad que conllevaba.

—Pues ahora tiene un salón de belleza y una cartera de clientes que ya querría para sí mucha gente. Hay quien espera un mes para que la atienda ella misma. —Tim parecía orgulloso de su chica. Adam pensó que la Linda que él conocía le arrearía con lo primero que tenía a mano si le oyerá comportarse como un baboso. Aunque, claro, igual solo lo trataba así a él—. Igual te sorprende, pero está convencida de que un día volveréis a estar juntos, pero yo prefiero que no sea así si no vas a hacerla feliz.

Adam pensó que era más fácil hablar de las nulas dotes de Linda con las tijeras de peluquería que de su relación con Deirdre. Tim no le había dicho nada al respecto, pero sospechaba que él había sido uno de los hombros sobre el que ella había llorado. No podía negar que había sentido celos, porque Tim era más alto, más guapo y también mejor persona que él. Allí estaba, consolándolo y evitando que volviera a la bebida, en lugar de restregarle que se había liado con su mujer. Aquel tío era el hombre perfecto. No comprendía por qué lo había dejado. Porque eso era lo que sus palabras habían dado a entender.

—Respecto a eso, ya no hay nada que hacer —dijo, intentando ahogar la sensación de angustia que lo embargaba. Contra aquello, no había respiraciones que valieran. No lo superaría jamás—. Lo nuestro es una casa quemada hasta los cimientos. Ya no queda nada.

Tim dejó escapar una risa irónica.

—¿Con esa frase tan poética quieres decir que ya no la quieres?

—Joder, la quiero como un imbécil. La querré hasta que me entierren y me planten encima toneladas de tierra.

El hombretón se encogió de hombros.

—Y ella te quiere, te lo puedo asegurar. Yo de ti no iría encargando la lápida.

Adam se dejó caer contra la hierba y gruñó. Desde allí, la gente junto al lago parecía un conjunto de pulgas, moviéndose por el césped irregular, sin rumbo. Algunos hasta se habían metido en el agua en bañador. Él había jurado un día que no volvería a tocar esa agua ni muerto. Había tragado tanta que la mitad de la que llevaba en el cuerpo pertenecía a aquella charca. Lo

habían intentado ahogar allí, al menos, veinte veces. La última vez, Deirdre le había sacado cuando ya veía lucecitas ante los ojos. Lo malo era que le había salvado la vida solo para obligarlo a ponerla en sus manos.

Aquel sitio era una mezcla de buenos y malos recuerdos. Casi todos eran malos. Por mucho que intentara convencerse de que su amor había empezado allí, ese solo recuerdo no bastaba para ganar a los malos.

—Me caes bien, tío, pero esto duele demasiado como para seguir intentándolo. Deirdre quiere el divorcio y voy a dejarla ir.

Tim suspiró y se levantó. Desde el suelo, a Adam le pareció un gigante. El sombrero Stetson sobre los ojos, además, le daba el aspecto serio que no había tenido hasta ese momento, como si no se mereciera su amistad ni las dos horas de su tiempo que le había dedicado.

—De acuerdo. Linda tenía razón. A la hora de la verdad, no tienes valor para arriesgarte.

—¿No vas a intentar convencerme?

Tim se sacudió la hierba del trasero y volvió a reír.

—Es tu vida y eres adulto. Supongo que tú sabrás lo que estás haciendo. Ha sido un placer.

Adam lo vio largarse y suspiró. Le había abierto su corazón a ese desconocido y él no le había dado ni un mísero consejo.

—Y yo que pensaba que era un buen tío.

CAPÍTULO 41

ESTA VEZ

—¿Qué te ha parecido?

April suspiró y miró al cámara, que asintió.

La presentadora descruzó las piernas y se quitó el auricular y el micrófono con mucha parsimonia y luego se acercó a Deirdre para ayudarla a hacer lo propio. En la furgoneta de la productora olía a cieno, pero nadie había comentado nada al respecto.

—Para empezar, ha sido demasiado corto. Ya que estabas, podrías haberte explayado un poquito. Después de veinte años, pensaba que tendrías más que decir. Y luego esta ropa —la presentadora chasqueó la lengua contra el paladar y sacudió la cabeza—. Pero supongo que así quedará más auténtico. Pareces una mujer de mediana edad de pueblo que lo ha perdido todo y sin esperanza. La gente se lo tragará todo sin problemas.

—¡Eh!

—Tú has preguntado y yo solo soy sincera.

Deirdre le palmeó una mano que se estaba demorando demasiado en el micrófono que llevaba en el pecho. ¿Estaba April tocándole una teta o eran imaginaciones suyas?

—¿Funcionará?

April ronroneó y le dio un último apretón en el pecho.

—Podrías ahorrarte todo esto y enseñarle un poco de escote, pero el documental ganará mucho con tus palabras. Ahora entiendo que nunca te haya olvidado, preciosa —añadió con un guiño pícaro.

Deirdre no supo si sentirse halagada u ofendida por la obvia insinuación sexual de April. En el poco tiempo en que la conocía, había habido un momento en que había creído que había algo entre Adam y ella, pero ahora entendía que aquello era imposible, y no solo porque Adam todavía la quería.

Desde que se habían encerrado en la furgoneta para preparar lo que iba a contar en el documental, Deirdre se había enterado de los términos del contrato que Adam había firmado.

Una vez más, se había sorprendido de su inocencia. No solo era un hombre capaz de mandar cheques por valor de miles de dólares al portador en una carta sin confirmar el destinatario, sino que había firmado un contrato para un documental sin pensar que algunas de las imágenes podían perjudicar su carrera y también su vida personal.

Y, por desgracia, ella misma había contribuido con varias de ellas.

Dios, habían grabado el momento en que le vomitaba en las botas y también los gritos al otro lado de la puerta del baño. Su petición de divorcio junto al lago. Su discurso en las cuevas de Cumberland, cuando había dicho ante todos que ella era la coautora de las canciones. Y en ese momento ella ni siquiera lo estaba escuchando, aunque no fuera por su culpa.

Y April también le había mostrado una imagen que añadirían en el montaje final. Adam había firmado miles de papeles apenas sin mirar, y entre ellos estaban los permisos para añadir imágenes grabadas con cámaras ocultas.

Se le encogió el corazón al ver a Adam entrando en la iglesia de su padre, pero no por la puerta principal, sino por la pequeña lateral, donde se celebraban las reuniones diarias de Alcohólicos Anónimos.

No sabía si Adam era consciente de cómo quedaba en todo aquello, pero a ella le parecía tan estúpido y valiente al mismo tiempo que sentía derechos de golpearlo o... besarlo. O las dos cosas.

April le contó que, el día que Adam la había llamado para proponerle el programa, había estado a punto de mandarlo al infierno. No quería rescatar a otro músico fracasado. Pero Adam tenía algo, y no solo era belleza. Nada más hablar con él en persona, se había dado cuenta de que había un motivo oculto para hacer todo aquello, y que recuperar su carrera solo era algo secundario.

—Y lo mejor de todo es que ni siquiera se daba cuenta de lo que me estaba regalando. Este documental hará que me den premios. Y, lo siento por vosotros, pero no os va a facilitar nada la vida. Si al final volvéis a estar juntos, vais a tener que ser muy fuertes para poder mantener lo vuestro.

Las palabras de April la habían hecho abrir los ojos de golpe. Adam podía estar desesperado, pero ella era tan infeliz que se movía entre tonos de gris que ya rozaban el negro.

Cuando empezó a hablar ante la cámara, todas esas imágenes, junto con lo que había vivido hacía menos de una hora en el lago estaban muy presentes en sus retinas.

Se suponía que iba a ser una entrevista, pero en el último momento, habían decidido que sería mejor que ella hablara sin más. April solo intervendría si ella se atascaba.

Pero April tenía mucho ojo con la gente, era evidente. Había sabido cuándo era el momento para intervenir. Sí, justo cuando todo se había ido a la mierda.

La presentadora le había hecho un gesto y el cámara la señaló con una mano. Estaban grabando.

—¿Sabéis ese chico guapo, fascinante, que tiene mil novias y estás deseando que se fije en ti? —Deirdre sintió que las lágrimas empañaban sus ojos, pero pestañeó para alejarlas—. Pues ese no era Adam. Adam solo caminaba raro, como John Wayne, no sé si os habéis fijado, como si tuviera que pensar cada paso antes de darlo. Un poco escorado. Es la manera de caminar más erótica que he visto en mi vida. Y creo que me casé con él por su forma de caminar. Y más cosas, claro, pero no vienen a cuento, porque se ve que no importaron cuando todo se fue al diablo. Debería haber sabido que iba para estrella viendo la duración de nuestra luna de miel. —Deirdre se calló y pidió una pausa para beber. Sin embargo, la cámara, aunque ella no lo sabía, siguió grabando, y la enfocó mientras miraba hacia un lado, hacia la pequeña pantalla que la mostraba. Miró su propio reflejo mientras seguía hablando. April tenía razón. Parecía gastada y mayor—. Si lo pienso bien, todo aquello estaba destinado a terminar, porque éramos unos niños idiotas que no sabíamos ni por dónde nos daba el aire. Hubieran sido un año, dos, los que fueran, pero habría terminado. Y probablemente habría acabado mal, con gritos y lágrimas amargas. Y también canciones sobre odio y corazones rotos con estribillos terribles, que es lo peor de todo. —Volvió a callar y tomó otro sorbo de agua. Su reflejo en la pantalla sonrió un poco, como si cantase en su cabeza el estribillo de una canción de despecho—. No digo que estuviera bien lo que pasó. Que te roben el amor de tu vida es lo peor que te puede ocurrir. Perder todo de una tacada es algo que no se merece nadie. Fue una putada y todavía duele como el diablo, pero todo eso nos ha hecho como

somos ahora.

—¿Y cómo sois ahora?

La voz de April no la sobresaltó, sino que la hizo sonreír. Su propio reflejo en la pequeña pantalla sonrió con ella. Estaba guapa, los ojos le brillaban y la punzada del estómago había desaparecido por primera vez en días.

Al final, Tim tenía razón, como siempre. El dolor se debía a lo que llevaba dentro y la estaba matando. El remedio era sencillo, solo tenía que hablar y decir lo que sentía.

—Mucho más viejos e idiotas, inmaduros, soñadores. Sobre todo, estamos incompletos, porque nos separaron y perdimos a nuestra mitad sin que llegáramos a estar unidos de verdad. Pero esta vez no vamos a dejar que nadie se meta en lo nuestro. —Solo al decir las últimas palabras alzó la vista y se topó con la mirada satisfecha de la presentadora, como si todo lo que había hecho la hubiera llevado hasta allí.

April sonrió y levantó una mano.

—Corta. Con esto nos vale.

CAPÍTULO 42

AMAR HASTA QUE DUELA

—Demos las gracias por este clima maravilloso, a Dios por crear nuestro precioso país y también a la productora de televisión por la idea de venir a grabar el documental sobre nuestro querido Adam Elliot aquí, a McMinnville.

Los ciudadanos de McMinnville aplaudieron con diverso entusiasmo las palabras del director Matthews, aunque a él le dio igual. Ese era su momento de gloria y nadie se lo iba a fastidiar. Probablemente, llevaba días preparando aquellas palabras, así que en su cabeza daba igual cómo reaccionaran los demás, lo importante era que todas y cada una salieran sin tropiezos y que ni una sola arruga estropeará su ropa.

Adam murmuró para sí una maldición y se dijo que él también debería haber pensado algo. Pero él jamás pensaba.

Hacía un buen rato que había bajado de la pequeña colina, donde Tim lo había dejado solo. El grandullón estaba ahora con Linda y los dos lo miraban a escasos metros de distancia. Ni siquiera disimulaban que hablaban de él. Linda incluso lo había saludado, aunque no había sonreído. Eso sería educado y Linda no se preciaba por su afecto hacia él. Lo comprendía. Le había roto el corazón a su mejor amiga, más de una vez. Él tampoco se sonreiría a sí mismo si fuera ella.

Nada más verlo, el director Matthews lo había enganchado del brazo y le había dicho que buscara su guitarra, porque iba a cantar. Algo, lo que fuera. Le daba igual, pero tenía que cantar. Aquella iba a ser su última oportunidad de cerrar el homenaje con broche de oro y no iba a dejar que Adam volviera a fastidiarlo.

—¿Has preparado algo?

April tenía un aspecto satisfecho, casi como de mujer que acaba de hacer el amor. Sus mejillas sonrojadas le daban un aire más joven y atractivo, pero el brillo de sus ojos seguía siendo amedrentador. Algo en ella seguía asustándolo y no era solo que estuviera llena de barro seco y no se hubiera molestado en limpiárselo.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que yo jamás preparo nada? Improvisar es un reto.

April le dedicó una de aquellas sonrisas que eran todo dientes y cero calidez. El sonrojo de sus mejillas se desvaneció como por arte de magia.

—La mujer a la que quieres se te va de las manos y tú solo eres capaz de mirar cómo se larga con cara de cachorro abandonado. En serio, los hombres sois tan patéticos —añadió, poniendo los ojos en blanco y voz desesperada—. Haz algo, lucha. Demuéstrale que te interesa. Mueve ese fantástico trasero tuyo por una vez por algo importante. —April se miró una uña perfecta, como si estuviera buscando un defecto—. Ella lo hizo.

Adam se quedó sin aliento al comprender la insinuación.

—¿Qué? ¿Cómo?

April le dio la espalda y le habló por encima del hombro.

—Tendrás que darme algo espectacular si quieres ver lo que ella ha hecho, precioso mío.

Quiero ver tu corazón en el escenario o no hay trato.

—Serás cabrona.

Ella se limitó a reírse de él y se largó.

Adam cerró los ojos y trató de concentrarse. La adrenalina hacía que la sangre le latiera en los oídos al doble de la velocidad habitual y no oyera nada de lo que lo rodeaba. Todo había desaparecido: el lago, la gente, las voces, la música que atronaba por los altavoces.

Deirdre había hecho algo. ¿Algo como qué? April había insinuado que era algo para que volvieran a estar juntos. Pero no podía fiarse de la presentadora. Ella era capaz de cualquier cosa para que su documental quedara espectacular. ¿También sería capaz de mentirle en algo así?

Apretó los dientes hasta que la mandíbula empezó a dolerle.

Joder, joder. JODER.

No podía saber si aquello era cierto.

Pero, si lo pensaba, ¿qué más daba?

En el fondo, April tenía razón. Llevaba media vida escapando, haciendo lo que los demás le pedían que hiciera. Sí, admitía la ironía de que incluso en ese momento estaba haciendo lo que April le decía, pero en ese caso su corazón quería aquello, para variar.

Había abandonado a Deirdre cuando Artie se lo había pedido. Le había dicho a Deirdre que le daría el divorcio. Y todo su ser se había revuelto y se había agrietado ante la sola idea. Desde entonces, nada había ido bien.

Y lo peor era que no había hecho más que bajar la cabeza y asentir.

Sintió que alguien le tocaba el hombro y le decía que estaba todo listo.

De pronto, el rugido de la sangre en sus oídos se detuvo. Los latidos de su corazón volvieron a su ritmo normal. La respiración se tranquilizó. La órbita de la Tierra volvió a su lugar.

Todo podía salir fatal, pero, al menos, lo habría intentado.

—Buenas tardes, amigos, vecinos, esposa. —Adam hizo caso omiso a los gritos de la gente y afinó la guitarra. Hacía años que no se sentía tan tranquilo en un escenario. Para él aquello había sido rutina durante demasiado tiempo. Ahora, todo se colocaba en su cabeza como por arte de magia, como debería haber sido siempre, como había sido cuando cantaba con ella—. Hace unos días escribí una canción para ti en el que debería haber sido nuestro dormitorio. Espero que me perdones si no me sale muy allá porque no la he cantado nunca. Todo el mundo conoce la otra canción, la que escribí un día de resaca pensando que estarías mejor sin mí, pero esta es la que siempre he querido cantarte, así que espero que estés por aquí para escucharla.

Las historias como la nuestra no mueren.

Porque podría morir sin ti

y tú podrías olvidarme cualquier día.

Pero en el fondo

yo solo quiero volver a intentarlo

y amar hasta que duela.

Porque dolerá.

Y sé que soy un pobre idiota

y tú eres demasiado lista

para este simple mortal.

*Aunque hemos vivido demasiado,
yo solo quiero volver a intentarlo
y amar hasta que duela.
Amar hasta que duela.*

Las últimas notas de la canción resonaron en el endeble escenario. La canción, incompleta, sin apenas arreglos, tal vez algo desafinada, había sonado ronca, con un punto desagradable y sin ensayar, pero tan desgarradora que hizo enmudecer a todo el mundo.

Al cabo de unos segundos, un murmullo inundó el lago y unos aplausos tímidos sonaron, dispersos.

El director Matthews irrumpió en el escenario y palmeó la espalda de Adam.

—Muy bien, muchacho —murmuraba el director una y otra vez, aunque su sonrisa daba miedo—. Hemos tenido un estreno mundial, nada menos. ¿Qué les parece, señores? ¡Seguro que nadie se esperaba algo así cuando vino aquí!

Adam hizo caso omiso a las tonterías que decía el director Matthews, que rozaba el Nirvana, y miró hacia un lado, donde sabía que estaban April y los chicos del equipo. Todos estaban serios y lo miraban como si hubieran visto a Elvis renacido.

¿Por qué lo miraba todo el mundo así? ¿No querían un gesto impresionante?

De pronto April se acercó y le dio un beso en la mejilla. Tenía los ojos brillantes, como si estuviera a punto de llorar. Solo que ella no lloraba. Aquello estropearía su maquillaje.

—Muy bien, precioso mío. Muy bien.

CAPÍTULO 43

MI HURACÁN PERFECTO

—Ha desafinado —dijo Linda sin una pizca de piedad.

Tim sonrió y la apretó contra sí. Empezó a moverse al ritmo de la música que había empezado a sonar por la terrible megafonía. Distorsión, chirridos y chasquidos que amenazaban con perforar sus oídos, pero les dio igual. Tim olía a hierba y era delicioso.

—Cómo haya cantado es lo de menos. Lo importante es lo que ha dicho.

Linda bufó.

—Eso es lo que tú crees. Mira a Deirdre, todavía le sangran los oídos después de ese crimen musical.

Tim la giró para poder ver a Deirdre, que se había sentado en la manta que ellos habían dejado. Parecía cansada, pero, curiosamente, no tenía mal aspecto.

Todavía miraba hacia el escenario, aunque Adam había bajado hacía rato. Ahora tocaban versiones horribles de sus canciones unos chicos del instituto en un estilo más cercano al punk que al *country*.

—A mí me ha parecido precioso.

—Eres demasiado sentimental, cariño. Veinte años de sufrimiento no se curan con una canción ni con palabras bonitas.

Tim hizo un gesto con la cabeza y entrecerró los ojos. No había dejado de moverse, aunque Linda no parecía tener muchas ganas de bailar.

—Palabras muy bonitas y una buena canción.

—Una canción desafinada. La he grabado.

Él se detuvo al fin y la miró. Las manos con las que la mantenía contra sí empezaron a resbalar desde sus caderas, hasta que solo estuvieron unidos porque ella le sujetaba por los hombros.

—¿Qué es lo que te molesta de verdad? ¿Que él lo intente? ¿Que ella se lo esté pensando?

Linda apretó los labios y se apartó de él.

—Ni siquiera lo conoces. No sabes lo que ha sufrido Deirdre por su culpa. Vas por la vida como si fueras el puto Cupido y feliz porque piensas que van a ser felices después de esto, como si nada hubiera pasado.

Tim la sostuvo cuando ella tropezó con una piedra al intentar alejarse.

—Hace años que os conozco y, aunque no lo creas, sé algo de lo que ha sufrido Deirdre. Y también sé lo que tú has sufrido. Has tenido que ser fuerte por ella y nadie se ha molestado en preguntarte jamás cómo te sentías tú. Pero tú tampoco te has preguntado qué sentía Adam. Y te aseguro que está muy jodido, cariño.

Linda trató de que la soltara.

—Me importa una mierda cómo se sienta él. Si vuelve con Adam, él volverá a romperle el corazón.

Tim esbozó una sonrisa y negó con la cabeza.

—No, no lo haré, porque no se fue por voluntad propia, y Deirdre siempre lo supo y no hizo nada. Así que me temo que los dos son igual de culpables, o casi.

Linda dejó de luchar y lo miró, incrédula.

Tim le contó lo que había logrado averiguar por Adam y había adivinado entre líneas. La historia era bastante simple, en el fondo. Lo raro era que Lin no lo hubiera sabido antes. Tal vez estaba tan cerca del foco que no podía ver todas las piezas. Además, Deirdre tenía aquella tendencia al drama, al victimismo, a dejarse querer, y no había creído conveniente contar que su padre estaba detrás de todo. Quizás solo había querido proteger la buena fama de su Artie, que no dejaba de ser uno de los pilares del pueblo. ¿Quién iba a creer que el reverendo Hopkins era capaz de hacerle algo así a su hija?

—¿Por qué no me dijo lo de Artie?

Tim sabía que no era una pregunta que le estuviera formulando a él. Con el tiempo, las amigas tendrían que mantener una charla al respecto, pero eso ya no era algo que le competiera a él.

—Creo que ahora ha llegado el momento de que te centres un poco en ti misma y en... ¿mí?

Linda se limpió las lágrimas y volvió a sus brazos.

—Ojalá no bailaras como un saco de abono. Menos mal que tienes otras cosas que lo compensan.

Tras ellos, los fuegos artificiales que indicaban que el festival había terminado iluminaron el cielo. Habían costado casi tanto como los que se lanzaban el 4 de Julio y eran el orgullo del director Matthews, pero ninguno de los dos se dio cuenta.

///

Deirdre escribiría más tarde en su cuaderno que las piezas habían empezado a encajar mientras escuchaba la canción.

Faltaban estrofas, faltaba letra. Faltaban arreglos e instrumentos.

Y faltaba su voz.

La canción era como un huracán perfecto. O lo sería cuando la cantaran juntos.

Se levantó de la manta que le había tomado prestada a Lin y a Tim y los buscó para decirles que se marchaba, pero los encontró tan abrazados que no quiso molestarlos. Ellos también parecían haber vivido su huracán perfecto, a juzgar por los restos de lágrimas en los ojos de Linda y los ojos cerrados de Tim mientras la abrazaba.

Suspiró y comenzó a caminar.

El día había refrescado, pero la temperatura todavía era agradable. La gente todavía seguiría en el lago durante un buen rato, así que nadie notaría su ausencia.

Tampoco habían notado la de Adam. April y sus chicos lo habían rodeado y lo habían metido en la furgoneta a toda velocidad, así que no habría podido hablar con él aunque hubiera querido.

Era mejor así.

Tenía que pensar bien lo que quería decir y hacer.

Había cosas que rumiar y rematar, por supuesto.

El graznido de un cuervo la hizo alzar la vista. Sin darse cuenta, sus pasos la habían llevado

hacia la casa de los padres de Adam. Aquella había sido su casa también durante mucho, mucho tiempo.

La silueta de la vieja mansión estilo Reina Ana valdría igual para una película romántica durante el día que para una de terror durante la noche, cuando la niebla empezaba a caer.

Sin embargo, para ella ese lugar era su hogar y jamás había sentido miedo en su interior. Más bien al contrario. Allí estaba segura y se sentía querida como en ningún otro sitio.

Pensó en volver sobre sus pasos. Lo más probable era que Adam y los chicos de la tele estuvieran allí. Si seguía avanzando, tendría que hablar con él y no sabía si estaba preparada para ello. Antes de que tuviera tiempo de pensar qué hacer, estaba en el porche y no había marcha atrás. Las luces automáticas se habían encendido y no había escapatoria posible.

Suspiró. Últimamente no hacía más que suspirar, como si necesitara aire extra para sobrevivir.

Cuando tocó la puerta, fue Adam el que abrió.

—Te esperaba.

Su sonrisa era tímida, como si no supiera muy bien qué esperaba de ella. Y era lógico, porque ella misma no sabía qué hacer.

Por suerte, su cuerpo era más sabio que su cabeza. Con un suspiro, se rindió y lo abrazó y besó. Y aquello también fue como volver a casa.

CAPÍTULO 44

LOS RÍOS ENTRE NOSOTROS

Adam quería hablar, pero también quería besarla, tocarla, impedir que se fuera, que se lo pensara mejor.

Casi la arrastró por los corredores, sin importarle que la viera su padre, uno de los cámaras, que intentó sacar el móvil a toda prisa para grabarlos, pero no le dio tiempo. También estaba por allí April, y su madre, y a saber cuánta gente más.

Para cuando llegaron a su dormitorio, todos en la casa sabían que estaban allí encerrados y que iban a hacer el amor. No había tenido tanta presión sobre los hombros ni cuando era adolescente y no tenía ni idea de cómo mover las manos para hacerla disfrutar.

Era una suerte que Deirdre siempre hubiera sabido mejor que él qué hacer. O tal vez sentía, como él, que si abrían la boca como no fuera para besarse, podrían cagarla otra vez.

Así que se besaban, volvían a besarse. Se miraban, y volvían a besarse.

—Hueles a hierba.

—He estado tirado por el suelo con Tim, teniendo una charla de hombres.

Deirdre sonrió, pero pareció darle igual lo que hubieran hablado. Le metió las manos frías por debajo de la camiseta, como cuando las tenía heladas y quería que se las calentase. Él siempre había odiado que lo hiciera, pero ahora le puso a cien.

—Estás demasiado delgado.

—Eso dice mi madre. —Le levantó la mano y se la llevó a la boca para besar cada dedo, despacio, como si tuviera que recordar cada dedo, su tamaño y forma—. ¿Todavía te duele?

Deirdre se encogió de hombros. Ahora ya no eran sus labios los que recorrían su piel, sino su lengua.

—Duele un poco, pero hay partes de mi cuerpo que necesitan más atención que mi mano.

Él dejó escapar una risa nerviosa y le soltó la mano herida. Le alegraba saber que ella no había cambiado tanto, después de todo. Siempre había sabido lo que quería, y no dudaba en pedirlo o tomarlo por su propia mano.

Como si le leyera el pensamiento, le quitó la camiseta que olía a hierba y a sudor. Adam se sentía sucio y le habría gustado darse una ducha, pero temía que, si se iba, si lo sugería siquiera, aquello se cortase. Además, ella también olía a agua sucia, y hasta tenía hierba en el pelo. Olía a mujer y no a perfume. No se había preparado ni maquillado para él. No se había puesto un vestido especial. Y jamás había estado más guapa.

Sin ningún atisbo de timidez, Deirdre se apartó y se quitó la chaqueta vaquera y la camiseta. Su cuerpo ya no era el de una *miss* adolescente, pero él ya no era un niño. Ahora le gustaban las mujeres, y ella era justo lo que le gustaba. Los dos tenían arrugas y alguna cana. Sus cuerpos no eran perfectos y, por eso, eran perfectos el uno para el otro. Siempre lo habían sido.

—Espero que Rose no esté por aquí... —murmuró él justo antes de empezar a besarle un pecho.

Deirdre le apretó la cara contra sí y gimió.

—No es el momento de que te entre el pudor.

Adam fue bajando por su cuerpo hasta toparse con la cinturilla del pantalón. Sin duda, Deirdre tenía razón. Además, la buena de Rose comprendería la situación y les dejaría intimidad.

—Dios mío, odio la ropa. ¿Quién cojones decidió poner botones en los vaqueros? —gruñó, a punto de caer, tropezando con sus propios pantalones.

Los dedos se le habían vuelto de mantequilla y no acertaba ni con los botones ni con la cremallera de ella. Aunque debía decir que ella tampoco parecía demasiado capaz con las botas, lo cual era un alivio.

Cuando al fin, entre sudor y caricias, se encontraron frente a frente, desnudos por primera vez desde su viaje de bodas, Deirdre suspiró y se dejó envolver entre sus brazos, sin ninguna prisa.

De pronto, fue como si toda la presión hubiera desaparecido. Adam inspiró hondo y pensó que no le importaría estar así siempre, aunque olieran a bicho muerto.

—Una vez se me ocurrió una frase muy bonita que nunca escribí. Es de esas que no olvidas, que se te quedan en la cabeza, dando vueltas y vueltas —dijo ella con voz suave.

Las manos de Deirdre empezaron a hacer lo que sus labios decían. Sus dedos empezaron a dibujar círculos por los hombros, bajando poco a poco hasta la espalda, y más aún, hasta que se posaron en sus nalgas, apretándolo contra ella.

Adam pensó que lo que decía era importante, que debía escucharla. Sin embargo, controlar su cuerpo le exigía un esfuerzo cada vez mayor.

Maldita fuera, hacía veinte años que quería hacerle el amor a esa mujer. Y ella también lo deseaba. No era el mejor día para comportarse como un caballero.

—¿Y qué decía esa frase?

Ahora fue él el que empezó a acariciarla. Del mismo modo, sus dedos, llenos de callos por la guitarra, recorrieron sus clavículas y se posaron en sus pechos, y luego pasaron a la espalda, para luego posarse en su trasero.

Le levantó una pierna y la encajó en su cadera. Empezó a moverse despacio, sintiendo su deseo, haciendo que ella sintiera el suyo también.

—Decía que el amor es como una corriente eterna. Y yo pensé que lo nuestro era como un río. Un río eterno que no se puede detener ni secar.

Adam se detuvo.

Deirdre hablaba con voz entrecortada por el deseo, pero era muy consciente de lo que decía.

—Un río eterno —repitió justo contra sus labios.

Ella sonrió, como hacía muchos años, veinte, que no le sonreía.

Solo tuvo que empujarlo un poco para que cayera sobre la cama. Cuando se colocó sobre él, Adam ya se había rendido hacía tiempo.

A su alrededor, la casa crujía y se asentaba en sus cimientos, pero a ellos les dio igual.

CAPÍTULO 45

COMO NUEVO

—Llámame.

—Te llamaré.

—Escribeme.

—Te escribiré.

Daba igual quién fuera el que pidiera y quién respondiera. Llevaban un rato abrazados en la puerta y todo el mundo los miraba con incomodidad, como si estuvieran viendo follar a sus padres.

April dio una palmada y metió una mano entre ellos.

—Deberíais saber que lo poco deja con ganas de más y lo mucho empalaga, y que vosotros ya habéis tenido para un tiempo esta noche larga, larga, larga. Si las paredes hablaran, tendríamos que censurarlas. Es una suerte que lo hayamos grabado todo —añadió con la mejor de toda su colección de sonrisas pérfidas.

Deirdre la miró al fin, como si hubiera recordado que no estaban solos.

—No te atreverás a poner eso en el documental.

—Ponedme a prueba un poco más y veréis. Tenemos una hora para llegar a ese antro que llamáis aeropuerto. Nos esperan en Nashville para las últimas tomas. Se supone que Adam es un músico profesional. En algún momento debe verse que hace algo... musical. —Cuando April empezó a mirarse las cuidadas uñas, supo que la presentadora no lamentaba lo que decía en lo más mínimo, pero que no tenían nada que hacer—. Recuerda que has firmado un contrato, bomboncito. Todavía me perteneces.

A Adam no parecieron molestarlo las palabras ni el tono abusivo de April. A esas alturas, era más que evidente que, si no fuera por ella, ellos no habrían llegado al punto en el que estaban.

Y la verdad era que era increíble que todo fuera tan fácil.

Sí, lo cierto era que se sentía como si estuviera en casa.

Tal vez era un clásico pensar aquello, pero los clásicos siempre funcionaban, y era por algo.

Y no era la única que se sentía así. Adam no podía dejar de sonreír como un idiota.

Mientras se duchaban por la mañana, de pronto se había dado cuenta de que les había costado veinte años, pero estaban en el lugar que habían planeado cuando se casaron.

Ella había perdido a su padre para siempre. Los dos estaban heridos y tenían cicatrices que tardarían en sanar. Y tal vez algunas ni siquiera lo hicieran. Pero a lo largo de la noche, entre beso y beso, habían charlado de lo que había supuesto la ausencia del otro, de las conversaciones perdidas, de los llantos ahogados. De las risas que no habían compartido.

—Le pediré a tu padre tu dinero. Es injusto que te lo haya robado.

Deirdre estaba casi dormida cuando le oyó decir aquello. Habían hablado poco de Artie, como si temieran que, al nombrarlo, todo volviera a pudrirse.

No podía negar que le dolía que su padre no se arrepintiera de lo que había hecho, y que ni siquiera le importase el daño que le había hecho o que, al menos, no lo demostrase.

En las películas era tan bonito ver cómo los hombretones de piedra se deshacían en lágrimas y suplicaban perdón... Pero Artie no era así. Él jamás lo haría. Ceder no estaba en sus planes y tal vez ni siquiera en su vocabulario.

—Me dijo que se lo debíamos por todo lo que le habíamos robado.

Adam se tensó contra ella. Deirdre se giró sobre sí y lo besó con suavidad. Aquello siempre había funcionado, y también lo hizo en esta ocasión.

—¿Nosotros le robamos? ¿Y él? Robó nuestra juventud y nuestro amor. Todo eso traducido en dólares debe de ser una fortuna.

Deirdre no pudo menos que reírse al escuchar su tono rencoroso. Comprendía que le doliera que su padre se hubiera quedado un dinero que él había ganado con tanto esfuerzo, pero ella prefería que fuera así si con aquello todo terminaba.

—A mí me da igual ese dinero. Si él cree que eso le compensa a cambio de mi corona de Miss Universo y todas las cosas que jamás le di, puede quedárselo. Tampoco tendrá a su única hija cuando la necesite.

Adam la apretó contra sí cuando la sintió temblar.

—Un tejado nuevo para su iglesia es un frío consuelo cuando estás solo.

—Es lo que él ha escogido. Si no cambia de opinión, no hay nada que pueda hacer al respecto.

—No, supongo que no. Por ahora, al menos.

Deirdre se durmió y no despertó hasta que alguien aporreó la puerta con la fuerza de un ciclón.

Por lo visto, alguien llegaba tarde a coger un avión. La segunda luna de miel también había sido corta.

///

Mientras el avión despegaba del aeropuerto atestado de gente, Deirdre tuvo de pronto uno de esos destellos de inspiración, cegadores y aterradores.

Sin embargo, asintió y sonrió.

A su lado, Linda la miró y enarcó una ceja.

—No sé si me das más miedo cuando no eres ni capaz de decidirte por alitas de pollo o *pizza* o cuando eres así de decidida.

Deirdre sonrió y le dio un beso a su amiga, que se sorprendió ante tal muestra de cariño.

—No tengas miedo. Salga como salga, al menos, lo habremos intentado. Tengo la sensación de haber vuelto a nacer, como si todo fuera nuevo. Y ya sé que suena muy absurdo y a libro de autoayuda, así que deja de mirarme como si me hubieran salido dos cabezas. ¿Me dejas el coche?

CAPÍTULO 46

UNA POSTAL DESDE MÉXICO

—Deja de mirar el teléfono y atiéndeme. Estoy dándote la oportunidad de cambiar lo que quieras antes de mandar la copia definitiva a los productores y, créeme, esto es algo que no haría por cualquiera. De hecho, no es lo que hemos firmado, así que deberías besar mis pies por la oportunidad que te doy.

Adam escuchaba a medias lo que April decía, aunque era consciente del tono serio de la presentadora, que le había encerrado a solas en una sala de proyecciones y se había asegurado de que nadie tuviera acceso a ella. Ni siquiera el resto del equipo de grabación.

—No ha escrito en todo el día.

April bufó y dio una palmada justo delante de su cara, haciendo que Adam retrocediera un paso.

—Adam, precioso mío —empezó April, mostrando su maravillosa dentadura, llena de puntas que, estaba seguro, la mayoría de los humanos no poseía—, escúchame por una vez en tu vida. Lo que te voy a decir es muy importante para tu carrera, aunque ahora esto te parezca una gilipollez. Lo que tenemos aquí —dijo, señalando la pantalla y la consola—, puede hacerte parecer un idiota o un profesional delante de medio mundo, y está en tu mano opinar sobre ello. ¿Me entiendes?

Él, a pesar de su impaciencia al no haber tenido noticias de Deirdre durante horas, asintió.

Tenía que reconocer que su carrera musical era algo secundario en ese momento, pero había luchado durante años por ella. Joder, había firmado un contrato y había grabado ese dichoso documental para algo, y no solo para recuperar a su esposa.

April pulsó un botón y las imágenes, todavía sin montar, en forma de escenas inconexas, entrevistas con gente a la que ni siquiera recordaba, como antiguos compañeros de escuela, el director Matthews, otros músicos que habían compartido escenario con él, sus padres y amigos, empezaron a llenar la pantalla.

A veces se emocionaba al ver cómo lo veían y otras le resultaba curioso que a sus compañeros en la música les pareciera un tipo trabajador pero triste, siempre en busca de algo que le faltaba.

Y entonces apareció Deirdre en pantalla.

Adam sintió que los pulmones se le quedaban sin aire. Imaginó lo que habría sentido al verlo sin que nada se hubiera solucionado todavía entre ellos. Del mismo modo que él había hecho aquella canción para ella, Deirdre le había dedicado aquellas palabras delante de todo el mundo.

—No llores —dijo April, fingiendo que ella no estaba emocionada—. Todavía queda mucho material y no todo es tan bueno.

Adam asintió, limpiándose una lágrima, pero con el corazón tan lleno de amor que le dio igual lo que viniera.

El día en que había tenido la idea de llamar a April, sin duda algo lo había iluminado por dentro.

—Gracias —dijo sin apartar la vista de la pantalla, donde se veía a sí mismo haciendo el

ridículo, con las botas llenas de vómito—. Sin ti esto no sería posible.

April puso los ojos en blanco y cruzó las piernas.

—Me pagan por ello y lo hago muy bien.

—Sí, lo haces muy bien. Y es tu trabajo, claro, pero gracias.

April asintió con la cabeza.

—Me pregunto si Deirdre se ha planteado alguna vez hacer algo en el cine o la televisión. Se le da muy bien el drama. Y es un auténtico bombón, no hay duda.

Adam ahogó una sonrisa. Si en algún momento se había creído que tenía a April en el bote, era evidente que se había engañado del todo, como en tantas ocasiones.

///

Era tarde cuando regresó a su piso de Nashville.

En el contestador tenía como miles de llamadas perdidas, y algunas de ellas eran incluso de gente importante, como su representante, que había escuchado el suyo acerca del reportaje y había visto los millones de mensajes que inundaban las redes sociales sobre él y Deirdre y quería hablar sobre conciertos y giras.

Decidió que lo llamaría al día siguiente, porque acababa de ver algo que le interesaba en la montaña del correo.

Cariño:

Ya sé que esto no es una postal, pero imagina que sí.

Como no sabía tu dirección de Nashville, le he pedido a tus padres que te la reenvíen.

Lo dicho, imagina que es una postal.

No te lo vas a creer, pero esto sigue igual. La misma cama, la misma gente, el mismo olor, el mismo calor.

¡Ven pronto, porque las mismas cucarachas del tamaño de un jumbo me acechan!

Te quiero y te echo de menos en México.

Tu esposa,

Deirdre

EPÍLOGO

FINALMENTE ENCONTRÉ ALGO QUE SE ME DA BIEN

SEIS MESES DESPUÉS

—¿Cuéntame qué se siente al ser la estrella del momento? Del infierno al cielo en pocas semanas. Debe de ser increíble.

Adam procuró no removerse en la silla ni bajar la mirada. Había ensayado aquello y se suponía que estaba preparado. Además, sabía que April iba a lanzarse a su yugular desde la primera pregunta.

El documental se había estrenado hacía dos meses y era una suerte que se hubiera trasladado a la casa de sus padres con Deirdre, porque en Nashville no habría podido escapar del acoso de los periodistas ni de la gente que, de pronto, parecía conocerlo mejor que él mismo.

—Increíble es justo la palabra que describe todo esto, April.

Ella le dedicó una de aquellas sonrisas que eran todo dientes, demostrándole que no estaba satisfecha con su respuesta.

—Me ha contado un pajarito que van a reeditar todos tus discos. Eso debe de ser maravilloso, después de un par de años de capa caída. —La sonrisa no hizo que la estocada doliera menos, pero Adam ya estaba acostumbrado. Aquello formaba parte del encanto de April —. Aparte de eso, ¿estás trabajando en algún proyecto nuevo?

Adam sintió que parte de su tensión se relajaba. Aquello era un terreno seguro. Trabajo.

—Ese pajarito te ha informado bien. Estamos trabajando en algo muy bonito que verá la luz en unos meses.

April vio la carnaza y se lanzó a ella como un animal de presa.

—¿Estáis? ¿Hablamos del dúo de moda? Las redes sociales deben de estar teniendo un orgasmo masivo en este momento, precioso mío. Oíros cantar juntos puede provocar infartos a los espíritus sensibles, no sé si es muy recomendable.

Adam se sonrojó ante la sonrisa de satisfacción casi sexual de April, que desmentía sus palabras.

—Tendremos que vivir con ello, me temo —respondió con un guiño pícaro.

—Pongámonos serios. ¿Vais a dedicarme el disco o ponerle a un hijo vuestro mi nombre? ¿Renovaréis los votos para que yo pueda besar por fin a la novia? —preguntó la presentadora con descaro.

Adam rio, pero reconoció para sí que, si ahora mismo estaba viviendo con Deirdre y su carrera se había encarrilado, era gracias a ella. Y la presentadora lo sabía.

La entrevista acabó entre risas y besos. Con ella acabaría el ciclo que había iniciado con la llamada desesperada a April. Jamás habría pensado que el documental, a medio camino entre la comedia disparatada y el drama absoluto, lleno de medias mentiras de gente que solo quería protagonismo y confesiones románticas, sería todo un éxito. La productora incluso había llegado a

ofrecerles un contrato para rodar una serie sobre su vida, pero ellos se habían negado. Sabían que algo así, en un momento en que todavía se estaban reconociendo, podía acabar con ellos para siempre.

Deirdre acabaría el semestre en el instituto y dedicarían el verano a componer y grabar juntos. Después, a pesar de que había pensado que dejar las clases sería la mejor idea, se había descubierto pensando que ese grupo de niños cantando *country* era una mina que debía explotar. No era que sus alumnos no supieran entonar, sino que no trabajaban con el material adecuado.

Tendría que pelear con el director Matthews, pero contaba con la ayuda de Adam y de la popularidad del documental para trabajar esa vía. Si no funcionaba, montaría una academia. En todo caso, tenía planes, y era algo a lo que todavía necesitaba acostumbrarse, porque daba miedo.

También daba miedo la fama y el hecho de encontrarse con cámaras fuera de casa cada día, o el hecho de que todo el mundo quisiera opinar sobre su vida, pero ella había nacido para ser una estrella y siempre lo había sabido. Solo que no era el tipo de estrella que su padre y sus vecinos esperaban.

Ante la perspectiva de tener un programa propio y todo con lo que siempre había soñado, ella había preferido seguir más o menos como siempre. Y, curiosamente, no lo consideraba una cobardía. Podía componer, grabar y cantar en su casa.

Además, ¿quién quería la fama y el dinero cuando tenía a su marido y podían trabajar juntos en lo que les gustaba?

Adam nunca había sido tan popular como en ese momento, y ahora comprendía que prefería la calma de su casa en el pueblo, con su familia, con sus fantasmas hogareños, escuchando a su padre cómo relataba una batalla o acompañando a su madre en una visita guiada. Disfrutaba con una guitarra entre las manos, viendo a Deirdre peleándose con una frase o una palabra que no encajaba, cantando con ella y durmiendo con su olor en la nariz.

Al fin había encontrado algo que se le daba bien.

AGRADECIMIENTOS

Ante todo, quiero dar las gracias a los que decidieron que esta obra mereciera una Mención en el Premio Kiwi de este año tan extraño, el 2020. Para que yo gane algo, debía ser un año extraordinario por fuerza.

Gracias a Teresa y al resto del equipo en la editorial.

Luego, como siempre, a los lectores que siempre estuvieron ahí, y también a los que puedan llegar. Gracias a todos.

Gracias a los grupos y a los cantantes de *country* que inspiraron esta novela y a sus maravillosas canciones y voces. Perdón a mis vecinos, que durante años tuvieron que soportar mis cantos. Que sepan que tendrán que aguantarme unos cuantos años más.

A John Wayne, por supuesto, por esos andares tan estupendos.

A mi hermana Begoña porque lee (y compra) todo lo que publico. ¡Y además también le gusta el *country*!

A Poppy García, que fue leyendo toda esta locura a medida que la iba escribiendo. Nuestras charlas son dignas de enmarcar. Cabras para ti, amiga.

Esto es el inicio de una nueva aventura, pero ¿quién dijo miedo?